

Cuaderno 47

MAURICIO BEUCHOT

SIGNIFICADO Y DISCURSO

LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE
EN ALGUNOS ESCOLÁSTICOS
ESPAÑOLES
POST-MEDIEVALES



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**SIGNIFICADO Y DISCURSO.
LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE
EN ALGUNOS ESCOLÁSTICOS
ESPAÑOLES POST-MEDIEVALES**

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

Colección: CUADERNOS

Director: DR. LEÓN OLIVÉ

Secretaria: MTRA. CORINA YTURBE

MAURICIO BEUCHOT

**SIGNIFICADO Y DISCURSO.
LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE
EN ALGUNOS ESCOLÁSTICOS
ESPAÑOLES
POST-MEDIEVALES**

Prólogo de
IGNACIO ANGELELLI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1988

Primera edición: 1988

DR © 1988. Universidad Nacional Autónoma de México

Circuito Mario de la Cueva

Ciudad de la Investigación en Humanidades

Ciudad Universitaria, 04510 México D.F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

Impreso y hecho en México

ISBN—968-36-0457-9

PRÓLOGO

En este libro Mauricio Beuchot se propone presentar críticamente una serie de nociones y doctrinas centrales de la filosofía del lenguaje en algunos autores de la segunda escolástica, estableciendo contactos entre ellos y nuestra filosofía analítica contemporánea.*

La obra de Beuchot será beneficiosa en varios sentidos. En primer lugar, la escolástica sigue siendo relativamente ignorada. Es frecuente que el estudiante —y el estudioso— pase, sin detenerse, de la antigüedad a las Meditaciones de Descartes. Esto es desafortunado tanto para la filosofía analítico-lógico-lingüística (ya que la escolástica es lo que más se le parece en la historia de la filosofía) como para los que pretenden conocer la filosofía moderna (Descartes, Locke, Berkeley, Leibniz, Kant... dependen, sin decirlo en general, de la escolástica en temas lógico-lingüísticos). Los recientes “giros lingüísticos” en la lógica y filosofía del lenguaje, en la medida en que intentan deshacerse de “dogmas” fregeanos o russellianos (como la distinción de varios sentidos de la cópula, o la reducción de frases del lenguaje ordinario como “algún hombre” a la cuantificación) constituyen de hecho una reivindicación de la escolástica pre-fregeana, aunque sea, como se le dijo al autor de este prólogo, de manera “más sofisticada”. Es bueno que, gracias a obras como las de Beuchot, los que preconizan el giro lingüístico sepan en qué medida repiten la historia.

* Me parece conveniente divulgar la terminología de Carlo Giacon, que ya en 1948 distinguía primera, segunda y tercera escolástica, donde la primera es la medieval, la segunda la post-medieval o de la época moderna (*Neuzeit*), tanto protestante como católica, y la tercera se refiere a la neo-escolástica. Esta terminología sigue siendo en general ignorada.

Ha habido también un problema particular dentro del mundo hispanoparlante. Por razones accidentales, escolástica por un lado y filosofía analítica por otro, han sido asociadas con regímenes políticos y con movimientos de rebeldía frente a regímenes establecidos. Se ha llegado a combatir a la escolástica a fin de combatir a un cierto régimen, y por reacción, se ha llegado a combatir a la filosofía analítica o a la nueva lógica para combatir a la "subversión". En este contexto, de un pasado no muy lejano, la obra de Mauricio Beuchot es extraordinariamente oportuna.

Ignacio Angelelli

PREÁMBULO

Mucho se ha estudiado últimamente la filosofía escolástica medieval, en sus diversas ramas, pero sobre todo en la filosofía del lenguaje y la lógica. Este interés que se ha despertado no es caprichoso ni gratuito. Hay numerosas teorías escolásticas afines al espíritu analítico de la filosofía actual y que rivalizan en complejidad y profundidad con cualquiera de las teorías lógico-semánticas de nuestros días. Pero la vuelta a tales teorías no se reduce a mera curiosidad de anticuario; hay también líneas de reflexión muy valiosas para los planteamientos actuales e incluso teorías alternativas que responden a los mismos problemas con equiparable consistencia y tino.

Pues bien, hemos creído que la época post-medieval de la escolástica, *i.e.* la que se da en los siglos XVI y XVII, especialmente en España, ofrece la síntesis más depurada y decantada de las teorías escolásticas medievales. Los escritores de esta época suelen presentarnos el acervo de conocimientos lógico-semánticos medievales en la culminación de su desarrollo —con algunas aportaciones propias—; por una parte, nos dan un panorama exhaustivo de los recursos lógico-semánticos de los medievales y, por otra, nos los exhiben quintaesenciados, cribados o filtrados por el alambique de varios siglos de crítica, una crítica lúcida y exigentísima, como se practicaba —a veces demasiado exigente y demasiado parecida a la de nuestra época— en aquel periodo. Tal espíritu crítico se veía en las escuelas rivales por el consejo, hecho ya una sentencia o apotegma, que daban a sus alumnos los profesores de discusión dialéctica: *concede parum, nega frequenter, distingue*

semper (“concede poco, niega frecuentemente y distingue siempre”). Allí se mostraba toda la fuerza argumentativa de la que se era capaz, porque nada debía quedar sin el apoyo del argumento: *quod gratis datur, gratis refellitur* (“lo que se propone sin razones, sin razones se rechaza”, en traducción libérrima del adagio anterior).

De las tres escuelas o “vías” principales de aquel entonces, a saber, la escuela nominalista y las dos escuelas realistas: la escotista y la tomista (según la denominación corriente: *via realium atque via nominalium*, o *via antiqua et via moderna*, porque la nominalista se consideraba innovadora, o simplemente *via Thomae*, *via Scoti ac via Ockhami*, como las presentan los célebres versos de Adrián Gaultier, monje de Marmoutier:

Trinas

Arguta, mirum est, continet arte vias.

Pervius huic Ockham, subtilis secta, Thomistas

Insequitur studio: sic via trina patet.

Es decir: “El ingenio, oh maravilla, contiene apretadas tres vías. Ockham le es expedito, [también] la secta sutil [de Escoto], y sigue con empeño a los tomistas: así resulta patente la triple vía”), sólo tratamos a la escuela tomista, y a sus principales representantes. Esto será visto como una limitación; pero, entre todas las limitaciones inherentes al actuar humano, se encuentra la de tener que elegir, con detrimento de otras opciones, sectores a veces demasiado restringidos, para que el trabajo sea más fructífero.

Trataremos, pues, en un puñado de autores tomistas de esa época, los temas principales que nos brindan una idea de la filosofía del lenguaje que se hacía en ese entonces. Entre ellos destacan Domingo de Soto, Francisco de Araújo y Juan Poinso —mejor conocido como Juan de Santo Tomás—. Para que se vea la importancia del primero de estos autores, Soto, podemos aludir a un refrán o adagio popular entre los estudiantes de la Universidad de Salamanca: *qui scit Sotum, scit totum* (“el que se sabe a Soto, sabe todo”).

El tratar los pleitos entre escuelas —discusiones por demás

interesantes y aleccionadoras— hubiera requerido otro trabajo mucho más amplio y que rebasa los más modestos límites en que hemos circunscrito el nuestro.

Los capítulos que componen este libro han aparecido, con otra forma, como artículos en diversas revistas. El capítulo I se publicó parcialmente, con el nombre “La doctrina tomista clásica sobre el signo: Domingo de Soto, Francisco de Araújo y Juan de Santo Tomás”, en *Crítica*, vol. XII, n. 36 (1980). El capítulo II se publicó parcialmente, con el nombre “Los términos y las categorías sintáctico-semánticas en la lógica post-medieval”, en *Diánoia*, 29 (1983). El capítulo III, fue presentado parcialmente al I Simposio Hispano-Mexicano de Filosofía, Universidad de Salamanca (1984), y está en prensa en sus Actas. El capítulo IV sale publicado, también en parte, con el título “Nombres propios, sujetos y predicados en la semántica tomista y en la actual”, en *Filosofia Oggi*, Génova, 9 (1986). El capítulo V es una parte de “Sobre algunas teorías del significado”, en *Discurso*, n. 6 (1985). Y el capítulo VI es “Algunos aspectos de la retórica en fray Luis de Granada”, en *La Ciencia Tomista*, Salamanca, España (1986).

Varias personas nos han alentado con su crítica y sus sugerencias. Entre ellos se cuentan especialmente Ignacio Angelelli, Helena Beristáin, Alejandro Herrera, Larry Hickman, Wilebaldo Alejandro Lara, Vicente Muñoz Delgado, Mark Platts, Walter Redmond, José Antonio Robles y Alejandro Rossi. A todos ellos nuestro agradecimiento.

CAPÍTULO I

SIGNO LINGÜÍSTICO Y LENGUAJE

Predmbulo semiótico: el signo

Al estudiar el signo con otros signos, al hablar del lenguaje con otro lenguaje, estamos situándonos en dos niveles distintos. El lenguaje estudiado es un objeto-lenguaje (o lenguaje-objeto), el lenguaje con el que lo estudiamos es un meta-lenguaje. Esto aparece ya en la escolástica al distinguir la consideración material (meta-lenguaje) y la consideración formal (objeto-lenguaje) de las expresiones. Se ve reafirmada en la distinción que hace Frege entre uso (objeto-lenguaje) y mención (meta-lenguaje). Morris lo resume diciendo que la semiótica (con todas sus partes: sintaxis, semántica y pragmática) es un meta-lenguaje de un objeto-lenguaje que es el sistema de signos estudiado. Así, nosotros consideraremos a la semiótica y a la filosofía del lenguaje como metalenguajes (en sentido amplio) que tienen al lenguaje que estudiamos como objeto-lenguaje.

Conviene relacionar el signo en cuanto tal con el signo lingüístico. En esta materia sobresalen Peirce y Morris. También lo hicieron Aristóteles y Santo Tomás. Pero preferimos seguir el desarrollo que efectuaron tres tomistas posteriores: Domingo de Soto, Francisco de Araújo y Juan Poinset o Juan de Santo Tomás sobre la semiótica. Y compararemos brevemente, en algunos puntos, su teoría con la de Peirce.¹

¹ Hemos tratado más ampliamente la comparación entre Peirce y los escolásticos, por lo que hace al signo, en M. Beuchot, "La función del pensamiento dentro del fenómeno semiótico en Peirce y la escolástica", en *Investigaciones Semióticas* (Venezuela), 4/5 (1984-1985).

En una primera aproximación, podemos entresacar los siguientes factores comunes a nuestros tres autores. La *definición* del signo —tomado en general, en cuanto abarca a todas las demás clases de signo—, es: aquello que representa algo distinto de sí mismo a la facultad cognoscitiva. Se dividía entonces en diversas clases de signos, con diversas divisiones, de acuerdo a diversos fundamentos. Las principales divisiones eran: (a) según la relación con la facultad cognoscitiva, la división era en *formal* e *instrumental*; (b) según la relación con lo significado o designado, la división era en *natural* y *artificial*, subdividiéndose este último en *convencional* y *consuetudinario*. Cada uno de ellos tenía su propia definición, y, a veces, sus propias divisiones. Veamos los problemas que surgían en torno a ellos.

Lógica del signo

La lógica del signo abarca especialmente el estudio de su definición y su división, pues es un instrumento lógico, y la lógica, en cuanto ciencia, reflexiona sobre sus instrumentos. En esto el maestro fue Soto, seguido por Araújo y Poinset.

Definición del signo

El punto de partida del tratamiento sobre el signo en la escolástica es la célebre definición de San Agustín: “El signo es la cosa que, además de la especie que entrega a los sentidos, hace llegar al conocimiento de algo distinto”.² Esta definición pasa a los escolásticos a través del libro de texto por excelencia para la teología, la obra de Pedro Lombardo: *Libri quatuor Sententiarum*.³ Santo Tomás la recoge en su comentario a esa obra.⁴ Pero tal definición es criticada por incompleta. El mis-

² “Signum est res quae praeter speciem quam ingerit sensibus, aliquid aliud facit in cognitionem venire” (S. Agustín, *De doctrina christiana*, lib. 2, c. 1).

³ Cfr. P. Lombardo, *Libri IV Sententiarum*, lib. 4, d. 1; ed. Quaracchi, 1916.

⁴ Cfr. Sto. Tomás, *In IV Sententiarum*, d. 1, q. 1, a. 1, quaestiunc. 2.

mo Santo Tomás, en ese lugar, dice que sólo abarca a los signos sensibles, y deja de lado muchas cosas que, aun siendo solamente inteligibles, pueden ser signos (por ejemplo los conceptos). Domingo de Soto precisa la crítica de Santo Tomás diciendo que tal definición sólo se aplica a los signos instrumentales, dejando fuera a los demás tipos de signo.⁵ Francisco de Araújo se adhiere a la apreciación de Soto,⁶ y lo mismo hace Juan Poinset (más conocido como Juan de Santo Tomás).⁷ Con lo cual se percatan de que no se puede tomar como definición del signo en cuanto tal.

Hay que elaborar, pues, una definición del signo en general. Encontramos en Soto esta definición: "Aquello que representa algo distinto de sí mismo a la facultad cognoscitiva".⁸ Esta definición es a la vez más precisa y amplia, abarcando de una manera general a todo signo.⁹ Puede tomarse a Soto como el iniciador de la vertiente que seguirán Araújo y Poinset.¹⁰

En cuanto a la definición del signo, Soto la trata como el concepto del significar. El significar puede tomarse de dos maneras, (i) en general, en cuanto conviene tanto a las voces como a los signos que no son términos, y (ii) en especial, en

⁵ Cfr. D. de Soto, *Summulae*, Salmanticae: D. a Portonariis, 1575, fol. 4r.

⁶ Cfr. F. de Araújo, *Commentariorum in universam Aristotelis Metaphysicam tomus primus*, Burgis et Salmanticae: J. B. Varesius, 1617, lib. 3, q.2, a.2, dub. 1, praenot. 1.

⁷ Cfr. J. de Sto. Tomás, *Ars logica seu de forma et materia ratiocinandi*; ed. B. Reiser, Turín: Marietti, 1930, p. 646a. Lo citaremos como Poinset.

⁸ En la obra citada de Soto, 3v, se formula así: "quod potentiae cognoscitivae aliquid repraesentat"; hemos puesto, porque nos parece más acertada, la reformulación de su compilador Cosme de Lerma: "quod potentiae cognoscitivae aliquid aliud a se repraesentat" (D. de Soto y C. de Lerma, *Compendium Summularum*, 5a. ed. por D. Díaz de Cossío, Burgis: Azpilcueta, 1665, lib. 1, c. 1, n. 1, p. 1a).

⁹ Advuértase la semejanza de esta definición con la de Peirce. Cfr. *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, ed. por Ch. Hartshorne y P. Weiss, Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University, 1965, vol. 2, parágrafo 2.228; M. Beuchot, *Elementos de semiótica*, México: UNAM, 1979, pp. 137 ss.; *idem*, "La filosofía del lenguaje de Pedro Hispano", en *Revista de Filosofía* (México), 12 (1979), p. 217; *idem*, *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, México: UNAM, 1981, pp. 11 ss.; *idem*, "Introducción" a J. de Sto. Tomás, *Compendio de lógica*, México: UNAM, 1986.

¹⁰ Araújo define: "Signi vero communis ratio ut sic, in eo consistit ut aliud a se potentiae cognoscitivae repraesentet" (Araújo, dub. 1, praen. 2). Y Poinset o Juan de Santo Tomás: "Id quod potentiae cognoscitivae aliquid aliud a se repraesentat" (Poinset, 9a y 646a).

cuanto conviene sólo a las voces y términos. Lo toma en general, y, así tomado, el significar es representar (algo distinto del signo mismo) a la facultad cognoscitiva. De este modo puede aplicarse a cosas que no son términos, como la voz "Jesús", que evoca a Cristo.

Vemos que la definición señala tres elementos: facultad cognoscitiva, algo, y representar. La facultad cognoscitiva debe entenderse en su doble aspecto: tanto inteligible como sensible, de esta manera se puede aplicar al caso de los animales, quienes también emplean signos. El representar consiste en hacer conocer; respecto de ello, hay que decir que hay cuatro causas del hacer conocer: objetiva, efectiva, formal e instrumental. Soto lo ilustra con el ejemplo de la imagen del emperador, que es signo en cuanto lo representa. Así, la imagen o pintura del emperador hace conocer objetivamente, por lo cual es la causa objetiva; la vista hace conocer efectivamente, por lo que es la causa efectiva o eficiente; la noticia visual que se produce por la interrelación de las dos anteriores hace conocer formalmente, por lo cual es la causa formal; y el aspecto de la noticia bajo el cual se recuerda la imagen del emperador, *i.e.* *mi* propia representación actual de la imagen o estatua del emperador, hace conocer instrumentalmente, por lo que es la causa instrumental. El algo que se representa es tomado de manera amplia, como todo aquello que de cualquier manera se significa por cualquier tipo de signo. Es el objeto, y hay tres tipos de objeto: uno que es sólo motivo, otro que es sólo terminativo, otro que es motivo y terminativo al mismo tiempo. Veamos la razón de estos nombres.

En la gnoseología escolástica, al hecho de impresionar o afectar el objeto a la facultad cognoscitiva se le llamaba la "moción" o "motivación" de la facultad por parte del objeto, que la "movía" a conocer; por ello el objeto, en cuanto afecta o impresiona a la facultad, se llama "objeto motivo", y cuando sólo impulsaba a la facultad a conocer a otra cosa en él, a la que remitía cuando se lo captaba a él mismo, entonces se llamaba "objeto sólo motivo". Por ejemplo, una imagen del emperador, ya sea pintura o escultura, que nos remite al emperador mismo, sin hacer que nos detengamos a admirar el arte con que fue hecha. En cambio, hay objetos que no

motivan a la facultad cognoscitiva al conocimiento de otra cosa, sino al solo conocimiento de sí mismos, y entonces el objeto se llama "sólo terminativo", el cual es la cosa conocida por la noticia o conocimiento producido por otro objeto distinto (*i.e.* sólo motivo), como el emperador es el objeto terminativo al cual remite la representación que conocemos de él. Finalmente, el objeto motivo y terminativo es el que mueve la facultad a formarse una noticia o representación de él y también a descansar en él como término final de conocimiento; dado que mueve a conocer y es él mismo lo que da a conocer, es a la vez motivo y terminativo; como la imagen del emperador cuando la consideramos no sólo en lo que significa, sino también en cuanto a ella misma y la belleza artística que contiene; en este caso, la imagen del emperador por su estética pide ser conocida y a la vez nos da a conocer al emperador.

Pero no hay que identificar significar con representar, uno es más amplio que otro. Porque representar es hacer patente, y una cosa puede hacerse patente o representarse a sí misma en cuanto objeto al mismo tiempo motivo y terminativo. En cambio, significar es hacer presente sólo como objeto motivo, pues nada es signo de sí mismo. De aquí que sean diferentes. Y así como hay varios modos de hacer conocer —los cuatro enumerados: de manera efectiva, objetiva, formal e instrumental—, así también hay varios modos de representar y de significar. Hay tres modos de representar: de manera objetiva, formal e instrumental. Pero sólo hay dos modos de significar: de manera formal e instrumental.¹¹

Poinsot acepta igualmente el conocimiento de la facultad en dos sentidos: intelectual y sensorial, de modo que los animales usan propiamente signos.¹² Señala también las cuatro causas del conocer: eficiente, objetiva, formal e instrumental. Sigue muy de cerca a Soto, y sólo puede decirse que puntualiza mejor sus definiciones. La causa eficiente del conocer es la misma facultad, que elicit el conocimiento, y puede ser tanto facultad sensorial como intelectual. El objeto o causa

¹¹ Cfr. Soto, 3v-4r.

¹² Cfr. Poinsot, 685b-686a.

objetiva es la cosa que mueve o a la que tiende el conocimiento, como la piedra o el hombre que se ven. La formal es la misma noticia por virtud de la cual la facultad se vuelve cognoscente, como la visión de la piedra o del hombre. La instrumental es el medio por el cual el objeto se representa ante la facultad, como la imagen exterior o estatua de César representa a César. Y, por parte de la causa objetiva o del objeto, debe decirse que el objeto es triple: sólo motivo, sólo terminativo, y a la vez motivo y terminativo. El sólo motivo es el que mueve a la facultad a formar una noticia, no de sí mismo, sino de otra cosa, como la imagen o estatua del emperador, que mueve a conocer al emperador. El sólo terminativo es la cosa conocida por una noticia producida por otro objeto, al modo como el emperador es conocido por su imagen o estatua. El motivo y terminativo a la vez es el que mueve a la facultad a formar un conocimiento de sí mismo, como cuando se ve la pared en sí misma.¹³

Al igual que Soto, Poinset nota que hacer conocer es más amplio que representar, y representar más que significar. Pues hacer conocer se dice de todo aquello que concurre al conocimiento, pudiendo decirse de cuatro maneras: efectiva, objetiva, formal e instrumental. De manera efectiva, se dice de la misma facultad que elicit el conocimiento y de las otras causas que concurren a él, como el intelecto agente que produce las especies, el hábito que ayuda, etcétera. De manera objetiva, se dice de la misma cosa que se conoce. De manera formal, se dice de la misma noticia, que, por medio de la forma, vuelve cognoscente a la facultad. De manera instrumental se dice del medio que lleva el objeto a la facultad, como la imagen del emperador lleva al emperador al intelecto como un medio, y a este medio lo llamamos instrumento. En cambio, representar se dice de todo aquello por lo que algo se hace presente a la facultad, y se dice de tres maneras: objetiva, formal e instrumental. Se representa al objeto de manera objetiva, como la pared. De manera formal, la noticia representa su objeto. Y de manera instrumental lo hace, por

13 *Cfr.* Poinset, 9ab.

ejemplo, la huella. Finalmente, significar se dice de dos maneras: formal e instrumental.¹⁴

División del signo

Hemos visto que, según puntualiza Soto, el representar y el significar son diferentes, pues son como superior e inferior. Esto se ve en que *representar* se define como “hacer conocer” y *significar* como “representar”. Y, así, el significar puede ser una representación que procede formalmente o una que procede instrumentalmente; es decir, hay signo formal y signo instrumental. Significar formalmente consiste en ser una noticia formal de la facultad, o también consiste en representar por sí y no mediante otro. Significar instrumentalmente se da cuando una cosa, preexistiendo un conocimiento previo de sí misma, representa algo distinto de sí misma. De este modo, para el signo instrumental se requieren dos noticias: (i) la noticia del mismo instrumento —por ejemplo de la palabra oral o escrita—, y (ii) la noticia de la significación —por ejemplo de lo que significa esa palabra—. ¹⁵

Araújo recoge la misma división, que no postula como primera división del signo, ya que procede con base en la relación entre el signo y la facultad, y más primaria es la relación entre el signo y su designado o significado. En cuanto al signo formal, pone como ejemplo al concepto, que representa a su objeto de manera inmediata, sin necesidad de un conocimiento previo del concepto en sí mismo, sino simultáneamente a su conocimiento. Con esto parece postular como signo formal a la especie cognoscitiva (inteligible y sensible), con exclusión de otros signos que se consideran como formales, y que son materiales y exteriores, por ejemplo la estatua. Así, Araújo excluye como candidatos a signos formales otras cosas que no sean conceptos. Se pensaba que, por ejemplo, la estatua o la pintura de alguien podían ser signos formales, porque en ellos

¹⁴ Cfr. Poinset, 9b. En este sentido, excluye del representar y del significar la causalidad eficiente, cfr. Poinset, 680a.

¹⁵ Cfr. Soto, 4r.

conocemos a esa persona (ahora añadiríamos a la fotografía de alguien como posible candidato a signo formal). Araújo excluye a esos otros candidatos por su carácter de exteriores al sujeto cognoscente.¹⁶

Poinsot admite también que esta división del signo en formal e instrumental se basa en la relación del signo con la facultad cognoscitiva, y por lo mismo, no es la división primaria del signo. Sus definiciones son las mismas de Soto. Define el signo formal como la noticia formal que represente por sí misma y no mediante otra cosa. El signo instrumental es el que, por un conocimiento preexistente o previo de sí mismo, representa algo distinto de sí mismo, como la huella del buey representa al buey.¹⁷ Y dice también que “la división del signo en formal e instrumental es esencial, unívoca y adecuada”.¹⁸

Como siguiente peldaño, Soto pone la otra división que se puede aplicar al signo, y que esquematizamos en seguida:

$$\text{Signo} \left\{ \begin{array}{l} \text{natural} \left\{ \begin{array}{l} \text{común} \\ \text{propio} \\ \text{instrumental} \end{array} \right. \\ \text{convencional} \\ \text{consuetudinario} \end{array} \right.$$

(i) El signo natural es aquel que significa por su propia naturaleza, no por imposición ni costumbre. Por ejemplo, el humo, de manera natural, significa el fuego. Pero este significar por naturaleza puede tener tres modalidades, en las que se divide: significar de manera natural común, de manera natural propia y como instrumento natural.

(a) El significar de manera natural común se da cuando la cosa se representa a sí misma, de modo objetivo. Por ejemplo, cuando se dice que una persona se significa a sí misma. Pero esto es impropio, este miembro de la división es considerado por Soto como abusivo, por lo cual debe eliminarse. Sólo nos quedan el significar de manera natural propia y el significar como instrumento natural.

¹⁶ Cfr. Araújo, dub. 1, praen. 2.

¹⁷ Cfr. Poinsot, 10a.

¹⁸ Poinsot, 696b.

(b) El significar de manera natural propia equivale a lo que hemos llamado significar de manera formal, que ya hemos explicado al hablar del *signo formal*. Por ejemplo, la imagen mental y el concepto de una cosa son signo natural propio (aunque hubiera sido mejor que Soto lo llamara “signo natural formal”, al modo como el siguiente rubro o clase debería llamarse “signo que representa como instrumento formal”, en lugar de “significar como instrumento natural”). A veces confunde un poco esta terminología algo barroca.

(c) El signo o el significar como instrumento natural es, en definitiva, un signo natural como los que ya hemos mencionado al dar ejemplos del signo natural sin más, por ejemplo el humo, que representa al fuego. Se le llama “signo natural instrumental” para distinguirlo del signo natural propio o formal. Ejemplos de signos instrumentales naturales son la huella, que representa al animal que pasó, el gemido, que representa la enfermedad o el dolor, y todo eso lo hacen como *instrumentos de los que se vale la naturaleza* para realizar esa significación natural. Algunos han querido llamar a esto “significar por instinto de la naturaleza”, utilizando una nomenclatura más pesada y complicada. “Pero —puntualiza Soto—, según creo, no cualquier instrumento natural significa por instinto de la naturaleza, como lo hace la interjección: por ejemplo, el gemido significa el afecto del alma. Sólo para esto hace la naturaleza al gemido, para que exponga y signifique la enfermedad; sin embargo, ni el humo, ni la huella impresa en el polvo han sido producidos para significar, sino que, en cuanto que son efectos naturales, les es natural representar a sus causas.”¹⁹ De este modo, el signo *natural* queda dividido en *formal* e *instrumental*.

(ii) El signo convencional o el significar de manera convencional es significar por imposición e institución. Y de esta manera significan no sólo las voces, sino otras cosas, por ejemplo, levantar la mano en clase es signo de pedir la palabra. Y no son signos de esta manera las palabras privadas, sino que tienen que ser públicas.²⁰ Estas últimas —las palabras públicas—

¹⁹ Soto, 3r.

²⁰ Cfr. E. Villanueva (comp.), *El argumento del lenguaje privado*, México: UNAM, 1979, p. 14.

son palabras y lenguaje por “imposición auténtica”. El significar de manera convencional tiene dos modos: de manera formal y de manera consecutiva o por translación. Un ejemplo de la manera formal y primigenia se da cuando se pone nombre a un niño. Esto constituye una significación propia. Un ejemplo de la manera consecutiva y por translación o transferencia se da cuando un nombre se lleva o se transfiere a significar otra cosa por semejanza o por algún otro sentido figurado, como llamar “Nerón” a un hombre cruel, por semejanza con ese emperador; o decir “se esconde la culebra en la hierba”, en el sentido de que se esconde un fraude o mala intención bajo la apariencia de humildad. Esto constituye una significación impropia.

(iii) El signo consuetudinario o el significar por costumbre es significar por un cierto uso sin imposición. Por ejemplo, el perro que siempre va delante de su amo, lo significa; o como el mantel sobre la mesa, que antecede a la comida, y la significa. Pero esto no se puede llamar “institución” o “imposición”, como lo hacen algunos, sino que es más bien algo natural. Por eso, esta clase de signo puede reducirse a la de los signos naturales instrumentales. Así pues, de alguna manera Soto se inclina a reducir la división del signo sólo en natural y convencional.²¹

Araújo se hace eco de este intento sugerido por Soto de reducir dicha división del signo a signo natural y signo artificial o convencional. De ella también dice que es la división primera del signo, dado que la relación primaria del signo es hacia lo designado, y no tanto hacia la facultad.²² En este sentido critica la división de Fonseca²³ en natural y convencional, pues subdividido este último es convencional por imposición y convencional por costumbre. Araújo no la acepta, porque “por imposición” y “por convención” son lo mismo. Por eso prefiere la de Soto, quien divide primariamente el signo en natural y convencional, y, como subdivisiones del natural aduce el perfecto y el imperfecto o consuetudinario. Así, al ser imperfecto, no tiene significación real, sino de razón, teniendo fundamento en la costumbre, que imita a la

²¹ Cfr. Soto, 4v.

²² Cfr. Araújo, *ibidem*.

²³ Cfr. P. de Fonseca, *Dialectica*, lib. 1, c. 9.

naturaleza.²⁴ Pero queda convenientemente ubicado dentro de los signos naturales.

Por su parte, Poinset plantea como la *división más propia* del signo una división trimembre fundada en la relación entre el signo y lo designado: natural, convencional y consuetudinario. El signo natural es el que representa por la naturaleza de la cosa, sin ninguna imposición ni costumbre; y así representa lo mismo para todos, como el humo representa al fuego. El signo convencional es el que representa algo por imposición de la voluntad a través de la autoridad pública, como la voz "hombre". El signo consuetudinario es el que representa sólo por el uso, sin imposición pública, al modo como el mantel sobre la mesa significa la comida, pues estamos acostumbrados (en nuestra cultura) a asociar la colocación del mantel sobre la mesa con la proximidad de la comida.²⁵ Por lo demás, dice que esta división puede tomarse, desde diferentes puntos de vista, como análoga o como unívoca: "Si esta división del signo en natural y convencional se considera entitativamente y según el ser de la cosa, es análoga; y, si se toma en el género de lo representativo o cognoscible, es unívoca".²⁶ Hemos de aclarar aquí que una división unívoca es la clasificación de varias cosas que caen bajo un mismo concepto, y por ello los miembros dividentes participan por igual del concepto de la clase a la que pertenecen y que se divide; se les puede predicar a todos por igual, sin ningún más ni menos. En cambio, en una división análoga los miembros dividentes no participan con la misma propiedad del concepto dividido, sino que algunos pertenecen a la clase dividida (o se les predica) con más propiedad que otros. Por ejemplo, si la división del signo se toma como unívoca, todas las clases de signo son igualmente signos; pero si se toma como análoga, algunas clases de signos son signos con mayor propiedad que otras. Esto es lo que quiere señalar Poinset.

²⁴ Cfr. Araújo, dub. 1, resp. ad obiect.

²⁵ Cfr. Poinset, 10a.

²⁶ Poinset, 715a.

Ontología del signo

La perspectiva más importante es, sin duda, la ontológica o metafísica. En ella es decisiva la labor de Araújo, que Poinson sabrá formular de manera magistral. Ambos consideran que lo propiamente ontológico del signo, más que la sola materialidad del mismo signo, que por sí sola no agota la riqueza de la significación, es la relación de significación, y por tanto el signo, ontológicamente considerado, pertenece a la categoría de la relación. Su contribución a la semiótica universal en este punto es admirable.²⁷

El signo en cuanto tal

El constitutivo formal del signo, para Araújo, es la relación (sin establecer aún qué tipo de relación, lo cual dependerá de los distintos tipos de signo). Pero, aunque es una relación diádica, tiene dos aspectos, direcciones o términos: a lo designado y a la facultad cognoscitiva. Por eso Araújo tiene que esclarecer el estatuto de cada uno de esos términos y cuál es el principal. Para hacerlo, procede primero negativamente, diciendo lo que no es tal relación. En primer lugar, niega que la relación del signo sea sólo entre éste y lo designado: "El signo no se constituye solamente por el orden de lo designado con exclusión de la facultad".²⁸ La prueba de éstos se toma óptimamente de la definición misma del signo, que también incluye la relación con la facultad, y, por consiguiente, tal relación pertenece a su razón formal. En segundo lugar, niega que la relación con lo designado y con la facultad sean iguales: "El signo no mira a la facultad y a lo designado por igual, ni el orden a la facultad es un aspecto complementario del orden a lo designado".²⁹ La razón de esto es que la facultad y lo designado no pueden integrar el término adecuado de una relación simple como es la que constituye al signo. Y es que, con el

²⁷ Cfr. nuestras observaciones en *Elementos de semiótica*, ed. cit., pp. 272 ss.

²⁸ Araújo, *ibid.*, 2, concl. 1.

²⁹ Araújo, *ibid.*, concl. 2.

mismo orden esencial con el que dice relación con lo designado, también dice relación con la facultad, pues ambos son aspectos esenciales suyos. Por tanto, es ilusorio poner, como lo hacen algunos, que la relación con la facultad es un aspecto complementario de la relación con lo designado. Con esto puede ya establecer la solución positiva: "El signo se constituye esencialmente por una única y simple relación terminada primariamente en lo designado y secundariamente en la facultad".³⁰ Con el fin de probar mejor este aserto lo divide en tres partes. Que tiene como término primario de su relación a lo designado, lo prueba así: "Aquello por lo que se define un relativo y con lo que se dice convertiblemente es su término primario; pero el signo se define por orden con lo designado y se dice convertiblemente con él, pues el signo es signo de lo designado y es representativo de él, como se dice en su definición; luego. . ."³¹ Aduce otro argumento para probar que la facultad cognoscitiva es el término secundario de su relación: "Cuando un ente respectivo mira a dos términos con cierto orden, mira a uno *ut quod* y al otro *ut cui*, y al uno primariamente y al otro secundariamente. . .; luego, de manera semejante, ya que el signo mira a lo designado como algo que debe volver o representar a la facultad, mira a aquél de modo primario y a ésta de modo secundario".³² Y que se refiere a ambos términos con una sola relación simple, lo prueba así: "Cuando dos términos son respectivos con cierto orden, uno *ut quod* y otro *ut cui*, éstos no bastan para duplicar la relación, sino que son términos exactamente de la misma, porque no son términos totales y que la terminen por igual (. . .) Luego el signo, por la misma relación, mira a lo designado como representable ante la facultad."³³ Más aún, puede decirse que la relación del signo tiene dos efectos, uno esencial y otro accidental; el efecto esencial es referirse a lo designado; y el conducir a la facultad al conocimiento de lo designado y representado, es el efecto accidental; este efecto accidental es separable, pues proviene del fundamento de la relación del

³⁰ *Ibid.*, concl. 3.

³¹ *Ibid.*, prob. 1.

³² *Ibid.*, prob. 2.

³³ *Ibid.*, prob. 3.

signo como de la razón formal, y proviene de la misma relación del signo como de cierta condición concomitante. Así, aun cuando la relación con la facultad es importante, sin embargo, más importante es la relación con lo designado.

Así, pues, el constitutivo formal del signo es visto en la tradición tomista como una relación. Lo propio del signo es decir relación con lo designado y con la facultad cognoscitiva. Por eso Poinset, siguiendo la línea de Araújo, establece que la razón formal del signo es la relación. Y por eso mismo remite al tratado de la relación, como un requisito previo para comprender la formalidad ontológica del signo.³⁴ De acuerdo con ello, dice: "La razón del signo, formalmente hablando, no consiste en la relación según el decir, sino según el ser".³⁵ Aquí cabe aclarar que se tomaban como tipos principales de relaciones la relación según el ser y la relación según el decir. Esta última, la que era según el ser, constituía propiamente una relación real y externa; mientras que la relación según el decir sólo *se decía* "relación", sin que lo fuera cabalmente; por ejemplo, entre dos aspectos inseparables de una cosa (digamos: su materia y su forma) se daba una relación según el decir, esto es, una relación impropia tomada. En cam-

³⁴ Esto lo señala muy bien J. N. Deely, "The Two Approaches to Language: Philosophical and Historical Reflections on the Point of Departure of Jean Poinset's Semiotic", en *The Thomist*, 38 (1974), p. 873. Para una exposición detallada de la teoría tomista de las relaciones, *cfr.* A. Krempel, *La doctrine de la relation chez Saint Thomas*, París: Vrin, 1952.

³⁵ Poinset, 647a. Allí mismo trata de las relaciones, 573b-608b. Por ser muy útil, damos el resumen que hace Josef Gredt: "La relación, tomada en sentido muy amplio, es el orden u ordenación de una cosa a otra. Este orden puede estar incluido en alguna esencia absoluta [no en el sentido de 'divina', sino en el de 'no-relativa'] o ser un respecto puramente adventicio o sobreañadido a la esencia absoluta. La ordenación incluida en una esencia absoluta es la relación *secundum dici*. Ésta es en verdad un ente absoluto pero que connota esencialmente algo extrínseco, en orden al cual exige ser definido; así, la relación del alma con el cuerpo es una relación *secundum dici*. En cambio, el orden adventicio, que consiste en un puro respecto, o aquel orden cuyo ser completo es haberse a otro, es la relación *secundum esse*; por ejemplo, la relación de paternidad, que es un puro respecto adventicio al hombre. La relación *secundum esse* puede ser real o de razón. Es real la que tiene ser en la naturaleza de las cosas, independientemente de la consideración de la mente, como la relación de padre a hijo; es de razón la que sólo subsiste en el intelecto, como la relación de predicado a sujeto" (I. Gredt, *Elementa philosophiae aristotelico-thomisticae*, Friburgo-Barcelona: Herder, 1956 (11a. ed), vol. I, p. 151).

bio, la relación según el ser constituía una relación propiamente tal, esto es, una relación real, como la que se quiere plantear aquí entre el signo y lo designado, y entre el signo y la facultad cognoscitiva.

Resalta, entonces, la fuerza ontológica que se da al significar, como una relación (real). De modo que el signo no se reduce a ser una entidad material o mental tomada de modo absoluto, sino relativa a algo —a lo designado y a la facultad— y en esta relación tiene precisamente su ser de signo, de otra manera quedaría reducido al ser de objeto. Al igual que Araújo, Poinot se percata de que el signo dice relación con dos cosas: a lo designado y a la facultad. Por eso se pregunta si mira a ellos con una sola relación, o están ahí invisceradas varias relaciones. También como Araújo, resuelve que se trata de una sola relación con dos términos desigualmente alcanzados, y, cuando se trata propiamente al signo, se trata de una relación simple: “Si la facultad y lo designado se consideran como términos directamente alcanzados por la relación, necesariamente exigen dos relaciones en el signo, pero de este modo el signo mira a la facultad directamente como objeto, no formalmente como signo. En cambio, si se considera la facultad como término alcanzado en oblicuo, así, con una única relación del signo se alcanzan lo designado y la facultad, y ésta es la razón propia y formal del signo”.³⁶ Y, por todo lo dicho, se ve que la relación primaria del signo es hacia lo designado, y la relación secundaria es hacia la facultad. Así, la relación más fuerte del signo es la que guarda con lo designado o significado.

El signo natural

El constitutivo formal del signo es ser una relación. Tanto Araújo como Poinot establecen que es una relación según el ser; pero en cuanto abarca a la relación real y a la relación de razón. En este sentido, Araújo se pregunta si la relación del signo es real en todos los signos o de razón en todos, y, si no

³⁶ Poinot, 664ab.

se da un solo tipo de relación en todos, en cuáles la relación es real y en cuáles es de razón. Establece que en los signos naturales es real, no de razón.³⁷ Como prueba principal puede aducirse el siguiente argumento: Es relación formalmente real la que tiene una causa real de su ser y que compete al sujeto por fuerza de su producción real; pero la relación del signo natural es de esta manera; luego es real.³⁸ También Poinset trata en un artículo el problema de si en el signo natural la relación es real o de razón. Y responde en el mismo sentido que Araújo: "La relación del signo natural con su designado, por la que se constituye en el ser de signo, es real, y no de razón, en cuanto está de su parte y por fuerza de su fundamento, y suponiendo la existencia del término [o correlato] y las demás condiciones de la relación real".³⁹ Y estas condiciones de la relación real ya habían sido tomadas en cuenta por Araújo, en especial la existencia del término o extremo significado. Por ejemplo, para que una huella signifique al animal designado, debe existir el prototipo, que es el animal. Cuando este prototipo no existe, por ejemplo, en el caso de la huella de un buey, que por su naturaleza ha sido instituida para que signifique a ese animal, pero éste ha muerto, la relación ya no puede ser real —falta una condición requerida para que lo sea—; y entonces es de razón, pero por accidente, y sólo a causa de ese defecto o falta de una condición requerida.⁴⁰ Se vuelve de razón no por la fuerza intrínseca de su ser, sino por la fuerza extrínseca y accidental de una carencia: "Cuando alguna relación por su naturaleza y por los méritos propios de su sujeto y fundamento debe ser real, pero, por un defecto extrínseco no es real, no es real por accidente; pero la relación del signo natural, en cuanto está en su naturaleza y por los méritos de su fundamento, debe ser real. . .; luego cuando falta la existencia del término extrínseco, por accidente falta el ser real, y en lugar de él surge otra relación de razón".⁴¹

³⁷ Cfr. Araújo, *loc. cit.*, dub. 1, concl. 1.

³⁸ Cfr. *ibid.*, prob. 1.

³⁹ Poinset, 656b.

⁴⁰ Cfr. Araújo, *ibid.*, dub. 1, concl. 2.

⁴¹ *Ibid.*, prob. 2ae. partis.

El signo convencional

En cuanto a los signos convencionales, sin embargo, Araújo establece que se constituyen por una relación de razón, la cual es un ente de razón de primera intención.⁴² Que sean relaciones de razón, lo prueba así: “Hay relación de razón cuando no se ordena algo por su propia naturaleza, sino por una comparación de la razón que compara a una cosa con otra; pero los signos convencionales no se ordenan por la naturaleza de las cosas a sus designados, sino por la ordenación extrínseca del intelecto que los instituye para significar; luego. . .”⁴³ Que sean de primera intención lo prueba así: “La intención primera. . . es aquella que inmediatamente sigue a una acción real, y en ella se funda; pero de este modo es la relación del signo [convencional], ya que, puesta la institución activa, en seguida surge la significación de las voces, y, en otras cosas libremente instituidas para significar, en seguida el intelecto les puede atribuir la relación de signo y usarlas para significar; luego. . .”⁴⁴ No otra cosa resuelve Poinset, quien dice: “En los signos convencionales la razón de signo también debe explicarse por su relación con lo designado. Pero esta relación es de razón, y el signo no consiste sólo en una denominación extrínseca por la que es impuesto o destinado por la república a designar.”⁴⁵

El signo formal

Ya que los signos formales son naturales, la relación por la que se constituyen es una relación real. El signo formal es aquel en el cual y por el cual se conoce lo designado, es decir, contiene en sí mismo lo significado, y, en cuanto objeto, este signo en cierta manera se oculta para sólo dejar resplandecer lo representado. El ejemplo por excelencia de esto es el con-

⁴² Cfr. *ibid.*, concl. 3.

⁴³ *Ibid.*, prob. 1ae. partis.

⁴⁴ *Ibid.*, prob. 2ae. partis.

⁴⁵ Poinset, 658b.

cepto, el cual es un signo que representa en sí mismo y por sí mismo lo significado. En su propio ser concepto ejerce el ser signo de aquello que significa, opacando su mismo ser concepto. La noción de signo formal, que ciertamente es la más importante desde el punto de vista gnoseológico en el ámbito de la escolástica, resulta, sin embargo, complicada y difícil de entender. Da la impresión de que ha sido desarrollada para explicar el modo como el *concepto* (o la noticia intelectual o mental) es un signo; es decir, parece una teoría del signo elaborada para entender el concepto y no tanto una parte de la teoría del signo que desemboca de manera natural y normal en el concepto. En otras palabras, todo indica que la noción de signo formal fue inventada para acomodar la noción de concepto.

Empero, tanto Araújo como Poinot aceptan esa teoría del signo formal y del concepto como su instancia prototípica. El primero lo establece así: "La razón de signo natural [y formal] se encuentra unívocamente y con toda propiedad en los conceptos de nuestro intelecto".⁴⁶ La razón es que el concepto o palabra interior es causa de la palabra exterior, y lo que es causa de que otro signifique es signo de manera más propia que su efecto significante. Poinot precisa aún más: "El concepto o especie expresa del intelecto, de manera muy propia es signo formal".⁴⁷ En las especies cognoscitivas, ya intelectuales, ya sensoriales, podemos distinguir entre especie expresa, que es la más perfecta, y especie impresa. Hemos visto que la especie expresa intelectual es aceptada como signo formal por Araújo y Poinot. Ambos aceptan además que la especie expresa sensible es signo formal.

Araújo aclara que es menos propia que la inteligible, pero que es signo formal: "En las noticias sensitivas también se encuentra verdadera razón de signo formal, aunque no de manera tan perfecta como en los conceptos".⁴⁸ La razón es que las especies expresas sensibles son, al igual que las inteligibles, formalmente representativas del objeto en sí mismas. Lo mismo

⁴⁶ Araújo, *loc. cit.*, dub. 3, concl. 1.

⁴⁷ Poinot, 704a.

⁴⁸ Araújo, *loc. cit.*, dub. 3, concl. 3.

dice Poinso: “También la imagen (*idolum*) o especie expresa sensible en las facultades interiores es signo formal respecto de tales facultades”.⁴⁹

Pero excluyen ambos las especies impresas, tanto inteligibles como sensibles. Araújo lo formula así: “La especie impresa, ya sensible, ya inteligible, de ninguna manera es signo”.⁵⁰ Las excluye fundado en el siguiente argumento: “De la razón de signo, además del representar algo distinto de sí mismo, se requiere que medie entre el objeto representado y la facultad a la que hace la representación; pero la especie impresa no media así, porque se da por parte de la facultad, como un principio de su mismo conocimiento, de modo que por él la facultad se vuelva facultad cognoscitiva íntegra, que pueda conocer de manera próxima; luego la especie impresa no es signo formal”.⁵¹ El asunto es claro; ya que la especie impresa no es signo, tampoco puede ser signo formal. Por eso Poinso dice, lacónicamente: “La especie impresa no es signo formal”.⁵² Y añade además una conclusión semejante sobre el acto de conocer tomado en cuanto tal, por la misma razón que en la especie impresa, a saber, que no es representación de lo conocido, sino operación productora de esa representación; así, “el acto de entender, como distinto de la especie impresa y de la expresa, no es signo formal, en cualquier operación del intelecto en que se tome”.⁵³

El signo instrumental

El signo instrumental es una relación; si se trata de un signo instrumental natural, dicha relación será real, y, si se trata de un signo instrumental convencional, dicha relación será de razón. Araújo lo distingue del signo formal —y en ello cifra la

⁴⁹ Poinso, *ibidem*.

⁵⁰ Araújo, *loc. cit.*, dub. 3, concl. 2.

⁵¹ *Ibid.*, prob.

⁵² Poinso, 708a.

⁵³ Poinso, 712b. Cfr. J. A. Casaubón, “Para una teoría del signo y del concepto como signo formal”, en *Sapientia*, 10 (1955), p. 272; y J. G. Pola, “Noción tomista del ‘signo formal’”, en *Studium*, 5 (1965), p. 98.

menor perfección del signo instrumental— en el conocimiento preexistente que requiere para hacer llegar la facultad al conocimiento del objeto designado con cierto discurso.⁵⁴ Pero hay tres clases de conocimiento previo por las cuales se puede tocar al signo instrumental, por ejemplo, una estatua: (i) De un primer modo, ese conocimiento previo puede terminarse en la estatua en cuanto es una cosa que tiene cierta figura y líneas. (ii) De un segundo modo, puede terminarse en la estatua en cuanto es un signo, *i.e.* en cuanto se refiere al prototipo al que dice relación, de modo que se conozca su relación de signo en acto signado o como cierta quiddidad, por conocer la estatua como algo representativo. (iii) De un tercer modo, puede terminarse en la estatua en cuanto subyace a la relación de signo, no como cierta quiddidad y en acto primero, sino en cuanto ejerce un segundo signo que es la actual representación de lo designado y la conducción de la facultad al conocimiento de éste. Según esto, Araújo resuelve: “El conocimiento previo del signo instrumental no es del tercer modo, sino del primero y sobre todo del segundo, pues para el conocimiento de la cosa significada se requiere previamente la noticia del instrumento significante, a saber, qué cosa es y además que tiene tal significación”.⁵⁵ Y no se puede confundir el signo instrumental con el objeto sólo motivo; porque el signo tiene relación primaria con lo designado y secundaria con la facultad, diciéndose convertiblemente del designado; mientras que el objeto tiene relación primaria con la facultad y secundaria con lo conocido, diciéndose convertiblemente de la facultad; pues el objeto motivo se dice tal por la facultad, en tanto que el signo instrumental se dice tal por lo designado.

El signo consuetudinario

Para establecer el tipo de relación que ejerce el signo consuetudinario, hay que saber primero si es signo natural o convencional. Si lo primero, tendrá relación real; si lo segundo, tendrá

⁵⁴ Cfr. Araújo, *loc. cit.*, dub. 4, concl. unic.

⁵⁵ *Ibidem.*

relación de razón. Poinset se encarga de resolver este problema, diciendo que a veces el signo consuetudinario puede ser convencional y a veces natural: "Si la costumbre se refiere a algún signo, destinándolo y proponiéndolo como signo, tal signo fundado en la costumbre será convencional. Pero si la costumbre no propone o instituye algo como signo, sino que dice simple uso de alguna cosa y por razón de él se toma como signo, tal signo se reduce al natural."⁵⁶ En algunos casos, pues, el signo consuetudinario es convencional, y entonces ejerce una relación de razón; en otros casos, en cambio, es signo natural, aunque imperfecto, y entonces ejerce una relación real, como compete a los signos naturales. Un ejemplo de lo primero es la institución de algunas voces especiales para designar ciertas cosas por costumbre; un ejemplo de lo segundo es el dar al mantel sobre la mesa el significado de la comida próxima; pero esto último es más cercano al signo natural, ya que se funda en la repetición y el hábito, que es como una "segunda naturaleza".

El estatuto del signo y del signo lingüístico

El signo es una cosa (*prágma, res, something*), como lo han visto Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Saussure y Peirce; también el signo lingüístico, en consecuencia, es una cosa. Es sobre todo una cosa física (especialmente fonética, aunque también gráfica); pero puede hablarse además del signo lingüístico como una cosa mental (imagen o concepto). Esto lo vio claramente Peirce, al sostener que el *interpretante* (no el intérprete) es un acontecimiento mental que puede constituirse en signo lingüístico. También Russell, en algún momento, antes de adoptar el conductismo, admitió que las imágenes son signos. En el aristotelismo-tomismo se habla de un lenguaje interior (psíquico, mental): el *verbum mentis* o *verbum cordis*, y de un lenguaje exterior (físico): el *verbum oris*. Pero se aclara que el propiamente lingüístico es el lenguaje exterior

(habla y escritura). Por eso deberíamos hablar de una materialidad impropia (la del lenguaje interior: imágenes, conceptos y juicios) y de una materialidad propia (la del lenguaje exterior: palabras orales o escritas). Pero, dado que hablamos preponderantemente del lenguaje como lenguaje externo, lo tomaremos aquí como la *causa material* del lenguaje, con materialidad estricta.

Esto ya habría sido anticipado por Santo Tomás, al decir que el carácter de signo (lingüístico) pertenece propiamente a las cosas sensibles o físicas, y sólo por translación a las cosas mentales o psíquicas.⁵⁷ Por consiguiente, a pesar de la posibilidad de un signo lingüístico mental, nos referiremos siempre al signo lingüístico como algo material, resaltando la *materia- lidad* del signo lingüístico.

Materialidad y arbitrariedad del signo lingüístico

En la filosofía actual del lenguaje, se toma al signo lingüístico, la palabra, en su aspecto plenamente material, como punto de partida metodológico de su análisis. En el estructuralismo y en la filosofía analítica, la palabra es una cosa material, con corporeidad física (fonética o gráfica).⁵⁸ Lo mismo expresa Santo Tomás al decir: "Ya que la palabra exterior, siendo sensible, es más conocida para nosotros que la interior, por eso, según la imposición y el uso del nombre, se llama 'palabra' más propiamente a la palabra oral que a la palabra mental, aunque la interna sea por naturaleza anterior a la externa".⁵⁹ Y esto resalta, asimismo, el carácter convencional o arbitrario del signo lingüístico, pues las palabras internas (imágenes y conceptos) son las mismas para todos los hombres; pero las palabras externas (orales y escritas) no son las mismas para todos, lo cual se ve en la diversidad de los idiomas y las escrituras.

⁵⁷ Cfr. Sto Tomás, *Summa Theologiae*, III, q. 60, a. 4, ad. 1; *De Veritate*, q. 9, a. 4, ad 4.

⁵⁸ Cfr. I. M. Bochenski, *Los métodos actuales del pensamiento*, Madrid: Rialp, 1973, p. 72.

⁵⁹ Sto. Tomás, *De Veritate*, q. 4, a. 1, c.

La corporeidad del signo lingüístico

En el ámbito estructuralista, Saussure veía que el signo lingüístico implica tanto lo físico como lo psíquico. El sonido no es nada sin el pensamiento.⁶⁰ Sin embargo, debemos partir de la materialidad del signo lingüístico: "La lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta, y esto es gran ventaja para su estudio. Los signos lingüísticos no por ser esencialmente psíquicos son abstracciones; las asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, y cuyo conjunto constituye la lengua, son realidades que tienen su asiento en el cerebro. Además, los signos de la lengua son, por decirlo así, tangibles; la escritura puede fijarlos en imágenes convencionales. . . la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes."⁶¹

En un ámbito más cercano a la filosofía analítica, Frege aclara que toma al signo lingüístico en su corporeidad fonética o gráfica, esto es, material.⁶² Se toman los signos lingüísticos en su corporeidad para, a partir de ella, ir a su significado. "Así lo sensible nos abre al mundo de lo que escapa a los sentidos."⁶³ Y de hecho, para la filosofía analítica, el signo lingüístico se toma en cuanto a su corporeidad.⁶⁴

Así lo entendió Aristóteles, quien nos explica que el signo lingüístico es una cosa física: fonética o gráfica. Los sonidos forman la voz o palabra oral, que es signo de las representaciones mentales, y la escritura es, a su turno, signo de la palabra oral.⁶⁵ Y lo señala muy bien Santo Tomás, al decir que, aun cuando "palabra" designa sobre todo la palabra interior (*verbum mentis*) o concepto, sin embargo, debido al uso ha pasado a designar la palabra exterior, y el uso ha sancionado

60 Cfr. F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada, 1978 (17a. ed.), p. 50.

61 *Ibid.*, p. 59. Cfr. M. Beuchot, "Reflexiones filosóficas sobre la lingüística estructuralista de Ferdinand de Saussure", en *Logos* (México), 12/36 (1984), pp. 57-92.

62 Cfr. G. Frege, "Sobre sentido y referencia", en *idem*, *Estudios sobre semántica*, Barcelona: Ariel, 1973 (2a. ed.), p. 51.

63 *Idem*, "La science justifie le recours à une idéographie", en *idem*, *Écrits logiques et philosophiques*, París: Eds. du Seuil, 1971, p. 64.

64 Cfr. W. V. O. Quine, *Palabra y objeto*, Barcelona: Labor, 1968, p. 15.

65 Cfr. Aristóteles, *Peri Hermeneias*, I, 16a3 ss.

esta acepción.⁶⁶ Incluso añade que el vocablo *verbum* o “palabra” se toma del aspecto corporal o material de la misma.⁶⁷ En definitiva, tomando “palabra” en sentido de palabra exterior, la esencia de las palabras son los sonidos audibles o voces.⁶⁸

El signo lingüístico o palabra, pues, tiene corporeidad: fonética o gráfica. Tomándola en su aspecto oral, es una cosa física acústica: un sonido. Por eso se adjudicaba el sonido, como objeto de estudio, a la física.^{68 bis}

Hay sonidos que no pueden ser voces; aunque puedan ser signos (como el tañer de la campana), no serán signos lingüísticos. El sonido que es voz, que puede ser signo lingüístico, es el sonido emitido por el aparato vocal. De los sonidos vocales, unos pueden ser naturales, como el gemido o la risa, y otros artificiales, como las palabras. Sólo estas últimas son signos lingüísticos. Y es que son voces articuladas, a diferencia de las inarticuladas; por eso pueden representarse por la escritura, y así son llamadas “literadas”, mientras que las inarticuladas no pueden ser transcritas propiamente, y por eso son “iliteradas”. Las palabras escritas representan a las palabras orales.⁶⁹

Pero, a fin de simplificar, llamaremos solamente “palabras” tanto a las orales como a las escritas, y las trataremos como si fueran (metodológicamente) un mismo tipo de signo lingüístico (sin perder la conciencia de su radical distinción). Así, abarcaremos tanto las palabras orales como las escritas bajo el término “palabra exterior” o simplemente “palabra”.

El signo lingüístico como notación que se vuelve significativa

Así, pues, los signos lingüísticos se nos revelan, en su aspecto material, como notaciones, como conjuntos de entidades que

⁶⁶ Cfr. Sto. Tomás, *Summa Theologiae*, I, q. 34, a. 1, c.; V. Warnach, “Erkennen und Sprechen bei Thomas von Aquin”, en *Divus Thomas* (Friburgo), 15 (1937), pp. 192-194.

⁶⁷ Cfr. Sto. Tomás, *In I Sententiarum*, d. 27, q. 2, a. 1, ad 1.

⁶⁸ Cfr. *idem*, *Summa Theologiae*, II-II, q. 72, a. 1, ad 1.

^{68bis} Cfr. P. Hispano, *Summulae logicae*, ed. Bochenski, 1.01. (La edición de L. M. de Rijk omite ese pasaje; ver la traducción de esta última realizada por M. Beuchot, México: UNAM, 1985.)

⁶⁹ Cfr. Sto. Tomás, *In II Sententiarum*, d. 8, q. 1, a. 4, ad 5; *In I Perihermenias*, lect. 2, nn. 7-8; lect. 4, nn. 11-12.

pueden recibir un significado. ¿Cómo adquieren significado? Esto resulta del arbitrio o convención humana, por la institución o imposición que se hace en el seno de la comunidad hablante. Lo cual nos revela el origen social del lenguaje, que responde a una finalidad también social de comunicación. "Pues si el hombre fuera naturalmente un animal solitario, le bastarían las afecciones del alma, por las cuales se conformaría con las cosas mismas, para tener el conocimiento de ellas; pero, ya que el hombre es por naturaleza político y social, fue necesario que las concepciones de un hombre fueran dadas a conocer a los otros, lo cual se hace por la voz; y por eso fue necesario que hubiera voces significativas, para que los hombres convinieran entre sí."⁷⁰

En cuanto que las notaciones se vuelven significativas por obra del hombre social, algunos filósofos, como Leo Apostel, han puesto la dimensión pragmática (el uso, la convención) como anterior a la sintaxis y a la semántica.⁷¹ Otros, en cambio, y son la mayoría —entre ellos Carnap y Morris—, han puesto primero la sintaxis, dado que se puede construir todo un lenguaje sin significado semántico, y sólo con sentido y coherencia sintácticos con base en reglas de coordinación entre los signos. Puede aceptarse la primacía de la sintaxis en una consideración abstracta del lenguaje, lo cual es útil por muchas razones; pero lo que ocurre en realidad es la intervención de la pragmática de manera simultánea a la sintaxis y a la semántica. Se disponen ciertas notaciones (sintaxis) y se les da un significado (semántica) por virtud de la decisión social (pragmática). Conviene entender: cuando se coloca la pragmática después de la sintaxis y la semántica, esto no excluye su intervención en las fases del surgimiento del lenguaje. Se la pone al final metodológicamente —y con cierta abstracción—, ya que el estudio de las reglas de uso de un lenguaje es más complicado, y parece suponer una estructura sintáctica y una interpretación semántica, para luego abordar las cuestiones pragmáticas que afectan su empleo.

⁷⁰ *Ibid.*, lett. 2, p. 4b.

⁷¹ *Cfr.* L. Apostel, "Syntaxe, sémantique et pragmatique", en J. Piaget (comp.), *Logique et connaissance scientifique*, París: Gallimard, 1967, pp. 290-309.

No hay dificultad en seguir adoptando la secuencia usual de las dimensiones semióticas: primero la sintaxis, luego la semántica y después la pragmática, si las entendemos como estudio explícito y dedicado de cada aspecto. Ciertamente que la pragmática interviene desde el origen, si entendemos la institución como el uso primigenio. Pero la sintaxis puede ponerse al principio, como la institución de los elementos y sus combinaciones correctas, sin hacer intervenir todavía a la interpretación semántica ni a las relaciones pragmáticas o de uso. Este estudio sintáctico puede concebirse como un estudio abstracto de la estructura del lenguaje. Y se puede comenzar con un estudio formal del mismo sin tomar todavía en cuenta la semántica y la pragmática. Esto ya había sido pre-
enunciado por Santo Tomás al decir que el gramático (o sintáctico) versa sobre los signos lingüísticos, pero no en cuanto a su significado, sino en cuanto a su coordinación (el estudio del significado, según él, pertenece al lógico).⁷² Sin embargo, haciendo eco de lo que dice Apostel, podemos comenzar por la pragmática inicial del lenguaje centrada en su origen o institución social. Lo cual no empecé para que podamos seguir considerando a la sintaxis como la primera dimensión del lenguaje, según la ordenación acostumbrada. Veamos, pues, esta parte proto-pragmática que es el origen del lenguaje.

Origen social del signo lingüístico

Como lo entendió la filosofía escolástica, todo el caudal de notaciones posibles (fonéticas y gráficas) surge y se desarrolla por una convención social. Depende de las comunidades de hablantes o usuarios. El hombre en sociedad es la causa eficiente del lenguaje. Esto se manifiesta en el origen social del signo lingüístico. Es un signo convencional.⁷³

Se debe a la institución o imposición de las palabras. A una cosa, a una acción, a un evento, se imponen palabras que los designen. Después de mayor sofisticación, ya no se designan

⁷² Cfr. Sto. Tomás, *Opusc.* 73, c. 1.

⁷³ Cfr. *idem*, *De Veritate*, q. 4, a 1 c.

con gestos, gritos o gemidos los estados de ánimo, sino que también se imponen palabras para designarlos. Van surgiendo los diferentes elementos de la oración, que pueden agruparse coherentemente. Y surgen las palabras de significado abstracto, no solamente palabras que designan cosas concretas. Por el desarrollo de esta imposición, el lenguaje adquiere su riqueza cada vez más vasta.

De esta manera, por imposición de palabras, efectuada por convención entre los hablantes, tal vez bajo cierta sanción por parte de los dirigentes o autoridades de la sociedad en cuestión, las palabras tuvieron origen. Y así, de ser meras notaciones sin significado, se convirtieron en palabras significantes. Todo ello por virtud de una imposición o institución social. Lo cual explica la diferencia de lenguajes según las diversas comunidades de hablantes, y la diversidad de escrituras.⁷⁴ Una palabra, dotada de un significado inicial por la imposición primigenia, puede cambiar de significado debido al uso. Por eso podemos hablar de una imposición primera y una imposición segunda. La imposición primera dota a la palabra de su significado primitivo; la imposición segunda, modifica el significado de la palabra dándole uno derivado o translaticio. Vemos cómo la pragmática está como trasfondo del origen sintáctico y del desarrollo semántico del lenguaje. Sin embargo, pueden separarse metodológicamente.

Tenemos con esto un aspecto de la *causa eficiente* del lenguaje, que es el hombre, pues aquí lo hemos considerado en cuanto a su dimensión social; después lo tomaremos en su aspecto individual o psicológico. Pero una cosa importante es el origen social y convencional del lenguaje, lo cual se adecua perfectamente a su finalidad —la comunicación—, también social.

Respecto de esta dimensión social del lenguaje, nos dice Aristóteles: “El porqué sea el hombre un animal político, más aún que las abejas y todo otro animal gregario, es evidente. La naturaleza —según hemos dicho— no hace nada en vano;

⁷⁴ Cfr. V. Warnach, “Das aussere Sprache und seine Funktionen nach der Lehre des hl. Thomas von Aquin”, en *Divus Thomas* (Friburgo), 16 (1938), pp. 400 ss.

ahora bien, el hombre es entre los animales el único que tiene palabra. La voz es señal de pena y de placer, y por eso se encuentra en los demás animales (cuya naturaleza ha llegado hasta el punto de tener sensaciones de pena y placer y comunicarlas entre sí). Pero la palabra está para hacer patente lo provechoso y lo nocivo, lo mismo que lo justo y lo injusto; y lo propio del hombre con respecto a los demás animales es que él solo tiene la percepción de lo bueno y lo malo, de lo justo y de lo injusto y de otras cualidades semejantes, y la participación común en estas percepciones es lo que constituye la familia y la ciudad.”⁷⁵

Autonomía del signo lingüístico

Ahora bien, el hombre tiene por naturaleza la razón, pero no tiene por naturaleza las palabras, sino por arbitrio o artificio. Tiene por naturaleza la facultad del lenguaje, pero no tiene por naturaleza el lenguaje mismo. Su carácter no sólo social, sino sobre todo convencional, nos revela su carácter de artificial, arbitrario y autónomo. Esta autonomía y arbitrariedad del signo lingüístico fueron vistas por Aristóteles y por Saussure. Aristóteles lo ve en el hecho de que, a pesar de que el hombre tiene sistema nervioso, digestivo, respiratorio, etcétera, sin embargo, no tiene sistema lingüístico. Porque para efectuar el habla utiliza diversos órganos que pertenecen a diversos sistemas: la boca pertenece al digestivo, los pulmones, al respiratorio, etcétera.⁷⁶

Saussure añade que el aparato vocal no ha sido naturalmente puesto para hablar; aunque se hallen las localizaciones de la facultad de hablar en el cerebro, esto sólo indica que lo natural es la facultad de expresión, pero no que el aparato vocal sea naturalmente hecho para hablar.⁷⁷ Agudamente observa

⁷⁵ Aristóteles, *Política*, I, 1, 1253a7 ss.

⁷⁶ Cfr. *idem*, *De Anima*, II, 2; *De partibus animalium*, II, 16; E. Gilson, *Lingüística y filosofía*, Madrid: Gredos, 1974, pp. 97 ss.; M. Beuchot, “La filosofía del lenguaje en los griegos”, en *Thesis* (UNAM), n. 9 (1981), pp. 47 ss.

⁷⁷ Cfr. F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, ed. cit., pp. 52-53.

Edward Sapir: "El caminar es una función orgánica, una función instintiva (aunque no, por supuesto, un instinto en sí mismo); el habla es una función no instintiva, una facultad adquirida, 'cultural' ".⁷⁸

El signo lingüístico es arbitrario.⁷⁹ Y esto lo hace autónomo. Una secuencia de marcas o sonidos (notaciones) carecen de vida si los usuarios no les asignan un significado. Pero, una vez que ha sido establecido el signo lingüístico, se nos impone, deviene autónomo. Desde ese momento, "una marca que sirve como el vehículo físico de una expresión, por otra parte, tiene vida propia, independiente de la voluntad del hablante o del oyente".⁸⁰

Metateorías del discurso

La teoría escolástica del signo, comparada con la que exponen los representantes principales de la teoría analítica, estructuralista y aun la marxista (Adam Schaff), manifiesta múltiples ventajas. Ya la coincidencia con Peirce y Schaff en algunos puntos (con el primero en cuanto a la definición y con el segundo en cuanto a la clasificación) es una muestra de su vigencia. Pero también tiene desventajas y ventajas en ciertos aspectos. En cuanto a las desventajas, debe admitir correcciones; en cuanto a las ventajas que añade, es un candidato valioso para que se tomen en cuenta sus aportaciones.

Las principales desventajas se ubican en la psicología del signo, y se deben a la falta de una psicología más elaborada en el terreno de la percepción sensible, en el campo de la psicología de la sensación. Esto da como resultantes varias deficiencias en la explicación de la génesis del signo en el ser humano, cosa que ha sido muy estudiada por la psicología genética (Piaget).

⁷⁸ E. Sapir, *El lenguaje*, México: FCE, 1954, p. 10. Cfr. M. Beuchot, "La lingüística generativo-transformacional de Noam Chomsky", en *Logos* (México), 12/35 (1984), pp. 11-40.

⁷⁹ Cfr. F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, ed. cit., pp. 103 ss.; Sto. Tomás, *Summa Theologiae*, II-II, q. 85, a. 1, ad 3.

⁸⁰ B. Harrison, *An Introduction to the Philosophy of Language*, Londres: Macmillan, 1979, p. 5.

Sus ventajas principales se centran en la reflexión filosófica del signo: metafísica, lógica y filosofía social. Rebasas las presentaciones —harto simplistas— de algunos tratadistas modernos acerca del *status* ontológico del acontecimiento sígnico. Asimismo, presenta una reflexión importante de la lógica interna del establecimiento de los signos naturales y convencionales; sobre todo de estos últimos, cuya arbitrariedad está sujeta a los usos de la comunidad hablante, a través de la teoría de las *impositiones*. Esto revela el aspecto pragmático de la semiótica, que ha sido hasta ahora el menos estudiado. Y también, lo que es aún más importante, por su atención a la vida del signo en el seno de la comunidad —y no sólo a sus descripciones y taxonomías— reflexiona sobre su pragmática socio-política, sentando considerables bases filosóficas para una sociología del lenguaje. Y en ello conjunta los aspectos lógico y metafísico, que tienen como postulado de principio la logicidad del hombre, radicada en su propia naturaleza.

CAPÍTULO II

EL DISCURSO Y SUS PARTES

Dimensión sintáctica

En la filosofía del lenguaje de los escolásticos medievales y post-medievales tuvo un lugar principal la clasificación de los términos que componen el discurso, suscitando interesantes discusiones que pueden ayudarnos a esclarecer algunos puntos de la semántica actual.

En la perspectiva de la lógica escolástica, el discurso consta de enunciados y éstos de términos. Pero, aunque las proposiciones o enunciados tienen a los términos como elementos, las proposiciones o enunciados son con propiedad las unidades lingüísticas básicas.¹ En efecto, los términos adquieren significado completo (*i.e.* referencia, además de sentido; o suposición, además de significación) en el seno del enunciado, el cual es significativo en el seno de todo el discurso en cuestión. Así, los enunciados, aunque están compuestos de elementos (los términos), son las unidades lingüísticas fundamentales en sentido propio; los términos sólo pueden serlo por derivación y dependencia con respecto a los enunciados.

La dimensión sintáctica del análisis escolástico del lenguaje estudia los elementos y su composición. Estudiará los términos como elementos del enunciado catalogándolos en sus diferentes categorías y estudiará el modo de su combinación, estableciendo reglas de formación, para obtener fórmulas bien formadas o enunciados correctos —atómicos y molecu-

¹ Cfr. E. J. Ashworth, *Logic and Language in the Post-Medieval Period*, Dordrecht: Reidel, 1974, p. 37.

lares—. En la filosofía tomista no se opera con una semiótica formalizada del lenguaje, sino que se expone en lenguaje ordinario (con la conciencia de que es un *metalinguaje*).² Es una lógica del lenguaje ordinario hecha con el mismo lenguaje ordinario. Pero tiene una gran riqueza en cuanto comprensión de la forma lógica del mismo. Sus exposiciones abundan en explicaciones que son muy útiles para la semiótica y la filosofía del lenguaje actuales, a pesar de innegables limitaciones en sentido técnico, que pueden ser subsanadas por los descubrimientos actuales, y lo que aporta aún a los descubrimientos actuales es su profundidad filosófica. Seguiremos de cerca las exposiciones de esos dos tomistas sobresalientes de la “Edad de Oro” de la escolástica española que son Domingo de Soto y Juan de Santo Tomás o Juan Poinset, a quienes ya conocemos. Y trataremos de relacionar sus exposiciones con la problemática que agita la semiótica actual.

En cuanto a la parte sintáctica del lenguaje, la filosofía tomista busca la forma lógica de las expresiones; desarrolla, por así decir, una “gramática lógica” del discurso. Esta versa sobre los elementos y combinaciones de elementos de la oración o discurso, constituyendo una *Grammatica Speculativa*. La filosofía tomista da con ello cabida a una gramática especulativa combinándola con la fuerte lógica que tenía. En este sentido, la filosofía tomista del lenguaje se integra en la tradición de la gramática especulativa que venía ya desde el siglo XII y que en el siglo XIII encontró un gran representante en Tomás de Erfurt.³

Los elementos de la oración son los *términos*, voces o dicciones, que se distribuyen en categorías sintácticas o partes gramaticales de la oración.⁴ A estas categorías sintácticas se les llama *modi significandi* (modos de significar). En efecto, cada una de las partes de la oración: nombre, verbo, pronombre, adverbio, preposición, conjunción, etcétera, es un *modo*

² Cfr. E. A. Moody, “The Medieval Contribution to Logic”, en *idem*, *Studies in Medieval Philosophy, Science and Logic*, Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California Press, 1975, p. 377.

³ Cfr. F. A. Cunningham, “Speculative Grammar in Saint Thomas Aquinas”, en *Laval Philosophique et Théologique*, 17 (1961), pp. 84-85.

⁴ Cfr. I. M. Bochenski, “On Syntactical Categories”, en *The New Scholasticism*, 23 (1949), pp. 257-280.

o clase de término. Y cada uno de ellos tiene un *modo de significar* (*modus significandi* o *consignificatio*) porque puede relacionarse o combinarse con los otros elementos de un modo tal que el compuesto resulte significativo, esto es, que sea una oración. Y, entre las oraciones, la principal y la que se toma en cuenta —dada su primacía en la lógica— es la oración enunciativa, o enunciado, o proposición.⁵

Los términos básicos son llamados “categoremáticos” y son el nombre (incluyendo tanto a los substantivos como a los adjetivos calificativos y a los pronombres personales o demostrativos de persona) y el verbo (con sus diversas modalidades); los términos complementarios son llamados “sincategoremáticos”, y son los restantes,⁶ que sirven como modificadores (operadores o conectivos) de los anteriores. El nombre y el verbo son tomados como principales porque pueden fungir como sujeto y predicado, y, de acuerdo con esto, dan la vertebración del enunciado.⁷ El nombre es definido siguiendo a Aristóteles como la voz significativa por convención, sin consignificar el tiempo, ninguna de cuyas partes significa separada, y que es, además, definida (finita) y recta.⁸ El verbo es la voz significativa por convención, que consignifica el tiempo, ninguna de cuyas partes significa separadamente, que es, además, definida (finita) y recta, y que siempre es signo de que una cosa se predica de otra.⁹ Los términos sincategoremáticos sirven para expresar las modificaciones de los categoremáticos y además como conectivos. Más adelante examinaremos los problemas que sobre ellos —categoremáticos: nombres y verbos, y sincategoremáticos— ha suscitado la semántica actual.

En cuanto a las oraciones, y en especial, en cuanto al enunciado, se busca la congruencia, lo que podríamos llamar “co-

⁵ Cfr. D. de Soto, *Summulae*, Salmanticae: In aedibus Dominici a Portonariis, 1575, fol. 19v. Los abreviaremos así: Soto, 19v.

⁶ Dado que se analiza el latín, no se toman muy en cuenta los artículos, aunque, por la influencia de los otros idiomas, se desarrolló también la especulación lógica sobre los mismos; cfr. E. M. Barth, *The Logic of the Articles in Traditional Philosophy. A Contribution to the Study of Conceptual Structures*, Dordrecht: Reidel, 1974.

⁷ Cfr. J. de Santo Tomás (o Juan Poinsett), *Ars Logica*, ed. B. Reiser, Turín: Marietti, 1930, pp. 13b-16b. Lo abreviaremos así: Poinsett, 13b-16b.

⁸ Cfr. Aristóteles, *Peri Hermeneias*, 2, 16a19.

⁹ Cfr. *ibid.*, 3, 16b6.

herencia sintáctica", o "reglas de formación" de los elementos. La teoría de la congruencia (*congruitas*) establece las reglas de construcción entre los elementos lingüísticos, para obtener fórmulas bien formadas, o enunciados correctos, tanto categóricos como hipotéticos.¹⁰ Pues se atendía tanto a los enunciados simples o atómicos como a los compuestos o moleculares.¹¹

Esta parte sintáctica llega también —como sucede en la actual— a las reglas de transformación o de inferencia, esto es, a las reglas inferenciales o argumentaciones válidas. Y en el tomismo se cuenta con un aparato inferencial altamente sofisticado de reglas de transformación o inferencia, a saber, el cúmulo de reglas inferenciales que constituye la teoría de las *consequentiae* o inferencias lógicas.¹² Abarcan la lógica de proposiciones sin analizar, analizadas y modales, y —en contra de lo que frecuentemente se cree— en ellas la silogística sólo ocupa una parte, es un cálculo específico y parcial.¹³ Por motivos metodológicos, nos centraremos en los términos y en el enunciado, dejando de lado la inferencia o consecuencia. Y pasaremos posteriormente a detallar su estudio semántico, que es con mucho el más rico.

Dimensión semántica

En el aspecto semántico se estudian el sentido y la referencia de los términos y los enunciados.¹⁴ Todos los términos tienen sentido (*significatio*), pero no todos tienen referencia (*suppositio*), la cual pertenece a los nombres en el seno del enunciado; los demás términos tienen copulación (*copulatio*),

¹⁰ Cfr. Poinsot, 144a ss.

¹¹ Cfr. E. J. Ashworth, "Propositional Logic in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 9 (1968), pp. 179-192.

¹² Cfr. E. J. Ashworth, "The Theory of Consequence in the Late Fifteenth and Early Sixteenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 14 (1973), pp. 289-315.

¹³ Cfr. E. J. Ashworth, "Notes on Syllogistic in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 11 (1970), pp. 17-33.

¹⁴ Cfr. E. J. Ashworth, "The Doctrine of Supposition in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 51 (1969), pp. 260-285.

como los adjetivos y los verbos, o como los sincategoremáticos, que sirven de modificadores, funtores, operadores o conectivos. A su vez, todos los enunciados tienen sentido (*significatio, dictum propositionis*), pero no todos tienen referencia (*dispositio rerum, obiectum complexum*, a veces llamado *complexe significabile*), y esto se aplica tanto a las proposiciones categóricas como hipotéticas.¹⁵

El término es la voz significativa por convención, a partir de la cual se configura o construye la oración o el enunciado simples. El término puede ser mental, oral o escrito. Para abarcar todas esas modalidades, se lo define, primeramente, como el signo a partir del cual se configura la oración simple.¹⁶ Pero, como el tipo principal de oración es el enunciado (*i.e.* la oración indicativa, asertiva o aseverativa, tanto afirmativa como negativa, a diferencia de las oraciones interrogativas, imperativas, desiderativas, etcétera), en lugar de “oración” se puede poner simplemente “enunciado”. (Y se usaba indistintamente junto con otras que se hacían equivalentes a ella, especialmente “enunciación” y “proposición”.)

De esta manera se puede definir, en particular, cada tipo de término: el término mental, como la noticia o concepto a partir del cual se confecciona el enunciado mental simple; el término oral, como la voz significativa por convención a partir de la cual se confecciona el enunciado (oral) simple; el término escrito, como la escritura significativa por convención a partir de la cual se confecciona el enunciado escrito simple.¹⁷

Pero se toma el término, en su acepción más propia, como término oral; así, según hemos dicho, es la voz significativa por convención, a partir de la cual se construye el enunciado simple. Un ejemplo de esto es “hombre”. Tal definición puede explicarse como sigue: El género próximo es la *voz*, con esto se excluyen otros signos que no son voces, por no ser ni siquiera sonidos, como las banderas; y otros que, aun cuando son sonidos, no son vocales, como el repicar de las campanas.

15 Cfr. V. Muñoz Delgado, *Lógica formal y filosofía en Domingo de Soto*, Madrid: Eds. de la Revista Estudios, 1964, p. 78.

16 Cfr. Soto, 5r; Poinsot, 8b.

17 Cfr. Soto, 5v; Poinsot, 10a.

La diferencia específica la constituyen los factores siguientes: (a) *Significativa*, con lo cual se excluyen las voces que, como “blitiri” o “scindapsus”, no son significativas —tales ejemplos eran puestos a propósito en los tratados—, pues no significan un concepto o afección del alma, aunque son significativas de algo distinto, a saber, del hablante, o de que alguien las profiere; pero en esa consideración se reducen a simples sonidos. (b) *Por convención*, con lo cual se excluyen los signos naturales, como el gemido y la risa, ya que, aun cuando son voces (pues significan un afecto del alma), no significan conceptos, y por eso no pueden ser términos. (c) *A partir de la cual se configura el enunciado simple*, con lo que se distingue el enunciado mismo, al que se opone como la parte al todo. Y aquí se toma como enunciado el categórico, que no se compone de otros, lo cual sucede con el hipotético. Por eso los enunciados categóricos son llamados “simples”.¹⁸

Cuando los elementos sígnicos excluidos figuran como términos, no lo hacen propiamente, sino accidentalmente. (Los mismos enunciados subordinados son partes del enunciado categórico sólo accidentalmente, pues de suyo cada uno de ellos es un todo complejo.) Además, fuera del enunciado, un término sólo es tal aptitudinalmente, pero no actualmente o de hecho; por lo cual, fuera del enunciado no es propiamente término, sino que es propiamente término en el seno del enunciado.^{18 bis}

Así, pues, el término dice relación con el enunciado. Y el enunciado se compone de muy diversos términos, según las partes o categorías sintácticas que establece el gramático: nombre, verbo, pronombre, adverbio, conjunción, etcétera. Por eso la definición debe abarcarlos a todos. Y es buena definición, porque la definición se refiere a lo definido en cuanto a su aptitud, no en cuanto a su ejercicio; por lo cual basta con definir a los términos en cuanto a su aptitud para confeccionar enunciados e inferencias (sobre todo silogismos). De acuerdo con ellos, excluyendo a los términos mentales, y subsumiendo a los escritos en los orales, se toman estos últimos

¹⁸ Cfr. Soto, 5r; Poinset, 8b.

^{18 bis} Cfr. Soto, 5v.

como los términos más propios. Y, entonces, el término en cuanto tal, o término lógico, tiene como constitutivo formal el ser significativo por convención.¹⁹ Y, una vez dada su ordenación al enunciado y al silogismo, se puede hablar de él como término enunciativo y como término silogístico.

Como término enunciativo, su constitutivo formal es tener relación u orden al enunciado, el poder ser una parte suya, no sólo como extremo, *i.e.* como sujeto o predicado, sino con una razón más común, de modo que no sólo incluya al nombre y al verbo, sino a todas las demás partes sintácticas o gramaticales. Ciertamente las partes principales son el nombre y el verbo, pues con ellos basta para que haya sujeto y predicado, lo cual es la estructura enunciativa; y bajo los nombres se comprenden los pronombres y los adjetivos cualificativos,²⁰ así como bajo el verbo los participios. Y las demás categorías sintácticas que son llamadas "partes" también por los gramáticos, más que partes de la oración, son propiamente conectivas de las partes, y significan su conexión. Pero, hablando ampliamente, todos los términos, tanto los sujetuales y predicativos como sus conectivos u operadores, son partes del enunciado.²¹

Como término silogístico o inferencial, su constitutivo formal es tener relación u orden a la construcción del silogismo. No sólo porque en él se termina la resolución o análisis del silogismo, sino también porque en él se inicia su composición o síntesis.²²

El nombre y el verbo bastarían para confeccionar el enunciado, por ejemplo "Pedro corre" (y aun para confeccionar inferencias, con base en enunciados de ese tipo). Mas, usualmente, van acompañados por otros tipos de términos que redondean su sentido. El nombre y el verbo tienen sentido por sí mismos, por eso se llaman *categoremáticos*; los demás lo tienen por acompañar a los anteriores, por eso se llaman

19 Cfr. Poinset, 90b.

20 Las razones de esta clasificación parecen estar avaladas por la lógica moderna, tomando en cuenta la reflexión actual sobre las construcciones adjetivales, *cfr.* M. Platts, *Ways of Meaning*, ed. cit., pp. 161 ss.

21 Cfr. Poinset, 91a-91b.

22 Cfr. Poinset, 95b-96a.

sincategoremáticos. El nombre puede ser sujeto y el verbo (siempre y cuando no se tome en sentido substantivado) predicado, aunque primariamente es cópula, pues la cópula principalmente constituye la composición (*lo cual la hace estar por la parte del predicado*) y significa la afirmación o la negación, por las cuales el enunciado puede ser verdadero o falso. Pero los sincategoremáticos no pueden ser sujetos ni predicados (en su uso normal), sólo conectivos u operadores. Por eso hay distintos tipos de significación.²³ Y se pueden distinguir dos significaciones, la primera de las cuales pertenece al nombre y al verbo (términos categoremáticos), y la segunda a los restantes (términos sincategoremáticos). La primera consiste en *significar algo* (*significare aliquid seu significare aliqua*), la segunda consiste en *significar de alguna manera* (*significare aliquid*). Los categoremáticos pueden significar *algo uno* (*aliquid*) o *algo múltiple* (*aliqua*); pero los sincategoremáticos sólo pueden significar *algo bajo algún respecto* (*aliquid*), en general, significan algún modo de la cosa significada por los categoremáticos, y esto pueden hacerlo de manera funcional o “por oficio”, como el término “todo” en “todo hombre es animal”, o de manera objetiva o “por significación”, como “velozmente” en “Pedro corre velozmente”.²⁴

Aunque el término mental no pertenece propiamente a nuestro estudio de las partes del enunciado (oral), conviene decir algo sobre él. Se define como la noticia formalmente significativa a partir de la cual se confecciona una proposición mental simple. Se habla de noticia, y no de concepto, para que abarque tanto la noticia sensible como la noticia intelectual, que es propiamente el concepto. Y es que, para efectos de simplicidad, podemos tomar “noticia”, “concepto” y “acto de entender” como equivalentes. Sabiendo, empero, que “noticia” abarca tanto lo inteligible como lo sensible, y que “concepto” sólo se dice propiamente de la noticia intelectual.²⁵

Por eso “noticia” se pone como género del término mental. Y la diferencia que se añade se pone para excluir el enun-

²³ Cfr. Poinset, 92b.

²⁴ Cfr. Soto, 5r.

²⁵ Cfr. Soto, 6r.

ciado mental o proposición, que, aun cuando es noticia, sin embargo no es término. La noticia es doble: intuitiva, cuando se trata de una cosa presente, y abstractiva, cuando se trata de una cosa ausente. Pero la noticia más formal es el concepto, y éste tiene sus divisiones. Primeramente se divide en concepto ultimado, que es el de la cosa, y concepto no ultimado, que es el del término que significa la cosa. El concepto ultimado es el concepto de la cosa significada por el término, por ejemplo la cosa que es el hombre es significada por el término "hombre", y así el concepto ultimado es el concepto de esa cosa que es el hombre, no el concepto del término mismo en su materialidad. En cambio, el concepto medio o no-ultimado es el concepto del mismo término en cuanto significante, por ejemplo el concepto del término "hombre", sin el concepto de la realidad significada por él.²⁶ En segundo lugar, atendiendo a su modo, el concepto se divide en directo y reflejo. El concepto directo es aquel por el cual conocemos algún objeto que está fuera de nuestro concepto, sin reflexionar sobre nuestro conocimiento; por ejemplo, cuando se conoce una piedra o un hombre, de ellos se tiene un conocimiento directo. En cambio, el concepto reflejo es aquel por el cual conocemos que conocemos, y así tiene como objeto un acto o una facultad dentro de nosotros; por ejemplo, al conocer que conozco una piedra o un hombre, tengo un concepto reflejo de mi propio conocer.²⁷

El término que nos interesa no es el mental o concepto, sino el oral (prescindiendo, metodológicamente, del mental y del escrito). Veamos sus divisiones. Después de exponerlas, veremos las dificultades que sobre ellos parecen surgir —según nuestra interpretación— de las discusiones de la semántica moderna, y en qué medida son una aportación aceptable para ayudar a resolver tales dificultades.

La primera división se aplica al término oral, y lo separa en

²⁶ Cfr. M. Prieto, "Significación y sentido ultimado. La noción de 'suppositio' en la lógica de Juan de Santo Tomás", en *Convivium*, 15-16 (1963), pp. 33-73 y 19-20 (1965), pp. 45-72; V. Muñoz Delgado, *La lógica nominalista en la Universidad de Salamanca (1510-1530)*, Madrid: Eds. de la Revista Estudios, 1964, pp. 210-211.

²⁷ Cfr. Poinset, 10b-11a.

unívoco y equívoco. La segunda división se aplica al término oral unívoco, y lo separa en categoremático y sincategoremático.

Términos unívocos y equívocos

Unívoco es el que significa sus significados con un mismo concepto; por ejemplo “hombre” significa con un solo y mismo concepto a los seres humanos individuales. Equívoco es el que significa sus significados no con el mismo concepto, sino con muchos; por ejemplo “can” significa con un concepto al animal que ladra, con otro al animal marino que se ha dado en llamar así, y con otro a la constelación que recibe ese nombre.²⁸ Los términos se dicen unívocos univocantes o equívocos equivocantes, mientras que las cosas designadas por ellos se dicen unívocas univocadas o equívocas equivocadas. Por eso las cosas no se dicen propiamente unívocas o equívocas, sino sólo en cuanto son significadas por nombres unívocos o equívocos. Hay dos tipos de equívocos. Se da un término equívoco casual cuando por casualidad y no por alguna semejanza se impone para significar muchas cosas. En éstos entran los nombres propios de persona, que ordinariamente son participados por muchos individuos (por ejemplo hay muchas personas que llevan el mismo nombre de “Pedro”). Se da un término equívoco deliberado o sistemático cuando un nombre significa una cosa por la relación o proporción que tiene con otra; por ejemplo “hombre” puede designar al hombre pintado por su relación de semejanza con el hombre real. Una cosa puede ser significada de dos maneras: por institución formal y de manera consecutiva. Cuando una voz significa una cosa por institución formal y otra cosa de manera consecutiva, es un equívoco sistemático o deliberado. Y a esto se puede llamar “analogía”, la cual surge por semejanza, por proporción o por atribución. Pero cuando se identifica, como ahora, lo análogo con lo equívoco sistemático, no se habla exactamente del análogo, pues no todo análogo es equívoco;

28 Cfr. Poinset, 11a.

más bien, la analogía es el medio entre la pura univocación y la pura equivocación.²⁹

Hay dos reglas para los equívocos sistemáticos o análogos: (i) El término análogo tomado por sí mismo está en lugar del significado más usual. Es decir, el término análogo que está sin restricción ni otra determinación, *i.e.* que no es restringido a un miembro de la oración menos principal, ni se sujeta respecto de él, está por lo que significa principalmente. Por ejemplo "hombre", en "el hombre es animal", está por el hombre vivo, y no por el hombre muerto ni por el hombre pintado. (ii) En los términos análogos o equívocos, tales son los sujetos cuales lo permiten los predicados o las restricciones; *i.e.*, cuando un nombre significa varias cosas, es determinado a estar por algo de acuerdo a la exigencia del predicado o de la restricción, como si se dice "el can ladra", "can" está por el animal, y no por la constelación. Y es que el término análogo que se sujeta (o que es el sujeto) respecto del miembro menos principal, está alienado del predicado, de modo que se toma por el significado del mismo predicado. Por ejemplo, el sujeto de "el hombre está pintado" se toma por la pintura, y no por el ser humano.³⁰

La exigencia decidida de excluir la equivocidad es algo muy acorde al espíritu de la lógica y la semántica actuales. Cuando Soto habla de que se debe ser conscientes de la equivocidad que se halla en los nombres de persona, para añadir los medios que la eviten, prelude a Russell, quien se expresa en el mismo sentido. Aún más, se cuestiona la dificultad parecida de llamar "hombre" o aplicarle un nombre de persona a un cadáver: "La muerte es también un proceso; aun cuando se trate de la que se llama instantánea, la muerte debe ocupar un tiempo finito. Si se continúa aplicando el nombre al cadáver, debe aparecer gradualmente un estado de descomposición cuando el nombre cesa de ser atribuible, pero nadie puede decir precisamente cuándo alcanza este estado".³¹ Para los escolásticos, que trataban el fenómeno de la muerte como un

²⁹ Cfr. Soto, 7r.

³⁰ Cfr. Soto, 7v; Poinset, 11b.

³¹ B. Russell, "Vaguedad", en M. Bunge (comp.), *Antología semántica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1960, p. 17.

cambio instantáneo en el momento de la separación de la forma substancial humana con respecto al cuerpo material, conscientes de que había imprecisión en cuanto al exacto momento en que ocurría; sin embargo, independientemente de la precisión cronológica, había una precisión ontológica; y, así, después de la muerte del ser humano, entraba en vigencia la regla (i) de los análogos y equívocos. Dicha convención semántica impedía que se aplicara el nombre de persona a un cadáver; al menos no se le aplicaba propiamente (dado que se relaciona con un concepto distinto al de *cadáver*).

Términos categoremáticos y syncategoremáticos

“Categoremático” es lo mismo que “predicativo” o “significativo”. “Syncategoremático” es lo mismo que “con-predicativo” o “con-significativo”. Por eso se dice que el categoremático es el que significa por sí mismo y puede formar de suyo la predicación o enunciado; significa algo de suyo, como “hombre”. En cambio, el syncategoremático es el que significa sólo de alguna manera, esto es, significa algún modo o manera (de las cosas significadas por los categoremáticos); sólo significa acerca de los categoremáticos, y no es predicable, pero modifica los extremos o la cópula del enunciado, como “todo”, “simplemente”, etcétera.³² Así, el categoremático significa algo en cuanto cosa, y no en cuanto modificación. Y del syncategoremático se dice que significa de alguna manera, no porque no signifique verdadera y propiamente, sino porque su significado no se presenta como cosa, sino como un modo de la cosa, *i.e.* ejerciendo una modificación a otra cosa.³³ Algunos escolásticos hablaban de syncategoremáticos sólo por el oficio, sólo por la significación y tanto por el oficio como por la significación; pero, a fin de simplificar, no tomaremos en cuenta, para detallarla, esta división.

Solamente conviene entresacar una observación importante que atañe a discusiones frecuentes en la lógica actual, relati-

³² Cfr. Soto, 8r.

³³ Cfr. Poinset, 12a.

vas a la cópula “es”, y que colocan la perspectiva escolástica como muy cercana a la de la lógica contemporánea. La cópula “es” era considerada como un término categoremático sólo por oficio, y sincategoremático por la significación.³⁴ Esto disminuía el valor autónomo de la cópula para hacerla un elemento enunciativo reabsorbido en el predicado.³⁵ De esta manera se excluye el esquema proposicional sujeto-cópula-predicado, para quedar sólo como sujeto-predicado, en una perspectiva cercana a la de Frege, Russell y Strawson.³⁶

Las divisiones que vienen en seguida sólo se aplican al término categoremático, según distintos fundamentos o puntos de vista, y se pueden reducir a cinco principales.

Términos común y singular

El término común es el que significa muchas cosas de manera dividida o divisa, como “hombre”. El término singular es el que significa una sola cosa de manera indivisa, como “Pedro”. En cuanto al término común, se entiende el “muchas cosas de manera dividida” como la comunicabilidad a muchos individuos, pues significa algo que por parte de la cosa significada, o al menos por parte del modo de ser concebida, no repugna que se entienda como comunicable a muchos. Por parte de la cosa, como “hombre”, y al menos por el modo de ser concebido, como “Dios”, ya que este término es común en cuanto al modo que tenemos de concebir. En los comunes se incluyen los términos que, dada su máxima generalidad, son llama-

³⁴ Cfr. V. Muñoz Delgado, *La lógica nominalista en la Universidad de Salamanca*, ed. cit., pp. 213-214.

³⁵ Cfr. K. Hedwig, “*Esse purum dictum*: Un aspecto de la lógica escolástica en México”, en *Didnoia*, 25 (1979), pp. 206-218.

³⁶ T. M. Simpson, *Formas lógicas, realidad y significado*, Buenos Aires: EUDEBA, 1975 (2a. ed.), p. 18: “En este momento podemos recordar el viejo esquema ‘S es P’ y preguntarnos qué queda de la cópula. Para responder aplicamos nuestro método de abstraer predicados a la oración singular ‘Pedro es bueno’, y obtenemos la expresión ‘... es bueno’, que es un predicado monádico. Si lo simbolizamos con la letra ‘F’, tendremos el esquema ‘F (x)’, que representa la forma de cualquier proposición singular atributiva. Vemos, pues, que en este análisis *la cópula queda absorbida por el predicado*, y éste se aplica directamente al sujeto sin necesidad de un vínculo gramatical.”

dos *trascendentes*, como “ente”, “algo”, “cosa”, etcétera, que se verifican de todas las cosas; y podían inclusive ser representados por letras: “a”, “b”, “c”... En cambio, el término singular no tiene un significado comunicable a muchos o participable por muchos, ni por parte de la cosa significada, ni por parte del modo de concebir.

El término singular siempre significa de manera indivisa, por ejemplo “Roma” es un término singular, pues, aunque significa muchos (moradores), no los significa de manera divisiva, sino que significa algo tomado colectivamente. En cambio, el término común siempre significa de manera divisiva. De ello se sigue otra división menos importante, reductible a la anterior, que distingue el término en colectivo y divisivo. El colectivo es el que, en número singular, significa muchas cosas unidas formando conjunto, como “Salamanca” y “pueblo”. El divisivo es el que, en número singular, significa una cosa, o muchas de manera divisiva, como “Pedro” y “hombre”.³⁷

A su vez, el término singular es doble: determinado o definido y vago o indefinido. El singular determinado es el que los gramáticos llaman nombre propio personal, como “Pedro”. El singular vago es el nombre común acompañado de un signo demostrativo, como “este hombre”, “este ente”, etcétera. La diferencia entre uno y otro consiste en esto: Por el singular determinado tenemos plena certeza del individuo, *i.e.* juzgamos suficientemente acerca de los accidentes por los que se distingue de todo otro individuo, y con el singular vago no sucede así.³⁸

Conviene detenernos ahora en los problemas que suscita esta concepción de los términos comunes y singulares *vis à vis* de la lógica actual. Contiene elementos que deben ser modificados, y otros que merecen ser integrados al acervo moderno de la semántica lógica.

Partamos de una observación acertada de Thomas Moro Simpson: “En la interpretación lógica actual no hay símbolos para términos generales, pues éstos forman siempre parte de

³⁷ Cfr. Soto, 8v; Poinset, 12ab.

³⁸ Cfr. Soto, 9r.

los predicados. La lógica tradicional, en cambio, no posee símbolos especiales para nombres de individuos: la letra 'S' tanto puede representar un término general como individual; la oración 'Sócrates es sabio' responde al esquema 'S es P', donde no hay ninguna especificación de categorías, contrariamente a lo que ocurre en el esquema ' $F(x)$ ', donde la variable ' F ' representa una propiedad, y la variable ' x ' un individuo."³⁹ Para tratar de formalizar el esquema proposicional escolástico, debemos atender a un presupuesto semántico que nos mueve a reflexionar sobre la semántica tácita de la simbolización actual de las proposiciones categóricas, en la lógica cuantificacional o de cuantores. La diferencia radical entre la concepción escolástica y la concepción logística consiste en que la lógica actual atribuye a la variable individual " x " la carga semántica del enunciado, *i.e.* dicha variable individual representa a las cosas sobre las que versa el enunciado; en cambio, la lógica escolástica atribuye a un término general esa carga semántica, y el otro término general es el que representa lo predicado acerca de las cosas que representa el primero. De esta manera, si se quiere simbolizar, el esquema escolástico de la proposición categórica universal afirmativa no tendría la forma de un esquema proposicional exactamente como el propuesto por Simpson: " $F(x)$ ", saturado por el cuantificador universal " (x) ", así: " $(x)(F x)$ "; sino que tendría la forma siguiente: " $(x)(F x \supset G x)$ ", y, quizá más propiamente: " $(F)(G F)$ ", donde se operaría con términos generales o comunes. Lo que mueve a reflexionar acerca de nuestros procedimientos usuales modernos de cuantificación, en cuanto a la proposición categórica, es el hecho, señalado por Ernest Moody, de que, en vista de lo anterior, "la estructura lógica de cada proposición categórica general se vuelve doblemente general, y tanto el término sujeto como el término predicado resultan cuantificados, fungiendo la cópula como un predicado diádico".⁴⁰

En cuanto a la observación de Simpson, de que la lógica antigua no disponía de símbolos para individuos, podemos

³⁹ T. M. Simpson, *op. cit.*, pp. 18-19.

⁴⁰ E. A. Moody, "The Medieval Contribution to Logic", *ed. cit.*, p. 383.

mitigarla con la consideración de los términos *trascendentes*, que están emparentados de una manera sorprendente con nuestras actuales *variables de individuos*. Aclara Moody: "De ellos podría decirse que tienen suposición sin significación, o extensión sin intensión. Cuando se usan en las formulaciones escolásticas de los principios lógicos, manifiestan no ser más 'metafísicas' que la variable individual ('x') de la lógica contemporánea; su función es la de expresar la dimensión extensional del lenguaje, como índices de la función suposicional de los términos."⁴¹ Esto ha sido tomado en cuenta para algunos modernos sistemas formales, como el de Haskell B. Curry; en la fundamentación de su cálculo lógico tienen un papel principalísimo los elementos que él denomina "*obs*", y que corresponden a los términos trascendentes, que tienen extensión sin tener una intensión peculiar o determinada.⁴²

Por lo demás, la división de los términos en colectivos y divisivos puede ser aclarada y confirmada por procedimientos usuales en la teoría de conjuntos o lógica de clases.⁴³

Términos absoluto y connotativo

El absoluto es el que significa algo como substancia, ya sea substancia en sí misma, por ejemplo "hombre", ya sea a modo de substancia, como el accidente concebido sin su sujeto, por ejemplo "blancura". El connotativo es el que significa algo como accidente, esto es, adyacente a otro, como "blanco" o "ciego". Por lo cual, el connotativo tiene dos significados, uno principal y directo, que se identifica con su ente absoluto, como lo blanco y la blancura; y otro secundario y oblicuo, que se identifica con el ente al que adyace y en el que se encuentra. Pero tiene que connotar o significar oblicuamente aquello a lo que en verdad conviene, no aquello a lo que con-

⁴¹ E. A. Moody, *Truth and Consequence in Medieval Logic*, Amsterdam: North-Holland Publ. Co., 1953, p. 28.

⁴² Cfr. V. Muñoz Delgado, *De la axiomática a los sistemas formales*, Madrid: CSIC, 1961, pp. 40-52.

⁴³ Debo esta observación a José Antonio Robles, en una discusión sobre el tema sostenida en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.

viene de manera imaginaria, ficticia o falsa. Y no connota un objeto fuera de lo significado, a lo cual dice relación, como la ciencia dice relación a sus objetos, sino que connota al sujeto en el que se encuentra lo que significa secundariamente.

Sin embargo, a pesar de que significa algo adyacente, no se debe confundir el término connotativo con los términos concreto y adjetivo, los cuales no son propiamente connotativos. “Pues el *concreto* sólo se opone al abstracto, y puede encontrarse en el término absoluto, como ‘hombre’ es concreto y absoluto. Por eso se dice que el concreto significa algo constituido como un *qué*, por ejemplo ‘hombre’; y que el abstracto, en cambio, significa algo *por lo que* se constituye una cosa, por ejemplo ‘humanidad’. El *adjetivo* se opone al sustantivo, no al connotativo. Por lo cual puede encontrarse un connotativo que no sea adjetivo, por ejemplo ‘padre’ o ‘creador’, a pesar de que todo adjetivo sea connotativo.”⁴⁴

Para definir el connotativo no es correcto decir, como lo hacen algunos, que es el término que, además de su significado principal, tiene otro significado secundario, porque se duda cuál es el significado principal; en efecto, para los antiguos lógicos, a diferencia de los *moderni* (ockhamistas), el significado principal no es el material, sino el formal.

Connotar es lo mismo que consignificar. Pero no con la consignificación propia de los sincategoremáticos, consignificación de la que ya hemos hablado como un modo de afectar a los categoremáticos. A diferencia de ella, la consignificación de los connotativos consiste en significar una cosa como substancia y otra como accidente suyo. Y la significación del accidente es lo propio del connotativo. Por eso el término connotativo tiene dos significados, uno material y otro formal. El formal es el principal, ya que es lo propiamente significado, y el material es el secundario, ya que es lo consignificado. El formal es el accidente, al cual significa como algo que adyace, y el material es el sujeto o substancia al cual remite el accidente, por adyacer en él. Por ejemplo, “blanco” y “blancura” significan lo mismo, pero de diversa manera; uno de manera concreta y otro de manera abstracta. El concreto sig-

nifica su sujeto por virtud del abstracto, que es como su forma. Y por eso el término connotativo significa el accidente consignificando el sujeto, más bien que a la inversa.⁴⁵ La substancia no adyace; el accidente sí; por eso el término connotativo significa formalmente un accidente o algo semejante (aunque sea esencial), y materialmente una substancia en la que éste adyace.

El término connotativo es múltiple. Hay términos connotativos que connotan esencialmente y otros que connotan accidentalmente. Connotan esencialmente los que significan formalmente algo esencial, como "racional" y "material". Connotan accidentalmente los que significan formalmente algún accidente, sea intrínseco y propio a la naturaleza, como "risible", sea extrínseco y común a la naturaleza, como "blanco". También pueden ser: positivos, como "claro"; privativos, como "oscuro"; y negativos, como "no-vidente".

En la actualidad se hace necesario reorientar el estudio de los términos absolutos o denotativos y los connotativos; pues, a pesar de que John Stuart Mill utilizaba en el siglo pasado "denotación" y "connotación" en el sentido escolástico —en lo esencial, al menos como él mismo lo dice expresamente—,⁴⁶ sin embargo, posteriormente ese sentido fue modificado. Y aludimos a Stuart Mill porque es muy de tomarse en cuenta que fue el que más influyó en los grandes lógicos del siglo pasado y en los iniciadores de la filosofía analítica, pues su influjo abarca a lógicos tales como Jevons, Venn, Frege, Peirce, Moore y Russell.⁴⁷ Sobre todo influye en Russell, quien da gran importancia a "denotar", haciéndolo equivalente a "referir" y excluye el connotar, porque para él significar es denotar.⁴⁸ Por su parte, Alonzo Church hace equivalente la diada "Bedeutung"- "Sinn" de Frege con "denotación"- "connotación"; y Rudolf Carnap lo sanciona, diciendo: "¿Para

⁴⁵ Cfr. Soto, 9v.

⁴⁶ Cfr. J. Stuart Mill, *A System of Logic*, Toronto-Buffalo, 1973-1974, I, p. 31.

⁴⁷ Cfr. G. Ryle, "The Theory of Meaning", en C. A. Mace (ed.), *British Philosophy in the Mid-Century*, Londres: Allen and Unwin, 1957, p. 241.

⁴⁸ Cfr. R. J. Clack, *Bertrand Russell's Philosophy of Language*, La Haya: Martinus Nijhoff, 1969, pp. 7-8.

qué par de conceptos tradicionales propone Frege sus explicaciones? Church se refiere, en conexión con esto, primero, a la distinción entre 'extensión' y 'comprehensión' en la lógica de Port-Royal, y segundo, a la distinción entre 'denotación' y 'connotación' hecha por John Stuart Mill. Me parece que encontramos en el desarrollo histórico *dos* pares de conceptos correlacionados, apareciendo de varias formas. Estos pares están íntimamente correlacionados el uno con el otro, y aun a veces pueden fusionarse. Sin embargo, creo que en general es posible distinguirlos. En la lógica tradicional muchas veces encontramos dos conceptos correlacionados: por una parte, lo que se llama la 'extensión' o 'denotación' (en el sentido de J. S. Mill) de un término o concepto; y por otra parte, lo que se llama su 'intensión', 'comprehensión', 'significación' o 'connotación'.⁴⁹ Y aclara que el par explicado por Frege con sus nociones de "referencia" y "sentido" fue el que forman "denotación" y "connotación".

De este modo, puede verse que se ha llegado a la confusión, y se presentan dos líneas de interpretación; en la línea de Frege, Church, Carnap, etcétera, los conceptos de connotación y denotación son explicados de manera intensional-extensional, y en la línea de Russell, Quine, etcétera, son explicados de manera extensional. Pero, en ambas líneas, el sentido original de "connotación" y "denotación" ha sido alterado.⁵⁰ Y es preciso retomar el sentido original; no sólo para comprender el substrato filosófico o los supuestos ontológicos de los iniciadores de la semántica y la lógica analíticas, sino sobre todo para dilucidar la función que las palabras absolutas o denotativas y las palabras connotativas desempeñan en las proposiciones e inferencias lógicas. Especialmente en las inferencias; pues, si no se tiene advertencia de la connotación (no sólo de la denotación en sentido extensionalista), las inferencias lógicas pueden perder su valor. Ciertamente que esto ha querido ser controlado mediante la cuantificación lógica y las variables

49 R. Carnap, *Meaning and Necessity*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1970, pp. 126-127.

50 Cfr. B. Garza Cuarón, *La connotación: problema del significado*, México: El Colegio de México, 1978, pp. 80-99.

ligadas; pero en una perspectiva meramente extensional, perdiendo un sector del significado que, si se adopta y esclarece, será de gran riqueza para la lógica actual. Y desde el punto de vista semiótico, esto tiene mucho que ver con la pragmática del discurso, que es la dimensión menos desarrollada hasta ahora.

Términos de primera intención y de segunda intención

El término de primera intención (cognoscitiva) es el que significa algo según el estado propio que tiene en la realidad, y no según el estado que tiene en el intelecto o en cuanto concebido (*i.e.* no lo significa en cuanto concepto, sino en cuanto realidad), por ejemplo “hombre” y “blanco” en cuanto a la realidad que es hombre y que es blanca. El término de segunda intención (cognoscitiva) es el que significa algo según el estado que tiene en el intelecto (*i.e.* es un término que significa un concepto, no una cosa, y por eso tiene intención segunda, a diferencia del anterior), por ejemplo “género”, “especie”, “sujeto”, “predicado” y otros semejantes. Y es que la intención primera cognoscitiva se refiere a la cosa en cuanto real, lo cual es como su estado primero y propio; en cambio, la intención segunda cognoscitiva se refiere a algo en cuanto es concebido, en cuanto a su concepto, y esto es como un estado segundo que sobreviene a su estado primero y original. De ahí los nombres de “intención primera” e “intención segunda”.⁵¹

Esta distinción es de suma actualidad para la semiótica, pues permite la separación de expresiones meta-lingüísticas y objeto-lingüísticas. Se puede decir, así, que en el intelecto hay dos alcances cognoscitivos, uno de primera intención, que versa sobre cosas, y otro de segunda intención, que versa sobre conceptos. Y, en consecuencia, habrá nombres de realidades o de primera intención, y nombres de conceptos o de segunda intención. Y no se pueden predicar indistintamente unos de otros, por ejemplo, no se puede decir “el hombre es

⁵¹ Cfr. Poinsot, 13a.

un predicado”, sino que se tienen que distinguir los niveles, diciendo “ ‘hombre’ es un predicado”, de una manera cercana a como lo establece la teoría de *tipos lógicos* de Russell.⁵²

Esto lo explica Soto diciendo que en las cosas hay características que les convienen en cuanto cosas, independientemente de la intervención del intelecto, como el ser sustancia, ser hombre, ser accidente, o ser blanco, etcétera. Y los nombres que significan estas características se llaman de primera intención. Pero hay otras características que convienen a las cosas en cuanto a la intervención del intelecto, pues posteriormente a ella toman el estado de conceptos; por ejemplo decir que el hombre es una especie, que la blancura es un predicado de este hombre, etcétera, nos hace referirnos a conceptos. Tales características no convienen a las cosas en cuanto reales; por ejemplo, no se puede decir que en la realidad el hombre sea una especie, sino que debe decirse que el concepto de hombre es una especie, dado que es un concepto común, por el cual se concibe al hombre como algo común a muchos individuos. Y los nombres que significan estas características se llaman de segunda intención. Igualmente, lo blanco no es en la realidad un predicado, sino una propiedad accidental, y es el concepto de lo blanco el que es un predicado. Incluso los términos que se usan para mencionar a los de su misma forma, según la distinción de Frege; o los nombres-*type* que designan a los nombres-*token*, según la distinción de Peirce; como el término “nombre”, en cuanto designa la voz significativa, no sólo en su materialidad, sino en su significatividad debida al intelecto, es un nombre de segunda intención. Ahora diríamos que es un término metalingüístico. Algunos lógicos del tiempo de Soto habían confundido las nociones de intención y de imposición; Soto deshace ese malentendido: “Hacen mal algunos terministas al decir que sólo los términos mentales se dicen de primera o segunda intención, y que los orales o escritos se dicen de primera o segunda imposición.

52 Acerca de la actualidad de esta doctrina, *cfr.* L. Hickman, *Modern Theories of Higher Level Predicates. Second Intentions in the 'Neuzeit'*, Munich: Philosophia Verlag, 1980, pp. 32 ss., donde aporta una explicación muy clara, y con quien he mantenido iluminadoras conversaciones sobre este punto.

Pues las voces son nombres de las intenciones.”⁵³ Y, así, un nombre oral o escrito, en cuanto a su relación con el intelecto, o como concebido, también puede llamarse de primera o segunda intención, y no sólo de primera o segunda imposición.

Términos incomplejos y complejos

El término incomplejo es aquel cuyas partes no son de suyo significativas, como “hombre”. El término complejo es aquel cuyas partes son de suyo significativas, como “hombre blanco”. Hasta este momento se habían dividido los términos simples; ahora se da cabida a los compuestos, al dividir el término en incomplejo y complejo.

Se sabe si las partes son de suyo significativas por relación con la significación del todo. Son partes significativas aquellas de las que resulta la significación del todo, lo cual se ve por dos síntomas: (i) si al expresar la significación del todo se expresa la significación de esas partes, y (ii) si, al quitar esa parte de la significación, cambia la significación del todo. Un ejemplo: “hombre blanco” cumple ambas condiciones, y por ello es complejo. En cambio, “soldado” es un nombre incomplejo, pues al declarar su significación no decimos que significa un sol dado, regalado o donado, como si eso significaran sus partes. Antes bien, decimos que es un hombre dedicado a la milicia. Y todo depende del concepto que significan, pues al nombre incomplejo le corresponde un solo concepto. Pero al nombre complejo le corresponden, ya sea formalmente ya sea virtualmente, varios conceptos. Por ejemplo, si con la letra “a” convenimos en representar un conjunto, digamos a Pedro y a Pablo, esa letra será un término complejo, pues representa dos conceptos, a saber, el de Pedro y el de Pablo. Pero el que represente sólo uno, será incomplejo. Pues, aunque se diga que “blanco” puede parafrasearse como “aquello que tiene blancura”, *i.e.* que equivale a este término complejo por la consecuencia o implicación, sin embargo, “blanco” si-

que siendo incomplejo, pues tomado en cuanto tal representa un solo concepto.⁵⁴

Poinsot añade dos consideraciones que amplían la noción de término complejo. Primeramente, puede ser una frase e incluso una oración. Con esto entrarían en él, como nombres lógicos, lo que Russell llama “descripciones definidas”, por ejemplo “el actual rey de Francia” o “el autor de *Waverley*”.⁵⁵ Y aun algunas oraciones pueden ser tomadas como términos complejos, por ejemplo las oraciones subordinadas. En efecto, nos dice: (i) “El término complejo también puede ser una oración; pero bajo un modo y formalidad es oración, y bajo otro modo y formalidad es término. Es oración, cuando se consideran las partes significativas como componiendo un todo, porque el intelecto se da ahí como atribuyendo una cosa a otra a la manera de un todo compuesto. Es término, cuando se consideran las partes significativas no como componiendo un todo, sino como efectuando una parte compuesta de otras partes, que, sin embargo, es de suyo ordenable a componer un todo, así como la cabeza es una parte del hombre, y sin embargo está compuesta de otras partes, como ojos, orejas, boca, etcétera.” En segundo lugar (ii) “para que un término sea complejo, debe tener partes de suyo significativas, y que ejerzan su significación también dentro del mismo complejo que componen, de modo que, si alguna parte fuera despojada de su significación, el complejo se destruiría. Por lo cual, la razón principal de término complejo es que sus partes se subordinen a varios conceptos, como lo enseña Santo Tomás en su comentario al I del *Perihermeneias*, lecc. 4. Por esta razón, los términos de figura compuesta, como ‘portaestandarte’, ‘cuentagotas’, etcétera son incomplejos para los lógicos, porque se subordinan a un único concepto incomplejo y son impuestos con una única significación; de manera que, aun cuando ‘estandarte’ fuera despojada de su significación

⁵⁴ Cfr. Soto, 11v.

⁵⁵ Hay antecedentes de esto en Buridan, cfr. A. R. Perreiah, “Buridan and Definite Descriptions”, en *Journal of the History of Philosophy*, 10 (1972), pp. 153-160.

en sí mismo, aun así, 'portaestandarte' seguiría significando lo mismo".⁵⁶

Soto divide el término complejo en distante e indistante. Es distante aquel cuyas partes se unen y distan por alguna conjunción, como "Pedro y Pablo", "el animal, si es hombre...", "Pedro, que es justo...", etcétera. Es indistante aquel cuyas partes no se unen por alguna conjunción, como "animal hombre", "animal bello", "hijo del hombre" (*filius hominis*), etcétera.⁵⁷ Pero de aquí no se sigue que el enunciado sea un término complejo, ya que no es término.

Por lo demás, Soto rechaza —y en esto lo sigue Poinset— que las dicciones de figura compuesta, como "portaestandarte", "cuentagotas", etcétera, sean términos complejos. Dice que tanto las dicciones de figura compuesta como de figura simple son términos incomplejos, porque todas ellas expresan conceptos incomplejos, a los que se subordinan. Lo que pasa es que a veces expresamos conceptos incomplejos con dicciones de figura compuesta por carecer de dicciones simples apropiadas, o tal vez simplemente para mayor abundancia del lenguaje.⁵⁸

Términos impertinentes y pertinentes

La última división principal toma en cuenta, además de los términos en singular, como lo hemos hecho hasta aquí, a los términos en plural, y examina sus comparaciones. Esta división es en términos impertinentes y términos pertinentes. Impertinentes o disparatados son aquellos que ni se siguen el uno del otro ni se repugnan, como "blanco" y "dulce", "docto" y "justo". Pertinentes son aquellos de los cuales uno se sigue del otro o le repugna. Se dividen en pertinentes por secuela y pertinentes por repugnancia. Los pertinentes por secuela son aquellos que se siguen y se acompañan, como "hombre" y "risible". Pertinentes por repugnancia son los que se oponen

⁵⁶ Poinset, 13ab.

⁵⁷ Cfr. Soto, 11v.

⁵⁸ Cfr. Soto, 12r.

y se rechazan, como “vidente” y “ciego”, “caliente” y “frío”.⁵⁹ Estas divisiones son importantes para encontrar las relaciones entre enunciados, y saber, en casos difíciles, si se da contrariedad, contradicción, equipolencia, etcétera.

Los pertinentes por secuela se subdividen en dos clases, según dos relaciones: (i) superior e inferior, cuando uno de ellos se sigue del otro, pero no a la inversa, como “hombre” y “animal”; (ii) convertibles, cuando se infieren mutuamente, como “hombre” y “risible”. Los convertibles se subdividen en sinónimos y no-sinónimos. Son sinónimos los términos que tienen la misma significación, como “can” y “perro”. Son no-sinónimos los que no tienen la misma significación, como “hombre” y “risible”.

Soto introduce una advertencia importante: “Para que los términos sean sinónimos, deben ser dos nombres distintos en cuanto a los conceptos no ultimados; pues ‘hombre’ y ‘hombre’ no son sinónimos, sino el mismo término. Y hay un abuso por parte de algunos terministas cuando llaman al mismo término [tomado dos veces] ‘sinónimo’; pues los sinónimos son lo mismo que ‘nombres simultáneos’ [*simul nomina*], i.e. dos nombres de la misma cosa; como, a la inversa, son homónimas dos cosas que tienen el mismo nombre, como yo [que me llamo ‘Domingo’] y otro [que se llame] ‘Domingo’. Es verdad que entre los lógicos suelen llamarse sinónimos la voz y el concepto ultimado al que se subordina. Y el nombre en caso recto [*i.e.* en nominativo] suele llamarse sinónimo (gramaticalmente con respecto a sus casos oblicuos), como ‘hombre’ (*‘homo’*) y ‘del hombre’ (*‘hominis’*), aunque sean esencialmente sinónimos. Además, también los términos sincategoremáticos, como ‘ni’ y ‘tampoco’ son sinónimos, aunque no se digan convertibles, pues la sinonimia se da en la significación y la convertibilidad en la predicación.”⁶⁰

Por su parte, los repugnantes se subdividen en repugnantes no opuestos, sino simplemente diversos, y repugnantes opuestos. Los opuestos tienen cuatro modos: (i) Unos se oponen de manera contradictoria, cuando uno significa explícitamente

⁵⁹ Cfr. Poinsot, 13b.

⁶⁰ Soto, 12v.

te la negación del otro, como “vidente” y “no vidente”. (ii) Otros se oponen de manera privativa, cuando uno connota la negación del otro en el sujeto que es por naturaleza apto para tenerlo, como “vidente” y “ciego”. (iii) Otros se oponen de manera contraria, cuando significan cualidades que son por naturaleza incompatibles en el mismo sujeto, como “blanco” y “negro”. (iv) Otros, finalmente, se oponen de manera relativa, cuando significan aspectos opuestos mutuamente, como “padre” e “hijo”.

Por último, en cuanto a este tema, Poinset reflexiona acerca de si hay una división esencial de los términos, y cuál es. Tomados como términos silogísticos, la división de los términos en aquellos en los que el silogismo se resuelve (mayor, medio y menor) no es una división esencial. Tampoco es esencial la división del término en sujeto y predicado. Ambas divisiones son accidentales, porque se refieren al término tomado en su ejercicio actual en el enunciado o en el silogismo. Y lo que se busca es algo anterior y más común. Esto se da en el término tomado como enunciativo pero diciendo sólo aptitud para entrar en el enunciado (pues, al igual que la definición, la división toma en cuenta lo aptitudinal, no lo que se da en ejercicio). Y de esta manera la división esencial es en término categoremático y término sincategoremático, y, a su turno, el categoremático se divide en nombre y verbo. La razón de esto es que el término enunciativo consiste formalmente en ser parte resolvente y componente del enunciado. Se divide, pues, esencialmente por su razón de ser parte. Y, por razón de su ser parte, primero se divide en categoremático y sincategoremático; porque el primero tiene razón de parte principal, en cuanto que significa algo de suyo; y el segundo tiene razón de parte secundaria, en cuanto que sólo modifica a la anterior y significa sólo de alguna manera. Después, el categoremático se divide en nombre y verbo, porque tienen distinta razón de ser partes: el nombre como extremo y el verbo como cópula, pues uno compone y el otro copula. Las demás divisiones no son esenciales, “porque sólo difieren por parte de la cosa significada, o del modo de significar, o del signo natural, o del signo convencional, todo lo cual pertenece a la diversidad del término bajo la razón absoluta de signo, pero

no bajo la razón de parte, que es la diferencia última y constitutiva del término.”⁶¹

Hasta aquí hemos hablado de la *significación* (o sentido) de los términos; la significación es la presentación de alguna esencia o modo de ella al intelecto; se realiza en el intelecto. Y la significación es una propiedad del término que éste tiene fuera del enunciado, aunque en orden a él, y que conserva cuando está en él. Pero el término categoremático principal, el nombre, adquiere otras propiedades semánticas en el seno del enunciado, sobre todo la *suposición* (o referencia). Las propiedades que el término adquiere al entrar en el enunciado son: la suposición (*suppositio*), la ampliación (*ampliatio*), la restricción (*restrictio*), la alienación (*alienatio*) y la apelación (*appellatio*). La más importante de todas es la suposición, y en ella nos centraremos. Pero definiremos brevemente las otras propiedades junto con ella. Y, antes de entrar a la teoría de la suposición, analizaremos algunos problemas recientes acerca del nombre y el verbo, que tienen tanta importancia para la suposición de los términos.

Las propiedades del término en el enunciado

Algunos tratadistas añaden alguna otra propiedad semántica además de las que hemos enumerado, por ejemplo la *diminutio* y la *distributio* (disminución y distribución o cuantificación). Una de las propiedades enlistadas, la apelación, cambió de significado o tuvo diferentes significados. Nosotros nos restringiremos al modo como exponen estas propiedades semánticas Soto y Poinso. Y trataremos primero de una definición provisional de la suposición, que explicaremos después más ampliamente. Lo que intentamos por ahora es ofrecer un cuadro general de las propiedades de los términos dentro del enunciado o proposición, pues habrá que hacer referencia a alguna o algunas de ellas al tratar de la suposición más en detalle.

Suposición.— La suposición es la acepción del término en

⁶¹ Poinso, 109b.

lugar de algo de lo cual se verifica, según la exigencia de la cópula y del predicado.

Ampliación.— La ampliación es la extensión de un término de una suposición menor (que tendría sin ese elemento ampliante) a una suposición mayor; por ejemplo “hombre”, en “el hombre puede ser justo”, se extiende a los hombres posibles, y no supone sólo por los actuales.⁶²

Restricción.— La restricción es la coartación de un término de una suposición mayor (que tendría sin ese elemento restrictivo) a una suposición menor; por ejemplo “hombre”, en “el hombre que es justo es sabio”, no se extiende a todos los hombres, sino sólo a los que son justos.⁶³

Alienación.— La alienación, remoción o transferencia, es la desviación de un término de su significación propia a una impropia; por ejemplo “león”, en “Pedro es un león”, deja de significar un animal para significar la crueldad que con él se asocia.⁶⁴

Apelación.— La apelación es la aplicación del significado formal de un término al significado formal de otro, con lo cual también cambia su significación y modifica la significación del término al que se aplica; por ejemplo “excelente”, en “Pedro es excelente lógico”, no conviene a Pedro de manera absoluta, sino bajo la razón y formalidad de lógico, o de la lógica.⁶⁵

En el siguiente capítulo estudiaremos la propiedad principal de los términos, que es la suposición.

⁶² Cfr. Poinset, 37a.

⁶³ Cfr. Poinset, *ibidem*.

⁶⁴ Cfr. Poinset, 39b.

⁶⁵ Cfr. Poinset, 39b-40a.

CAPÍTULO III

SIGNIFICADO: SENTIDO Y REFERENCIA, O SIGNIFICACIÓN Y SUPOSICIÓN

La dimensión semántica

La parte semántica más fuerte de los escolásticos post-medievales que estamos considerando es la que recoge la enseñanza medieval sobre las propiedades de los términos en la proposición. A partir de ellos surgen otras ampliaciones interesantes.¹ Como ya hemos mencionado, estas propiedades eran la significación, la suposición, la ampliación, la restricción, la alienación y la apelación. De entre ellas las más importantes eran la significación y la suposición. La significación es la presentación de alguna esencia o de algún modo de la esencia que hace el término al intelecto. La significación puede tenerla el término fuera de la proposición, pero no así la suposición, que es la otra propiedad fundamental. Ésta —la suposición— es la acepción del término en lugar de algo de lo cual se verifica o a lo cual suple, según la exigencia de la cópula y del predicado. Los estudiosos actuales hacen corresponder la significación con el *sentido* en la terminología de Frege, y a la suposición con

¹ Cfr. V. Muñoz Delgado, "Domingo de Soto y la ordenación de la enseñanza de la lógica", en *Ciencia Tomista*, 87 (1960), p. 482; *idem*, *Lógica formal y filosofía en Domingo de Soto*, Madrid: Eds. de la revista Estudios, 1964, pp. 101 y 118; M. Prieto del Rey, "Significación y sentido ultimado. La noción de 'suppositio' en la lógica de Juan de Santo Tomás", en *Convivium*, nn. 15-16 (1963), pp. 33-73 y nn. 19-20 (1965), pp. 45-72; F. Inciarte, "La teoría de la suposición y los orígenes de la semántica extensional", en *idem*, *El reto del positivismo lógico*, Madrid: Rialp, 1974, pp. 23 ss.; L. N. Roberts, "Suppositions: A Modern Application", en *The Journal of Philosophy*, 57 (1960), pp. 173-182.

la *referencia* fregeana.² Pero creemos que hay que ser cautelosos con esa correspondencia y atenuar bastante el parecido entre las doctrinas escolásticas y las fregeanas.

Los términos y el enunciado

Es importante destacar que hay propiedades semánticas que competen a los términos sólo en el seno del enunciado y una sola que pueden tener fuera de él. Ya antes de formar parte de un enunciado o proposición, los términos tienen *significación*, la cual, como hemos dicho, corresponde —al menos en la función semántica que desempeña, pero sin forzar mucho el parecido— a lo que Frege llama “sentido”, pero con otra explicación ontológica. (Había también problemas, planteados por algunos autores, con la significación o sentido en el caso de los nombres propios.)³ En efecto, ya que la significación es la presentación que hace el término ante la facultad cognoscitiva de un concepto; y, ya que todos los términos, así categoremáticos como sincategoremáticos, producen un concepto en la mente —sea de una cosa, sea de una modalidad o afección de la cosa, o de conexiones entre cosas—, puede pensarse por ello que todos los términos tienen significación. Así, entre los categoremáticos, el nombre significa alguna o muchas cosas, y los verbos significan movimientos, acciones o pasiones; y los sincategoremáticos, por su parte, significan modos de las cosas o de las acciones: sus afecciones o relaciones.

Pero la *suposición* (o referencia) sólo se da en el seno del enunciado, y sólo la tienen los nombres: los substantivos de manera estricta; los adjetivos, de manera amplia.⁴ De los verbos no puede decirse que tengan suposición, ya que se presen-

² Cfr. E. J. Ashworth, *Language and Logic in the Post-medieval Period*, Dordrecht: Reidel, 1974, p. 47; N. Kretzmann, “Medieval Logicians on the Meaning of the *Propositio*”, en *The Journal of Philosophy*, 67 (1970), p. 767.

³ Cfr. M. McCord Adams, “Ockham’s Nominalism and Unreal Entities”, en *The Philosophical Review*, 86 (1977), pp. 144-176.

⁴ Cfr. M. Beuchot, *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, México: UNAM, 1981, p. 111. Sobre esto se hablará más adelante.

tan como cópulas o como predicados ("Pedro *es* blanco", "Pedro *corre*"); y, en sentido propio, tienen copulación: copulan términos, en lugar de suponer por alguna cosa. Cuando los verbos son cópulas, esto es evidente; cuando son predicados, aplican su significado al sujeto, pero no suponen por alguna cosa. No tienen referencia —diríamos ahora—, sino que aplican o entregan su sentido al nombre para que él cargue con la fuerza de la suposición o referencia. Tal es el núcleo principal de la teoría de la suposición en esta parte de la escolástica a la que pertenece Soto.⁵

Como un comentario provisorio a esto que llevamos dicho, podemos afirmar que, además de la notable similitud de la significación-suposición de Soto con el sentido-referencia de Frege, la epistemología y la ontología de Soto excluye varias dificultades presentadas por las otras teorías modernas del significado. El sentido o significación no es una cosa física, como en algunos positivistas lógicos (Carnap), sino un concepto; y este concepto no es, como para Frege y Church, una entidad abstracta autosubsistente, sino una entidad mental. La negación de los sentidos como entidades mentales por parte de Quine, se comprende por su marco teórico conductista, pero la teoría tomista defiende tales entidades de manera semejante al modo como lo han hecho numerosos filósofos de línea analítica, como Bergmann, Grossmann, Sellars, Chisholm y Castañeda.

Por lo demás, la referencia puede ser tanto de objetos físicos como de objetos mentales. Cuando una expresión se refiere a cosas individuales reales, claramente se refiere a cosas físicas; cuando se refiere a objetos universales, se refiere a naturalezas abstraídas de las cosas en forma de conceptos de la mente, no a universales platónicos; y, finalmente, cuando se refiere a objetos no existentes o aun imposibles o contradictorios, sólo se refiere a conceptos, a cosas pensadas, a ficciones de la mente sin ningún fundamento en la realidad. Así se disipan las dificultades causadas por los términos vacíos o que pretenden referirse a entidades inexistentes, (Lo cual has-

⁵Cfr. E. J. Ashworth, "The Doctrine of Supposition in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 51 (1969), pp. 260-285.

ta suena contradictorio.) Intermedia entre el nominalismo y el platonismo, esta postura podría llamarse, con cierta reserva, conceptualismo y, más propiamente, realismo moderado. Conserva una ventaja de los platónicos, y es aceptar la objetividad de los universales, pero no toma al universal como entidad autosubsistente, sino como entidad mental que tiene por contenido lo que el entendimiento hace pasar al estado de abstracto o abstraído de lo particular. El término "mental" padece una ambigüedad radical, pues tiene un aspecto subjetivo y otro objetivo; a saber: la forma mental que se produce en la psique del cognoscente puede tener matices subjetivos, pero no el contenido del concepto, el cual será siempre objetivo. Por eso al primer aspecto se le llama "concepto formal" o subjetivo, y al segundo se lo denominaba "concepto objetivo", porque recoge como contenido la inteligibilidad de la cosa en cuestión. Como resulta claro por los mismos nombres, lo que interesa más es el concepto objetivo, o el contenido objetivo del concepto. Este contenido, a fuer de concepto, es abstraído de las cosas que se conocen, pero no subsiste separadamente y por sí mismo, sino en la mente, como un concepto (objetivo). Con ello no se confunde con el platonismo, pero tampoco incurre en el nominalismo. Es una postura intermedia entre ambos extremos. Es *casi* platonismo, en el sentido de que se admite algo universal, pero no lo es en el sentido de que eso universal no subsiste de suyo, sino que existe gracias a que está en el entendimiento; no tiene existencia propia extramental.

Pues bien, la suposición es la más relevante de las propiedades semánticas de los términos en la teoría escolástica del lenguaje.⁶ En ella nos centraremos ahora.

Naturaleza de la suposición

La suposición es por excelencia un elemento semántico que sirve para reconocer de manera especial la extensión de los

⁶ Cfr. V. Muñoz Delgado, "Pedro de Espinosa (+ 1536) y la lógica en Salamanca hasta 1550", en *Anuario Filosófico* de la Universidad de Navarra, 16/1 (1983), pp. 119-208.

nombres en el enunciado. También tiene un ingrediente intensional, a través de la significación, en algunas clases de la suposición, como veremos; pero es sobre todo extensional. Si se quiere, es intensional-extensional, predominando lo extensional, y en las partes intensionales ha causado muchos conflictos; en cambio, en su aspecto extensional, recibe propiamente la correspondencia que hemos anotado entre ella y la referencia o denotación.⁷

La definición que da Soto de la suposición es la siguiente. La suposición es la acepción del término en lugar de algo de lo cual se verifica. Según decía ya Aristóteles (en los *Elencos Sofísticos*), no podemos traer a nuestro discurso las cosas físicas y materiales, y por eso usamos las palabras en substitución de ellas. Así, en el enunciado, las palabras son suplentes o substitutos de las cosas. Por ejemplo, el sujeto del siguiente enunciado: "el hombre es animal", supone o suple por el hombre, porque se toma (*accipitur*, se le da acepción) en lugar de él, esto es, se pone haciendo las veces del hombre, del que afirmamos que es animal. El término supone, pues, por la cosa.

En este sentido, la suposición es una substitución. Pues "suponer" (*supponere*) significa dos cosas: (i) Poner debajo de algo, y de acuerdo con ello el gramático puede llamar "supuesto" a aquello que se supedita al verbo, y que el lógico llama "sujeto". (ii) Poner en lugar de otro, o sea, substituir, y de acuerdo con ello el lógico dice que el término tiene suposición o que supone, ya que en este caso el término está en lugar de la cosa cuyas veces hace.⁸

A su vez, "substitución" significa dos cosas: (i) La substitución *representativa*, por la cual las voces hacen llegar las cosas significadas a nuestra facultad cognoscitiva; y esto no es la suposición, sino la significación. (ii) La substitución *cuasi-aplicativa*, por la cual, después de haber recibido la represen-

7 Esta dualidad ha sido estudiada, sobre todo en cuanto a la extensión, en un discípulo de Soto que trabajó en México, Alonso de la Vera-Cruz. Cfr. W. Redmond, "Extensional Interpretation of General Sentences in Sixteenth-Century Ibero-American Logic", en *Crítica*, XIII/38 (1981), pp. 45-73, ahora en W. Redmond-M. Beuchot, *La lógica mexicana en el Siglo de Oro*, México: UNAM, 1985.

8 D. de Soto, *Summulae*, Salmanticae: D. a Portonariis, 1575, 24r.

tación y la significación de las voces, el intelecto aplica el término de diversas maneras en los enunciados, de modo que esté en lugar de aquello a lo que se quiere aplicar (predicar) algo; y ésta es la suposición.⁹

Así, pues, la suposición es: (i) *La acepción de un término*, a saber, la acepción substitutiva de un término que hace el intelecto en orden a alguna cópula dentro del enunciado. Y —en la terminología de los gramáticos especulativos de entonces—¹⁰ se entiende como el uso pasivo de un término que es tomado (*accipitur*), no como la acepción activa del intelecto que lo toma; (ii) *en lugar de algo, de lo cual se verifica*, a saber, de aquello de lo que se verifica la acepción del término o substitución, no de aquello de lo que se verifica el enunciado.¹¹ Esto último porque suposición y verificación enunciativa no se identifican. En efecto, la suposición puede llamarse “verificación” sólo en un sentido amplio, como verificación por lo denotado, en cuyo caso es verificación de términos, no de proposiciones. La verificación en la que consiste la suposición es simplemente que el término se tome para designar algo; en cambio, la verificación propia o enunciativa es que una cosa se predique de otra verdaderamente, según la exigencia de la cópula, como repetían a menudo los escolásticos. Por eso primero se da la suposición y después la verificación (enunciativa). En efecto, la suposición siempre será verificación de términos, o verificación en sentido impropio, mientras que la verificación en sentido propio es la enunciativa, a saber, que un predicado se atribuya con verdad a un sujeto.

De este modo, la verificación del término (tal como hemos llamado a la suposición) y la verificación del enunciado siguen siendo distintas, y la primera se requiere para la segunda, pero no a la inversa. En efecto, para la verificación del término sólo se requiere que substituya a la cosa que designa. Esto se cumple haciendo que el término no varíe su significación ni alguna otra de las propiedades semánticas que tiene en el

9 J. Poincot, *Ars logica*, ed. Reiser, Taurini: Marietti, 1939, 29b.

10 Cfr. J. Pinborg, *Die Entwicklung der Sprachtheorie im Mittelalter*, Kopenhagen: Arne Frost - Hansen, 1967, pp. 40 ss.; M. Beuchot, *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, ed. cit., pp. 168 ss.

11 Cfr. Poincot, 29b.

enunciado. Por ejemplo, para saber si supone el sujeto del enunciado “el hombre está pintado” (pues puede parecer que sólo ficticiamente tiene suposición), se verifica señalando al hombre representado en la pintura y diciendo: “este hombre está pintado”. Pero, para la verificación del término como teniendo suposición, no se requiere la verificación del enunciado. Esto se ve —de acuerdo con la reflexión de Soto— en que la suposición del término se da aun cuando el enunciado no sea verdadero, sino falso. Por ejemplo, en el enunciado “el hombre es una piedra”, “hombre” supone, porque verdaderamente se puede encontrar algo a lo que pertenece el ser hombre respecto de la cópula “es” y según su exigencia —de existir en tiempo presente—, aunque no se le aplique con verdad el predicado “ser piedra”. Y la verificación que se requiere para la suposición es la de la substitución, esto es, que pueda hacer las veces de lo que substituye en el enunciado, independientemente de que lo que se le atribuye dé como resultado un enunciado verdadero o falso.

De lo anterior, Domingo Soto extrae algunas consecuencias, especialmente la diferencia entre acepción y conocimiento, y entre significación y suposición. (i) La acepción y el conocimiento difieren, pues el hecho de que el intelecto tome los términos para suplir sus significados no es conocerlos, sino usarlos, y —aun cuando acusaban a los lógicos realistas de lo contrario— no es necesario conocer el término para que un término signifique, ya que esto implicaría que, para que signifiquen los extremos de un enunciado mental, el intelecto debería conocerlos reflexivamente, lo cual es absurdo. Además se sigue (ii) “que la significación y la suposición, como ya lo hacía notar Pedro Hispano, difieren grandemente. En primer lugar, porque la significación es anterior a la suposición, ya que primero se impone una voz no significativa para que signifique, y, una vez que es significativa, se toma en lugar de su significado. En segundo lugar, porque la significación es superior (o anterior) a la suposición, pues no todo término significativo supone, como si dices ‘la quimera existe’; ni tampoco donde supone, supone siempre por todos los significados, por ejemplo el sujeto de este enunciado: ‘algún hombre discute’ sólo supone por los masculinos. Y digo que es superior pero

no propiamente, porque suponer no es significar, sino que es una significación en cierto modo superior, ya que no todo término que significa supone, y, sin embargo, todo término que supone significa, pues aun en el caso de que el término suponga materialmente se toma por sí mismo, como nombre propio significativo de sí mismo".¹²

Surgen entonces dos dudas. Primeramente, acerca de si un término puede tener acepción fuera del enunciado, así como tenía sentido o significación. Soto considera que el término sólo tiene acepción en lugar de una cosa dentro del enunciado, o al menos en orden al verbo, porque no tomamos los términos en el uso más que con vistas a la predicación y para indicar la verdad de las cosas. Por eso el sentido más propio de la acepción en lugar de una cosa es que el término sea tomado *como sujeto o como predicado* en lugar de la cosa. Y, así, lo más propio es que esto suceda en el enunciado, o en orden al enunciado, aunque sea imperfectamente; como el término en caso oblicuo (en latín), para ser verificado, debe ponerse en caso recto.

La segunda duda es respecto a si los adjetivos tienen suposición. Los "antiguos", entre ellos Pedro Hispano, niegan que tengan suposición, y dicen que sólo copulan.¹³ Pero Soto admite que tienen suposición, tanto si se toma el adjetivo adjetivamente ("Pedro es *blanco*") como si se toma substantivamente ("*Blanco* es Pedro"). Por eso la definición de la suposición que se ha dado es lo bastante amplia como para que abarque a los adjetivos. Así, en los ejemplos aducidos ahora, "blanco" supone por Pedro, al que significa de manera material, a pesar de que los antiguos hayan dicho que "blanco" sólo significa la blancura en concreto. Y cuando se toma substantivamente, también supone.

De lo anterior se colige: (i) "Que la suposición del término no se da fuera del enunciado. Puede, a lo más, tener significación, pero no suposición, la cual requiere de la cópula. (ii) Que la suposición, tal como se expone en la definición, está

¹² Soto, 24v.

¹³ Cfr. M. Beuchot, "La filosofía del lenguaje en Pedro Hispano", en *Revista de Filosofía* (México), 12 (1979), pp. 215-230.

definida de manera tan amplia que puede aplicarse también a los adjetivos cuando se toman adjetivamente; como si digo: 'Pedro es blanco', 'blanco' también se toma por algo de lo que se verifica y a lo cual conviene la razón de blanco según la exigencia de la cópula. Pero si la suposición se toma del modo más estricto, como aquello que no sólo es tomarse en lugar de algo, sino además como dar un supuesto al verbo —lo cual es suponer del modo más estricto—, así los adjetivos no suponen, sino que *copulan* su significado formal a otro supuesto, como decían los antiguos."¹⁴

Se trata de la referencia del término al hablar de la suposición, según habíamos anotado la coincidencia con Frege. Los términos adquieren propiamente referencia en el contexto del enunciado. Esta referencia es la cosa o entidad por la cual se toman, y cuyas veces hacen en el discurso. Por eso los nombres son los que tienen más propiamente suposición, pues son los más aptos para tomar el lugar de las cosas o de las propiedades de las cosas. Éste tomar el lugar de las cosas en el enunciado lo hacen con arreglo a la exigencia del verbo, que funge como cópula, que conecta al nombre —tomado como sujeto— con el predicado. Pero también los adjetivos figuran como sujetos y como predicados. Lo primero, con carácter sustantival; lo segundo, con carácter adjetival. Y tienen suposición, en un sentido más laxo del vocablo. Pues los lógicos antiguos negaban que los adjetivos tuvieran suposición, diciendo que sólo tenían copulación, esto es, la aplicación de su significado al nombre sujeto. Soto y Poinset admiten que los adjetivos tienen propiamente copulación e impropriamente suposición, si, forzando los términos, se pide un sentido estricto de la suposición. La única suposición que pueden tener los adjetivos es una muy amplia, pero también válida. Mas, si se presiona el sentido estricto de suposición, hay que conceder que solamente la tienen —en ese sentido estricto— los nombres, que así se colocan como los más adecuados para tener suposición, esto es, referencia con respecto de cosas o propiedades de las cosas.

División de la suposición

La suposición del término se divide con arreglo a tres cosas a las que dice relación: al *significado* por el que supone, al *verbo* en orden al cual supone, y al *signo modificador* (cuando lo hay) por el cual es modificado al suponer.

Por parte del significado, la suposición se divide en propia e impropia. La suposición propia es la acepción del término en lugar de aquello que propiamente significa o representa; como cuando digo: “el león ruge”, se toma “león” por el animal que propiamente significa. La suposición impropia es la acepción del término por aquello que significa de manera impropia o translaticia o figurativa, como cuando digo: “vence el león de la tribu de Judá”, donde se toma “león” —de manera figurada— por Cristo, al cual no significa propiamente. Y no se toma con representación absoluta, sino con una representación connotativa.¹⁵ Es, pues, un análisis del discurso figurado o *tropos*.

Pero no se identifican sin más la suposición impropia y la suposición figurada o figurativa, a la que los gramáticos llaman “tropo”, y los lógicos “suposición tropológica”. (a) Porque no toda suposición impropia es figurativa. Pues no hay ninguna figura en tomar “hombre” por la imagen del hombre o “Venus” por la estatua de Venus, y sin embargo se da ahí una suposición impropia. (b) Porque no toda suposición figurada es suposición impropia. Pues la onomatopeya, tomada como tropo por los gramáticos y poetas, y que es el nombre copiado del sonido que la cosa produce, no es suposición impropia; por ejemplo, “el tintinear de la campanilla” es una locución figurada y, sin embargo, “tintinear” no tiene suposición impropia, ya que en verdad o con propiedad el sonido de la campanilla es un tintinear. Y lo mismo se ha de decir de la locución antonomástica o por antonomasia —i.e. que no siempre es una suposición impropia, aunque sea un tropo—. ¹⁶

La suposición impropia se divide en: metafórica, catacrética, metaléptica, metonímica, sinecdóquica y antonomástica.

¹⁵ Cfr. Poinset, 31a.

¹⁶ Cfr. Soto, 25r.

(i) La suposición metafórica es la acepción del término en lugar de algo a lo cual el uso lo transfiere debido a alguna semejanza; como cuando “auriga”, que significa al conductor del carro, se toma en lugar del marino, o “león” en lugar de un hombre valeroso. Soto aclara que la metáfora tiene que surgir del *uso*, ya que es como una nueva imposición para que el término signifique otra cosa, lo cual es una translación o transferencia de sentido, y esto es lo que significa “*metáfora*”. De acuerdo con esto, cuando “león” supone por el león pintado, no es una metáfora, porque de su primera imposición se sigue el que también signifique, por equívoco, al león pintado, pero no hay una segunda imposición, como la hay cuando “león” supone por un hombre valiente.¹⁷

(ii) La suposición catacrética es la acepción del término en lugar de algo en contra del uso establecido. En efecto, “*kata-kresis*” significa “contrario al uso”, y esto se da cuando, por ejemplo, se llama “parricida” al asesino de su hermano, pues “parricida”, según el uso establecido, se ha reservado para suponer por el asesino de su padre.

(iii) La suposición metaléptica es la acepción del término en lugar de algo a lo que se transfiere por serle antecedente o consecuente. En efecto, “*metalepsis*” significa “transunción”. Por ejemplo, en “después de algún tiempo veo las aristas de mi reinado”, donde “aristas” supone por los años.

(iv) La suposición metonímica, nos dice Soto, es la acepción del término en lugar de algo a causa de su afinidad con el significado propio. En efecto, “*metonimia*” significa “transnominación”; por ejemplo cuando el nombre del continente se toma en lugar del contenido, como “copa” en lugar de “vino”, o cuando el nombre del inventor se toma en lugar del invento o del producto, como “Ceres” en lugar de los cereales y “Baco” en lugar de los vinos, en el siguiente enunciado: “Sin Ceres y Baco se enfría Venus”.

¹⁷ Cfr. M. Beuchot, “Análisis semiótico de la metáfora”, en *Acta Poética*, 2 (1980), pp. 113-125. Se llamaba “primera imposición” de un término a aquella que lo hacía significar algo originalmente, y “segunda imposición” al cambio de significación que recibía por el uso o por alguna función metalingüística que desempeñaba. Cfr. L. Hickman, “Impositio prima/secunda”, en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. IV, Basel-Stuttgart, 1976, pp. 269-270. Con él hemos discutido este problema.

(v) La suposición sinecdóquica es la acepción del término en lugar de algo que se entiende comprehensivamente por algún nombre. En efecto, "*sinécdoque*" significa "intelección comprehensiva", esto es, cuando el nombre significa más o menos aquello por lo que se toma; por ejemplo en "hicieron proa al Ponto", donde "proa", que designa una parte de la nave, se toma por toda la nave, y "Ponto", que es un nombre del mar, se toma por el agua.

(vi) La suposición antonomástica es la acepción de un término común por un nombre propio como su significado más digno. En efecto, "*antonomasia*" significa "pronomiación", es decir, nombrar de manera preferente, y esto sucede, por ejemplo, al decir: "El filósofo creyó que el mundo existe desde la eternidad", donde el sujeto se toma por Aristóteles, que es por antonomasia —para los escolásticos— "el filósofo". Para que un término tenga suposición antonomástica se requieren dos cosas: "(a) En primer lugar, que tenga forma de nombre común, ya que si dijeras 'este filósofo creyó que el mundo existe desde la eternidad', señalando a Aristóteles, no supone de manera antonomástica. (b) En segundo lugar, se requiere que por el uso y por razón de la oración siguiente se tome sólo por lo más digno; ya que el sujeto de 'el filósofo no padece las perturbaciones del alma' no se toma de manera antonomástica, pues supone de manera común por todos los filósofos. Sin embargo, la suposición antonomástica no es impropia, ya que no es la translación a un nuevo significado; más aún, Aristóteles propiamente es filósofo, pero por el uso se hace usurpación de un nombre común en lugar de uno singular."¹⁸

La atención a este tipo de suposiciones impropias y suposiciones figuradas o tropológicas no era frecuente en la Edad Media; posiblemente cunde en la "segunda escolástica" (post-medieval) por virtud del influjo renacentista, cuando el florecimiento de las letras obligó a tomar en cuenta estos tópicos. En ello se muestra la actitud atenta y abierta de Domingo de Soto.

La suposición propia se divide en material, simple y formal. La suposición material es la acepción del término en lugar de

la voz misma (*i.e.* en lugar del propio vocablo); en este caso el término se representa a sí mismo, pero no se significa; por eso en la definición de la suposición propia se puso que es la acepción del término por aquello que significa o representa, para abarcar también este tipo de suposición. Por ejemplo, al decir: “‘hombre’ es un nombre”, “‘blitiri’ es una voz”, lo cual sólo se cumple si se sobrentiende “la voz ‘hombre’” y “la voz ‘blitiri’”.¹⁹

Esta suposición material funge en la semántica escolástica como la distinción fregeana entre *uso* y *mención*, o la tarskiana entre lenguaje-objeto y meta-lenguaje. En la suposición material el término se representa a sí mismo y a todos los términos que tengan la misma forma. Así, el término “hombre” en “‘hombre’ es bisílabo”, supone singularmente por sí mismo y comúnmente por todos los que tengan esa misma forma oral o escrita. Y esta suposición material pueden tenerla tanto las voces significativas como las no-significativas, porque se toma el término como representándose a sí mismo, no como significándose. De esta manera las voces, aun las no-significativas (como “blitiri”, “be”, “ce”, etcétera), pueden tomarse como nombres de sí mismas, no en el sentido de recibir *uso*, sino en el sentido de recibir *mención*. Por ejemplo, al decir “b no es c”, estamos dando nombres a las letras, como si dijéramos “‘be’ no es ‘ce’”, mencionándose las letras mismas, no usándose para designar otras cosas; y también podemos dar nombre a las voces no significativas, diciendo: “‘blitiri’ no tiene significación”, pues mencionamos el vocablo, pero no lo usamos. Y esto es congruente, ya que cuando un término no se toma significativamente, no se toma formalmente, sino materialmente, *i.e.* en cuanto a su materialidad. La suposición material, pues, hace abstracción de que las voces sean significativas o no significativas, por el poder que tiene de hacer que el término represente —no que signifique— a la clase de términos que son homoiomorfos o de la misma forma, lo cual es tomarlos en suposición material.

Hay tres reglas para reconocer cuándo un término tiene suposición material. (i) Cuando se pone un término no-significa-

tivo, como “blitiri” o “scindapsus” —que eran ejemplos de términos no significativos en los manuales de la época—, por ejemplo en “‘blitiri’ es trisílabo” y “‘scindapsus’ no es adjetivo”. La razón es que estos términos sólo pueden suponer por sí mismos. (ii) Cuando el término va acompañado de signos de materialidad, como “el término. . .”, “La dicción. . .”, y otros semejantes; en ese entonces solía usarse la partícula “ly” para indicar materialidad, como ahora usamos las comillas; es decir, así como ellos decían “ly homo est nomen” ahora decimos en la lógica actual “‘hombre’ es un nombre” o “la voz ‘hombre’ es bisílabo”. (iii) Cuando en la parte del predicado se pone algo que no significa una cosa, sino un término, por ejemplo “‘hombre’ es una voz”, “‘hombre’ es un nombre”, “‘hombre’ es bisílabo”, etcétera, ya que siempre se trata de predicados lingüísticos, gramaticales o lógicos.²⁰ Sobre esta última regla, Soto advierte que no es segura, y por ello es más seguro señalar la suposición material mediante algún signo de materialidad.²¹

La suposición simple es la acepción del término en lugar de aquello que significa de manera primaria e inmediata, y no de manera mediata; por ejemplo, en “el hombre es una especie”, “hombre” tiene suposición simple. Y es que los escolásticos sostenían que los nombres pueden significar dos cosas: (a) lo que es como primario y formal para ellos; y (b) aquello en lo que se encuentra eso que es primario, y que es como el significado secundario, porque se encuentra en él como en un supuesto y receptáculo material lo que significa el nombre. Por ejemplo, “hombre” significa de manera primaria e inmediata la naturaleza humana (que se encuentra como un concepto en la mente, *i. e.* abstracta en el intelecto), y mediatamente todos aquellos individuos en los que se encuentra, a saber, todos los individuos humanos. Así, la suposición simple hace que “hombre” signifique primariamente al hombre en universal, y secundariamente a los hombres individuales, así como “blanco” significa primariamente la blancura y secundariamente el cuerpo en el que se encuentra.

²⁰ Cfr. Poinset, *ibídem*.

²¹ Cfr. Soto, 26r.

Y esto lo dice el mismo significado de “simple”, que califica a esta suposición, pues indica que se refiere a su significado formal y primario, y en esto se opone a “doble”, calificativo que le cuadraría si se refiriera tanto al significado primario como al secundario. La reflexión sobre esto conduce a Poinset a concluir lo siguiente: “Por tanto, la suposición simple es la acepción del término en lugar de aquello que es significado de manera primaria e inmediata, precisamente de modo que no pase al significado secundario ni a aquellas cosas en las que se encuentra ese significado primario, sino que, prescindiendo de eso, está por el significado primario. Y por eso es suposición simple y precisa, en cuanto se da en el significado primario e inmediato, y no como si fuera doble, pasando al significado segundo y mediato; como cuando digo: ‘el hombre es una especie’, no se toma ‘hombre’ por los individuos, sino por el hombre en cuanto tal, prescindiendo de los individuos. Por lo cual no es válido inferir: ‘el hombre es una especie, luego Pedro es una especie’. Y por eso en la suposición simple siempre interviene la apelación, porque el predicado conviene al sujeto bajo alguna precisión y formalidad, por la cual no desciende a los individuos.”²²

Es pertinente notar que la llamada *suposición simple* causó arduas discusiones en la escolástica, sobre todo en relación con el problema de los universales, entre las consabidas posturas de realistas y nominalistas. Ya que se refería a la esencia en cuanto tal, algunos llegaban a ver esta suposición simple como una confusión de la suposición con la significación misma de los términos —que satisfacía idéntica definición—,²³ y, sin embargo, ni Soto ni Poinset acogen esa polémica.

La suposición personal es la acepción del término en lugar de los individuos o en lugar de aquellas cosas que se significan de manera mediata y material —en el sentido que hemos indicado—. Y esto lo dice el mismo significado de “personal”, ya que conviene a los supuestos (*supposita*), individuos o

²² Poinset, 32a.

²³ Cfr. L. M. de Rijk, “The Development of *suppositio naturalis* in Mediaeval Logic”, en *Vivarium*, 9 (1971), pp. 71-107 y 11 (1973), pp. 43-79; M. Beuchot, “Introducción” a A. de la Vera Cruz, “Sobre la suposición”, trad. de W. Redmond, en *Revista de Filosofía* (México), 15 (1982), pp. 351-355.

personae de alguna naturaleza; como cuando decimos: “todo hombre es animal”, “hombre” se toma en suposición personal, porque el predicado conviene también a los individuos, y es válido descender a ellos inferencialmente, así: “todo hombre es animal, luego este hombre es animal, y ese hombre es animal, y aquel hombre es animal, etcétera”. Por lo cual, la suposición personal es susceptible de ascenso y descenso inferenciales, pero la simple no.²⁴

La suposición personal se divide, por el ordenamiento que tiene al verbo o a la cópula, en natural (o esencial) y accidental.

La suposición natural es la acepción del término por aquello a lo que el predicado conviene intrínseca y esencialmente; y así se toma por todas aquellas cosas por las que se puede tomar naturalmente. Por ejemplo, el predicado conviene esencialmente al sujeto en “el hombre es animal”, donde el verbo “es” abstrae del tiempo en su verificación, y entonces “hombre” está tomado en suposición natural, porque el predicado le conviene por naturaleza, y de ese modo el sujeto está tomado en lugar de todo aquello que por naturaleza puede designar, a saber, por los hombres de cualquier tiempo.

La suposición accidental es la acepción del término por aquello a lo que el predicado le conviene no de una manera intrínseca y esencial, sino de manera extrínseca y accidental; y así se toma sólo por aquellas cosas de las que se verifica de acuerdo con la exigencia de la cópula (sin prescindir del tiempo); por ejemplo, el predicado conviene accidentalmente al sujeto en “el hombre es justo” o en “el hombre discute”, pues ninguna de esas cosas es de su esencia, y entonces “hombre” está tomado en suposición accidental, porque el predicado le conviene sólo accidentalmente (o de manera contingente),²⁵ y de ese modo el sujeto está en lugar de todo aquello a lo que conviene de manera extrínseca, *i.e.* por virtud del verbo o cópula.²⁶

24 Cfr. Soto, 26r; Poinset, 32; sobre el ascenso/descenso lógicos, véase W. Redmond - M. Beuchot, *La lógica mexicana en el Siglo de Oro*, ya citada.

25 Cfr. M. Beuchot, “Necesidad y contingencia en Aristóteles, Tomás de Aquino y Saul Kripke”, en *Revista de Filosofía* (México), 15 (1982), pp. 211-230.

26 Cfr. Poinset, 32a.

Soto aclara una duda sobre la suposición natural: ¿Suponen los sujetos que representan cosas no existentes? (Un caso sería, por ejemplo, el sujeto del enunciado “el hombre es animal racional”, dicho pensando en algún tiempo en el que no existía aún el hombre.) Responde que sí suponen, pues se refieren a una naturaleza, y, en cuanto tal, ésta es intemporal. Es la misma solución de los lógicos “antiguos”. Los lógicos “modernos” o de ese tiempo decían que sólo suponen en sentido hipotético; así, “todo hombre es animal racional”, dicho para ese tiempo en que aún no existía el hombre, se toma en lugar de “todo hombre es posiblemente animal racional” o, mejor aún, de “si el hombre es, el hombre es animal racional”. Esto lo hacen a diferencia de los antiguos, porque estos últimos daban a la proposición un sentido categórico. “Por tanto —dice Soto—, resolutoriamente hay que decir que cuando el predicado es de la intrínseca razón del sujeto, a causa de la relación de los extremos se impide que el verbo restrinja a dichos extremos según la exigencia de su tiempo [verbal]. Por lo cual, entonces el verbo sólo expresa la unión del predicado al sujeto, sin orden a ninguna diferencia de tiempo. Y en este sentido puede concederse que el tiempo es absuelto del tiempo: no que el ‘es’ se subordine al ‘es posiblemente’, como otros dicen, ni que ‘es’ deje de consignificar el tiempo, porque en la mente naturalmente lo consignifica, sino que los extremos no suponen en orden a alguna diferencia de tiempo.”²⁷

Sobre la suposición accidental, surge la pregunta siguiente: ya que tal suposición se da cuando el predicado no es de la razón intrínseca del sujeto, ¿cómo reconocerlo? Soto establece dos criterios: “Primero, en los enunciados en que el ‘es’ es de segundo adyacente, como en ‘el cielo es’, ‘la tierra es’ ‘el hombre es’, etcétera, pues toda criatura es contingente, lo cual equivale a decir que no son necesarias; pero sucede algo distinto en el caso de ‘Dios es’. Segundo, en todas las predicacio-

²⁷ Soto, 26v. La consignificación es una significación indirecta o connotativa; así, consignificar el tiempo consiste en implicarlo al significar. Por ejemplo, al decir “yo corro”, se implica o consignifica el tiempo presente; al decir “yo corrí”, el pretérito, etcétera. Cfr. V. Muñoz Delgado, “Connotatio”, en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. I, Basel-Stuttgart, 1971, p. 1031.

nes accidentales, como 'el hombre discute', 'el hombre es blanco', etcétera.'"²⁸

Por parte de la significación, la suposición accidental se divide en común y singular o discreta.

La suposición común es la acepción del término común en lugar de sus inferiores (o individuos), como "hombre" en "el hombre discute". La suposición singular es la acepción del término singular en lugar de una cosa singular, como en "Pedro discute" o "este hombre discute".²⁹ Se trata de los nombres propios y de los singulares vagos, que eran tomados por los escolásticos como variables de individuo. En cuanto a los nombres comunes, y en relación con el cuantificador, se hace una advertencia importante: Deben tomarse los términos en su significación total para que supongan. Y, así, los términos comunes suponen comúnmente si no llevan cuantificador o partícula que los restrinja. Esto sucede con los sujetos de los siguientes enunciados: "Dios reina", "el Fénix vuela", "el Sol luce", "se imagina que la Quimera existe"; todos ellos suponen comúnmente, porque basta que a tales términos no les repugne el ser tomados en lugar de muchas cosas. Pero si son afectados por un cuantificador o un adjetivo que los restrinja, suponen singularmente, como si digo "este Sol", "este Fénix" o "esta Quimera". Y, por lo mismo, en "todo ente que es Pedro. . .", "ente" supone de manera singular, porque se restringe a uno, al igual que en "este hombre discute", "hombre" supone singularmente, dada la restricción del adjetivo demostrativo. Para estas suposiciones los lógicos escolásticos de la época solían dar múltiples reglas, demasiadas; pero Soto considera que todas pueden reducirse a una: "Basta que cualquier término, simple o complejo, al que por razón de su significación no le repugne suponer por muchas cosas de manera dividida, sea común; pues, de otra manera, sería singular."³⁰ Como se ve, esto es un control semántico de la extensión en

²⁸ Soto, 27r. La proposición con el verbo "ser" como segundo adyacente es la que indica existencia, como en "Sócrates es", mientras que la de tercer adyacente es la que lleva el verbo "ser" solamente como cópula, por ejemplo en "Sócrates es virtuoso".

²⁹ Cfr. Poinsot, 32ab.

³⁰ Soto, 27r.

una lógica que también admitía la interpretación intensional de las proposiciones.

Por parte de los signos que afectan al término, la suposición común se divide en determinada y confusa.

La suposición determinada es la acepción del término común indefinido o afectado por un signo de particularidad, como “el hombre discute”, “algún hombre discute”. La suposición confusa es la acepción de un término común afectado por un signo de universalidad o también por un signo especial de confusión (“confusión” es aquí lo mismo que “distribución” en lógica, *i.e.* el manejo de la cuantificación de enunciados), como “todo hombre discute”, “sólo el hombre discute”.³¹ Veamos cómo sucede esto, que está en el lado extensional de la suposición.

Soto y Poinsett nos hablan de los signos que afectan al término. Éstos pueden ser (i) signos puramente universales, (ii) signos puramente particulares, (iii) signos intermedios o mixtos, esto es, que incluyen universalidad y particularidad al mismo tiempo, y (iv) signos especiales de confusión. Los signos puramente universales, a su vez, pueden ser (a) puramente negativos, y son algunos adverbios, como “no” y “ni”, y algunos adjetivos o pronombres, como “ningún” y “nadie”; (b) puramente afirmativos, como “todos”, “todo”, “cualquiera”; y (c) mixtos, como “contingentemente”, “sólo”, y otros signos que se pueden exponer o parafrasear en un enunciado copulativo, e incluyen algún enunciado exponente negativo. De los signos universales o distributivos, hay unos que operan una distribución completa, en el sentido de que no incluyen ninguna particularidad, como “todo” y “ninguno”, tomados absolutamente; hay otros que sólo operan distribución incompleta, como “el otro”, “ninguno de los dos” (“*neuter*”), y “todo”, tomado por los géneros o clases de individuos (no por cada uno de ellos). Los escolásticos adoptaban también como signo de universalidad la conjunción “y”, como cuando se dice “Pedro y Pablo son hombres”, pues tiene fuerza de universalidad —aunque incompleta—, ya que puede copular a muchos individuos. Los puramente particu-

31 *Cfr.* Poinsett, §2b.

lares son, por ejemplo, “algún”, “cierto”, etcétera, a los que se añade la partícula disyuntiva “o”, tomada en sentido exclusivo, la cual no copula términos, sino que los desune. Los intermedios son, por ejemplo, “ambos”, “uno de los dos”, “ninguno de los dos”, etcétera. Los signos especiales de confusión son aquellos que, aunque no tienen fuerza para distribuir, sin embargo, hacen que el término suponga confusamente, como “y”, o divisivamente, como “todos”, o colectivamente, como los verbos “prometo”, “se requiere”, etcétera,³² que suscitaron célebres polémicas entre los escolásticos de entonces, pero que dieron origen a sutiles análisis que son provechosos aun en la actualidad.

El modo de afectar que tienen los signos de distribución afirmativa y negativa, según Poinset, es el siguiente: “La fuerza de la distribución afirmativa recae en el término inmediato, pero no pasa al mediato, sino que lo deja confuso, como si digo: ‘todo hombre es animal’, sólo ‘hombre’ se distribuye, pero ‘animal’ permanece confuso. Y casi toda suposición confusa se origina en alguna universalidad mediata, de la cual depende en su resolución o análisis, ya formal ya virtualmente. Así, ‘sólo’ es signo de confusión, porque tiene un enunciado exponente [o paráfrasis] en el cual el término afectado por ‘sólo’ se sigue mediatamente de un enunciado universal, como si digo: ‘sólo el hombre es racional’, se expone o analiza por este enunciado: ‘todo racional es hombre’, donde ‘hombre’ se sigue mediatamente de la universal distribuida. Y si digo: ‘para cabalgar se requiere el caballo’, equivale a este otro enunciado: ‘para toda cabalgata se requiere el caballo’ o ‘no se puede hacer cabalgata alguna sin caballo’, el cual se sigue de un enunciado universal afirmativo. Y cuando digo: ‘dos veces canté la misa’, ‘dos veces’ se toma copulativamente, esto es, como ‘una vez y otra vez’, donde ‘y’ es signo de universalidad. Así, pues, casi siempre la suposición confusa se origina virtual o formalmente en una universalidad afirmativa mediata, de la que depende. En cambio, la universalidad

³² Cfr. E. J. Ashworth, “‘For Riding is Required a Horse’: A Problem of Meaning and Reference in Late Fifteenth and Early Sixteenth Century Logic”, en *Vivarium*, 12 (1974), pp. 94-123.

negativa distribuye el término puesto inmediata o mediatamente, porque la negación distribuye todo lo que encuentra después de ella, como en ‘ningún hombre es piedra’, tanto ‘hombre’ como ‘piedra’ se distribuyen.”³³ Así es como los escolásticos post-medievales expresaban lo que era llamado “la naturaleza destructiva o malogrante de la negación” (*negatio est malignantis naturae*).

Continuemos con la división de la suposición. La suposición confusa se divide en distribuida y sólo confusa o, de otra manera, en distributivamente confusa y meramente confusa. La suposición distribuida es la acepción del término común que es inmediatamente afectado por un signo de distribución (o cuantificador). Por ejemplo, en “todo hombre discute”, “hombre” tiene suposición distribuida o distributiva. La suposición meramente confusa es la acepción del término que es mediatamente afectado por un signo universal afirmativo o por algún signo especial de confusión.³⁴ Un ejemplo de lo primero se da en “todo hombre es animal” donde “animal” tiene suposición meramente confusa. Un ejemplo de lo segundo se da en “sólo el hombre discute”, y en “se requiere el ojo para ver”, donde “hombre” y “ojo” tienen suposición meramente confusa.

La suposición meramente confusa se divide en disyunta y copulada. La suposición disyunta es aquella en la que el término es afectado por un signo divisivo, como en “todo hombre discute”, donde “hombre” tiene suposición meramente confusa disyunta o divisiva. Se llama “disyunta” porque el descenso lógico o la inferencia permitida a partir de esa proposición no se efectúa con proposiciones disyuntivas, sino

³³ Poinset, 34a; *cfr.* Soto, 27r.

³⁴ Se llama “inmediatamente afectado” por un signo, el término sobre el que directamente recae el functor o cuantificador, y “mediatamente afectado” aquel que recibe la cuantificación por medio de otro término, por ejemplo, el predicado a través del sujeto. Así, en “todo hombre es animal”, “hombre” es afectado directamente por “todo”, y “animal” lo es indirectamente. En efecto, para los escolásticos, la cuantificación del predicado en la universal afirmativa era particular afirmativa (“todo hombre es *algún* animal”). Sobre los aspectos históricos de esto, *cfr.* M. Mignucci, “La teoria della quantificazione del predicato nell’antichità classica”, en *Anuario Filosófico* de la Universidad de Navarra, 16/1 (1983), pp. 11-42.

con una proposición de términos disyuntos, así: “luego este hombre, o ese hombre, o aquel hombre, etcétera, discute”. La suposición copulada es aquella en la que el término es afectado por un signo colectivo, como en “todos los apóstoles son doce”, porque no se puede descender a partir de ella (o instanciarla) así: “luego Pedro es doce, y Juan es doce, etcétera”, lo cual sería un descenso copulativo (no copulado), sino que deben recibir un descenso de términos copulados, así: “luego Juan y Pedro y Andrés, etcétera, son doce”; lo mismo en “todos los planetas son siete”; “apóstoles” y “planetas” tienen ahí suposición meramente confusa copulada o colectiva.

Los criterios para diferenciar y reconocer estas suposiciones son el ascenso y el descenso lógicos, según hemos comenzado a verlo. El ascenso y el descenso son operaciones que se aplican en el tratamiento extensionalista del enunciado categórico. El ascenso (también llamado por algunos escolásticos “inducción”) es un procedimiento en el que se infieren enunciados universales a partir de enunciados singulares, y el descenso o análisis es el procedimiento en el que se infieren enunciados singulares a partir de enunciados universales; corresponden a los procedimientos de generalización y de ejemplificación o instanciación que se usan actualmente en la lógica cuantificacional o de predicados. El ascenso y el descenso se dan con relación a los individuos, a los cuales se desciende a partir de un enunciado universal, o a partir de los cuales se asciende a un enunciado universal.

Esto nos indica que el ascenso y el descenso sólo se aplican a la suposición personal (o de individuos), *i.e.* a alguna de sus clases, y así ayudan a reconocerla, pues sólo a la suposición personal le compete el tomarse por los individuos, y sólo a ella, en consecuencia, se le pueden aplicar el ascenso o el descenso. Además, tiene que ser común, para que se cumpla el que abarque extensionalmente a muchos individuos, y así pueda aplicársele el ascenso o el descenso. Por eso la suposición común suele llamarse móvil o inmóvil; es inmóvil cuando no se le puede aplicar el descenso o el ascenso; y es móvil cuando se le pueden aplicar. Pues el ascenso y el descenso son como cierto movimiento, y, por eso, cuando a un término le

podemos aplicar inmediata e independientemente el ascenso o el descenso, decimos que tiene suposición móvil, ya que el ascenso y el descenso son lo mismo que cierto análisis. Hay varios tipos de ascenso-descenso. Son inmediatos el disyuntivo y el copulativo. Son mediatos el copulado y el disyunto.

El ascenso-descenso copulativo se da cuando los singulares (individuos) se enumeran mediante enunciados copulativos, como “todo hombre es animal; luego este hombre es animal y ese hombre es animal, etcétera”. Es disyuntivo cuando se enumeran mediante enunciados disyuntivos, como “algún hombre es blanco; luego este hombre es blanco o ese hombre es blanco, etcétera”. Es copulado cuando algún término se resuelve (analiza) en los (individuos) singulares enumerados complexivamente, como “todos los apóstoles son doce” se resuelve —según vimos ya— en “éste, y ése, y aquél, etcétera son doce”. Es disyunto cuando algún término se resuelve (analiza) en sus singulares (individuos) numerados divisivamente en un único enunciado; como si se dice: “todo hombre es animal”, el predicado “animal” se resuelve de manera disyunta así: “todo hombre es éste o ése o aquel animal”, de modo que el todo disyunto sea el predicado.³⁵ Y el ascenso-descenso copulado y disyunto son mediatos, porque no se resuelven los términos a través de enunciados más conocidos en cuanto a su verdad (cosa que ocurre en los inmediatos: copulativo y disyuntivo), sino sólo por enumeración del mismo término.

Así se puede reconocer la suposición determinada: si es susceptible el término de ascenso-descenso disyuntivo, la distributiva: si es susceptible de ascenso-descenso copulativo, y la meramente confusa: si es susceptible de ascenso-descenso copulato o disyunto.

Reglas para discernir estas clases de suposiciones

Tanto Soto como Poinset dan varias reglas para distinguir las suposiciones. Pueden reducirse a seis, que son las siguientes:

³⁵ Cfr. Poinset, 60b-61a.

(i) Tiene suposición determinada el término que no es afectado por ningún signo cuantificador, o que lo es por un signo de particularidad, como en “el hombre discute”, y en “algún hombre discute”, en esas proposiciones “hombre” tiene suposición determinada.

(ii) Tiene suposición distributiva el término que es inmediatamente afectado por un signo universal afirmativo, o que es afectado inmediata o mediatamente por un signo universal negativo, como en “todo hombre es animal”, “hombre” tiene suposición distributiva, y en “ningún hombre es piedra”, tanto “hombre” como “piedra” tienen suposición distributiva.

(iii) Tiene suposición confusa disyunta el término que es afectado mediatamente por un signo universal afirmativo, y, en general, todo término que en su resolución o análisis depende de la de otro término. Por ejemplo, en “todo hombre es animal”, “animal” tiene suposición confusa, porque es afectado mediatamente por el signo cuantificador universal, y sólo vale el descenso disyunto “luego todo hombre es este o ese o aquel animal”; también tiene suposición confusa “hombre” en “sólo el hombre es racional”, pues depende de la resolución o exposición de “racional” en el siguiente enunciado: “todo racional es hombre”, donde claramente “hombre” tiene suposición confusa.

(iv) Tiene suposición confusa copulada el término que es afectado inmediatamente por un signo colectivo, por ejemplo “todos los apóstoles son doce”, pues a partir de “apóstoles” sólo es válido el descenso copulado, no el copulativo, así: “luego este apóstol y ése y aquél, etcétera, son doce” (señalando a cada uno dentro de ese conjunto).

(v) Poinset añade una regla peculiar para términos afectados por dos cuantificadores: “Un caso especial se da cuando el término es afectado por dos signos: si dos signos universales afectan al mismo término, se ha de ver cómo queda una vez que se elimina la primera negación³⁶ o el primer signo universal; y si queda distribuido en orden al término que supone de manera determinada, antes suponía de manera con-

³⁶ En la escolástica se estudiaba el papel que tenía la negación en la cuantificación como una partícula cuantificadora más.

fusa; pero si queda distributivamente en orden al término que supone de manera confusa, antes suponía de manera determinada. Como si digo: 'ningún hombre no es animal', removida la primera negación, a saber, 'ningún', 'animal' queda distribuido en orden a 'hombre', que supone de manera determinada, y, así, antes 'animal' tenía suposición confusa. Pero si digo: 'no todo hombre es animal', removido el 'no', queda 'hombre' distribuido en orden a 'animal' que tiene suposición confusa, y, así, antes 'hombre' suponía de manera determinada."³⁷

(vi) Otro caso especial es el de los términos complejos: "En los complejos, una de cuyas partes se comporta como determinante y la otra como determinable, por ejemplo si digo: 'el caballo del hombre', donde 'del hombre' determina y restringe a 'caballo', cuando se toman en una única acepción, la parte que se comporta como determinante no se puede resolver antes de resolver todo el complejo."³⁸

La suposición de los términos relativos

Los relativos constituyen un caso aparte. Hay dos tipos de términos relativos: lógico y gramatical. El relativo lógico es el que pertenece al predicamento o categoría de la relación, como "padre", "hijo", etcétera. El relativo gramatical es el término que recuerda o remite a otro antes mencionado, como lo hacen "que", "el cual", "el otro", etcétera. Se toma aquí el relativo en sentido gramatical, el cual era muy estudiado por los escolásticos tanto medievales como post-medievales, y que ofrece peculiaridades en cuanto a su suposición.

El relativo se divide en relativo de substancia y de accidente. El de substancia se divide en relativo de identidad y de diversidad; el de identidad se divide en recíproco y no recíproco. El relativo de accidente se divide en relativo de identidad y de diversidad. Todos ellos eran ya estudiados por los gramáticos

³⁷ Poinset, 35a.

³⁸ Poinset, 35ab.

especulativos medievales.³⁹ Los lógicos habían asumido también su estudio, y les daban un tratamiento semejante al que se les empieza a dar en la lógica y la semántica actuales.

El relativo de substancia es el término que refiere su antecedente a modo de substancia o con un modo substancial, como lo hacen “que”, “él”, etcétera.

El relativo de accidente es el término que refiere su antecedente a modo de elemento denominativo o de accidente, como “cual”, “tal”, etcétera.

El relativo de identidad es el término que refiere y se toma directamente por aquello mismo por lo que se toma su antecedente, como “Pedro es docto y *él* (mismo) discute”, “la nieve es blanca y *tal* es el cisne”.

El relativo de diversidad es el término que se toma por algo distinto de aquello por lo que se toma su antecedente, pero que refiere su antecedente de modo oblicuo, como “Pedro discute y *el otro* habla”, esto es, otro distinto de Pedro, donde “de Pedro” es referido en oblicuo; “la nieve es blanca y *otro* es el cuervo”, donde “otro” refiere un accidente distinto del de su antecedente.

El relativo recíproco es el término que significa cierta regresión sobre su antecedente, como “Pedro es blanco, y *él* (mismo) habla”, “Pedro, *el que* habla, es docto”.

Para esta suposición difícil de los relativos recíprocos y no recíprocos se daban dos reglas en la semántica escolástica post-medieval, que eran dos reglas especiales. Se cuidaba sobre todo el ascenso y descenso lógicos.

(i) “El relativo recíproco supone con la suposición de su antecedente, de modo que descendiendo o ascendiendo bajo el antecedente se hace descenso o ascenso bajo el relativo recíproco, y a esto llamaban los antiguos ‘suposición señalada’ (*sigillata*), esto es, realizada bajo la suposición de otro, porque no necesita otra suposición más que la de su antecedente; como en ‘el hombre se ama’, ‘se’ supone determinadamente, al igual que ‘hombre’; en ‘la madre ama a su hijo’, ‘su’, que es un recíproco de especie derivativa, en cuanto a la connota-

³⁹ Cfr. G. L. Bursill-Hall, *Speculative Grammars of the Middle Ages*, La Haya - París: Mouton, 1971, pp. 191-193.

ción que incluye, supone como su antecedente; pues 'su' connota en oblicuo a la madre, esto es, al hijo de la madre, y en cuanto es así connotado en oblicuo, supone como su mismo antecedente. (ii) El relativo no recíproco no supone con la suposición de su antecedente, sino según la naturaleza de los signos por los que es afectado, como los demás términos; por ejemplo, en 'todo hombre discute y él habla doctamente', 'él' no supone distributivamente, sino determinadamente; en 'algun animal es racional y todo hombre es ése', 'ése' supone sólo de manera confusa."⁴⁰

La importancia de la referencia o suposición de los relativos es resaltada por Peter Geach, quien hace la correspondencia de este tópico con la lógica y la semántica actuales a través de procedimientos de ligar variables mediante la cuantificación.⁴¹ Es un tema complementario de la suposición o referencia de los nombres, y que no puede descuidarse en la actualidad.

Sentido y referencia de los enunciados o proposiciones

Ya según Aristóteles, la oración es la voz significativa por convención, cuyas partes significan separadamente algo como dicción o término, pero no como afirmación o negación.⁴² Y la oración se divide principalmente en enunciativa y no enunciativa. La oración enunciativa es aquella que significa indicando la verdad o la falsedad —como glosaron los escolásticos la teoría aristotélica—. ⁴³ No enunciativas son las oraciones restantes: interrogativas, imperativas, volitivas, deprecativas, etcétera. Los lógicos escolásticos que estudiamos se centraban en la oración enunciativa o enunciado (*enuntiatio sive propo-*

⁴⁰ Poinset, 36b-37a; cfr. Soto, 30r.

⁴¹ Cfr. P. T. Geach, *Reference and Generality. An Examination of Some Medieval and Modern Theories*, Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1968 (edición corregida), p. 63; M. Beuchot, "Sujeto y predicado en Peter Thomas Geach", en *Humanidades*, 7 (1983), pp. 59-104.

⁴² Cfr. Aristóteles, *Peri Hermeneias*, 4, 16b26; M. Beuchot, *Ensayos marginales sobre Aristóteles*, México: UNAM (Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas), en prensa; ver el 1er. capítulo, intitulado "La teoría del lenguaje".

⁴³ Cfr. Poinset, 23b.

sitio, por lo que puede llamarse indistintamente “enunciado” o “proposición”), que es la que va en indicativo y es susceptible de ser verdadera o falsa; por ser capaz de tener valor de verdad, es la que interesa a la lógica.

Así como el sentido o significación de un término es un concepto mental, así el sentido o significación de un enunciado (el contenido proposicional) es una proposición mental —para estos autores de la escuela tomista—. La referencia del enunciado (su *obiectum complexum significatum*), por otra parte, se presenta como problema. Y, en verdad, preguntémos: el enunciado, ¿se refiere a un ente especial o se refiere a un estado de cosas? Algunos pusieron como referencia de los enunciados una entidad intermedia entre la mente y la realidad extramental: algo que llamaban *complexe significabile*;⁴⁴ pero esto —para los tomistas— es innecesario, ya que el enunciado, por virtud del contenido proposicional que es su sentido (la proposición mental, como la hemos llamado), debe referirse a la realidad —cuando es verdadera, indicando lo que es, y cuando es falsa, indicando que no sucede lo que expresa—. Por eso Poinset dice que el enunciado, por virtud de la proposición mental que tiene como sentido, se refiere a un objeto complejo (o estado de cosas, *Sachverhalt*, como lo denominaba Wittgenstein), acerca del cual puede juzgar la mente, y de ello se sigue la verdad o la falsedad, como atributos del enunciado, según la correspondencia o no correspondencia entre lo dicho-pensado y la realidad.⁴⁵ La diferencia entre el enunciado y las demás oraciones no enunciativas reside en que éstas no pueden referirse a un objeto complejo con arreglo al cual puedan ser verdaderas o falsas. En esto veían nuestros escolásticos la diferencia entre la proposición y las demás formas oracionales, distinción que no carece de actualidad. Y es que estas últimas no pueden expresar el juicio de la razón, el juicio de la mente, en el que reside la verdad o la falsedad formales. Pues la verdad formal (como se llamaba a la verdad gnoseológica para diferenciarla de la verdad ontológica)

⁴⁴ Cfr. E. J. Ashworth, *Language and Logic in the Post-medieval Period*, ed. cit., pp. 55 ss.

⁴⁵ Cfr. Poinset, 145b.

es la correspondencia entre el juicio de la mente y lo real, de modo que si se ajusta a lo real, el juicio es verdadero, y es falso cuando ocurre lo contrario. "Por eso —concluye Poinset—, de ninguna manera mejor se explica el enunciado, en cuanto es común al categórico y al hipotético, que diciendo que significa un objeto complejo sobre el cual puede recaer el juicio [de la mente], en el cual se da la verdad y la falsedad. Y por el nombre de 'objeto complejo' entendemos tanto el complejo por la cópula verbal, que une el predicado con el sujeto [en el enunciado categórico], como por la cópula hipotética, que une enunciados categóricos; pues sobre ambos complejos se ejerce el juicio, que puede tener verdad o falsedad."⁴⁶

De esta manera, la referencia de los enunciados no es, como pretendió Frege, la verdad o la falsedad en cuanto tales, sino un estado de cosas u objeto complejo. Sobre él recae y se ejerce el juicio de la mente y sobre él versa el enunciado; de acuerdo con la correspondencia o no correspondencia de los enunciados y de las proposiciones mentales con dichos objetos, se da la verdad o la falsedad, como propiedades o atributos accidentales de enunciados y de proposiciones mentales; la verdad y la falsedad, según los escolásticos, se dan en el enunciado como en su signo, y en la proposición mental o en la mente como en su sujeto de inherencia.

Con esta teoría de que el sentido de los enunciados son las proposiciones mentales, se evita el platonismo en el que incurre Frege, aun con los aditamentos que le añade A. Church. El sentido de un enunciado —para el lógico y semántico del siglo XVI perteneciente a la escuela tomista— es una entidad mental, por la que es comprensible y comunicable dicho enunciado. Igualmente, con la teoría de la referencia del enunciado entendida como el objeto complejo o estado de cosas (cuando hay referencia), se evita la referencia directa a la verdad o a la falsedad, que se verían hipostasiadas.⁴⁷ Más bien, el enunciado se refiere a un estado de cosas, por conformidad o disconformidad con el cual la mente hace que el enunciado sea

⁴⁶ Poinset, 146a.

⁴⁷ Véase sobre esto, J. A. Robles, "La generalidad múltiple y la cuantificación en la lógica de Frege", en *Episteme*, año 2, n. 4 (1980), p. 38.

verdadero o falso. La verdad y la falsedad no son entidades subsistentes, sino accidentes de la proposición mental y del enunciado oral; se dan en la mente como en su sujeto propio, y en el enunciado exterior como en el signo de lo que juzga la mente; y, así, la verdad o la falsedad resultan de la correspondencia de lo enunciado con la realidad, con el estado de cosas. Porque la teoría escolástica de la verdad, en la mayoría de los casos, era una teoría correspondentista, y no sólo una teoría coherentista o pragmatista.⁴⁸

Esta teoría de la verdad o verificación tampoco incurre en el verificacionismo de Carnap y los positivistas lógicos, sino que se acerca a la teoría semántica (inspirada en Aristóteles) de Tarski. La verdad de los enunciados reside en la satisfacción o correspondencia de los modelos con lo real.⁴⁹ Igualmente las modalidades: la necesidad, la contingencia y la imposibilidad, corresponden a los enunciados porque estos últimos se ajustan a la necesidad, la contingencia o la imposibilidad de las cosas; solamente que la imposibilidad y la contradicción se dan sólo en la mente, porque las cosas en sí mismas no son contradictorias. Y así se satisfacen las demandas que plantea Kripke en cuanto a la modalidad: esclarecer su *status* ontológico y epistemológico, y se satisface asimismo la postulación de Chisholm de que no hay entidades negativas ni contradictorias que puedan ser referentes de los enunciados.⁵⁰

El problema de la sinonimia y la traducibilidad se resuelve por la correspondencia entre sentidos (proposiciones mentales) de los enunciados, que pueden revestir diversas formas lingüísticas. Pues, en cierta manera, se llega a considerar que

48 Para una exposición de este tema en los lógicos medievales y post-medievales, cfr. N. Kretzmann, "Medieval Logicians on the Meaning of the *Propositio*", ya citado; además, G. Nuchelmans, *Late Scholastic and Humanist Theories of the Proposition*, Amsterdam: North-Holland Publ. Co., 1980; *idem*, "The Semantics of Propositions", en N. Kretzmann - A. Kenny - J. Pinborg, *The Cambridge History of Later Medieval Philosophy*, Cambridge: University Press, 1982, pp. 179-210; y E. J. Ashworth, "Theories of the Proposition: Some Early Sixteenth-Century Discussions", en *Franciscan Studies* (en prensa).

49 Cfr. el capítulo que dedicamos a Tarski en M. Beuchot, *Elementos de semiótica*, México: UNAM, 1979, pp. 344-354.

50 Cfr. el capítulo que dedicamos a Chisholm en M. Beuchot, *El problema de los universales*, México: UNAM, 1981, pp. 395-405.

los enunciados tienen carácter de nombres (*i.e.* nombres de estados de cosas). Y, curiosamente, no se habla de enunciados-*type* y enunciados-*token*, sino que en esta parte de la escolástica se prefiere hablar de enunciados sinónimos. La sinonimia, por lo demás, es referencial, pero —como interpreta Dummett a Frege en la actualidad— basada en el sentido, esto es, en las proposiciones mentales —para Frege serían proposiciones no mentales, sino de tipo platónico— que se expresan de diversa manera. Así, el problema de Quine sobre la sinonimia recibe una solución mentalista en la escolástica, mientras que él le da soluciones conductistas que sólo pueden ser la manifestación externa de lo que opera la mente.

El sentido del enunciado, como proposición mental, y su referencia, como objeto complejo o estado de cosas, tienen un carácter intermedio entre el puro nominalismo y el puro realismo platónico, ubicándose en un realismo moderado de tipo aristotélico, que es —a nuestro modo de ver— la mejor solución al problema del *status* ontológico de los significados (*i.e.* de las significaciones o sentidos) y de las referencias: el sentido del enunciado se da en la mente, y cuando le corresponde una adecuada referencia a la realidad, representa algo verdadero; y, en caso de no hacerlo, es simplemente un enunciado falso, o *no referente*, con una referencia nula. “El actual rey de Francia es calvo” o “París es la capital de México” son simplemente falsos, por carecer de una referencia que permita a la mente juzgarlas con verdad. Su referencia, en el mejor de los casos, se da sólo en la mente. Pero entonces, tal referencia sería un pensamiento subjetivo, esto es, una entidad mental, y hemos dicho que es el sentido lo que es una entidad mental, por lo que la supuesta referencia se reduce al sentido, y la expresión sigue careciendo de referencia.

CAPÍTULO IV

NOMBRES (PROPIOS) Y VERBOS: SUJETOS Y PREDICADOS POR EXCELENCIA

El nombre y el verbo como sujeto y predicado, dos categorías sintáctico-semánticas distintas

Para la lógica escolástica medieval y post-medieval, sobre todo en la escuela tomista, fue muy importante defender la distinción del nombre y el verbo como categorías sintáctico-semánticas irreductibles. En el fondo se estaba manteniendo la distinción sujeto-predicado. Pero la defensa de esta tesis ha presentado muchas dificultades, especialmente en el campo de los nombres; las dificultades para sostener esta distinción entre sujeto y predicado han inclinado en la actualidad a buscar soluciones tales como la eliminación de los nombres propios o han llevado a considerar a los verbos como desligados de la consignificación del tiempo. Trataremos de examinar algunas de estas dificultades, haciendo resaltar que la doctrina escolástica conserva hoy en día un aceptable interés, pues en varios casos ofrece respuestas que se aproximan a las que nos han brindado los análisis actuales, pero son más naturales.

Nos extenderemos más en la problemática de los nombres propios; y, a fin de lograr más claridad en la relación de la doctrina escolástico-tomista con las actuales, comenzaremos presentando las tesis escolásticas, y pasaremos en seguida a compararlas con algunas teorías recientes que despojan al nombre propio de su carácter de sujeto, señalando simultáneamente las razones por las cuales la escolástica lo conservaba en la categoría de sujeto.

La importancia de la distinción entre nombre y verbo radica en que con ellos se marcan, como ya lo hemos mencionado, las otras dos categorías lógico-sintácticas de sujeto y predicado. En el siguiente sentido: el nombre es el más adecuado para fungir como sujeto, y el verbo es el más apto para ser predicado o cópula predicativa que, sola o junto con otro nombre, constituye el predicado. Por eso desde Aristóteles se dice que el verbo es signo “de que se predica una cosa de otra”. Esto es de capital interés, porque la cópula —según hemos visto— está por la parte del predicado, no del sujeto, y tampoco está de una manera intermedia, como ha solido interpretarse. Al formar el verbo parte del predicado, el esquema predicativo o proposicional no es, como se interpretó en la lógica del racionalismo a partir de Descartes, sujeto, cópula y predicado, sino sujeto y predicado, pues lo que sería la cópula se incluye en el predicado mismo. El esquema sujeto-predicado representa, pues, la relación entre algo que podemos llamar “sujetable” (i.e. que puede ponerse de suyo como sujeto) y algo “predicable”. Russell clamaba en contra del esquema predicativo concebido como sujeto, cópula y predicado, por el supuesto metafísico substancialista que escondía: supone propiedades que inhieren en una substancia; y por las dificultades que introduce la cópula como elemento proposicional intermedio.

Más aún, Russell quería reducir los predicados a relaciones y los sujetos a nombres propios, de manera que la forma lógica de la proposición atómica fuera la de una relación (n-ádica) que aglutinara uno o más nombres. Representemos las relaciones como R , con sub-índices; 1: monódica (S-P), 2: diádica, 3: triádica, n : n-ádica; y los nombres como: x, y, z ; o: $x_1, x_2, x_3, \dots, x_n$. Así resultará que las siguientes matrices o formas enunciativas serán atómicas:¹

$R_1(x), R_2(x,y), R_3(x,y,z), \dots, R_n(x_1, x_2, x_3, \dots, x_n)$.

Ahora bien, aunque no fue interpretado fundamentalmente así, es posible interpretar el esquema predicativo aristotélico-tomista como una relación. Esto es claro por la interpretación documentada de Peter Thomas Geach. Pero también la lógica

¹ Cfr. B. Russell, *An Inquiry into Meaning and Truth*, Harmondsworth: Penguin, 1973 (reimpr.), p. 90.

escolástica contó con un análisis nada desdeñable de las proposiciones explícitamente relacionales,² de modo que el esquema predicativo relacional puede generalizarse para la lógica y la semántica escolásticas.

Y esto no podía menos que ser así, ya que el mismo Aristóteles, en su análisis más lúcido del esquema predicativo, lo ve como la relación de dos categorías: algo *sujetable* y algo *predicable* (siendo esta última propiamente la relación de modo parecido al de Russell). Aristóteles llama a la primera categoría “*ónoma*”, nombre; y a la segunda, “*rema*”, que, para no traducirlo simplemente como “verbo”, Geach propone traducirlo como “predicable”, lo cual es más propio.³ Curiosamente, esta interpretación del *rema* como predicable, aparece también en Peirce, gran impulsor de la lógica de relaciones, quien caracteriza al *rema* de manera correspondiente al predicado o functor argumental, así: “Si fueran borradas algunas partes de una proposición de modo que resultaran ‘vacíos’ en esos lugares; y si esos vacíos fueran de naturaleza tal que, si cada uno de ellos se llenara con un nombre propio el resultado fuera una proposición, entonces la forma vacía de proposición que fue producida por las borraduras se llama un ‘rema’. De acuerdo a que el número de vacíos en un rema sea 0, 1, 2, 3, etcétera, se podrá llamar rema ‘medádico’, ‘monádico’, ‘diádico’, ‘triádico’, etcétera.”⁴ Como se ve, es la noción de predicado, el cual puede ser absoluto (el monádico) o relacional (a partir del diádico). Con esto, el nombre y el verbo

² Según el connotado historiador de la lógica escolástica, Vicente Muñoz Delgado, los escolásticos consideraron la proposición como una *estructura relacional* n-ádica de términos; aunque algunos la redujeron a la relación de inherencia, no todos hicieron esto. Cfr. V. Muñoz Delgado, *Lógica formal y filosofía en Domingo de Soto*, Madrid: Ediciones de la Revista Estudios, 1964, pp. 67-68; M. Malatesta, “La logica delle relazioni nella *Summa Theologiae* di Tommaso d’Aquino”, en *Rassegna di scienze filosofiche*, 26 (1973), pp. 65-83; *idem*, “Logica e ontologia delle relazioni nel pensiero di Tommaso d’Aquino”, en *ibid.*, 26 (1973), pp. 273-303; *idem*, “La problematica tomistica delle relazioni alla luce della logica, matematica e dei moderni indirizzi di pensiero”, en *ibid.*, 27 (1974), pp. 227-257.

³ Cfr. P. T. Geach, *A History of the Corruptions of Logic*, Leeds: University Press, 1968, pp. 1-3.

⁴ Ch. S. Peirce, *Collected Papers*, ed. Ch. Hartshorne and P. Weiss, Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University, 1960, 2.272.

constituyen, en general, las categorías de sujeto y predicado, y se unen en la proposición formando una relación —el contenido o significado de la cual viene expresado por el predicado, y los correlatos o *relata* son el o los sujetos—. Pues bien, como hemos visto, esta doctrina peirciana y russelliana estaba contenida ya *in nuce* en la escolástica, sobre todo —como lo demuestra Geach en varios trabajos— era la teoría predicativa de la escuela tomista.⁵ Y este esquema predicativo aristotélico-tomista, entendido como la relación de sujeto y predicado (o un predicado relacional que aglutina uno o varios sujetos), tal vez más que en la interpretación russelliana, ha encontrado un adecuado continuador en Peter Frederick Strawson,⁶ además, claro está, del ya varias veces citado Peter Thomas Geach.

Semántica de los nombres (propios y comunes)

Surgen varios problemas en cuanto a la función semántica de los nombres, tanto propios o individuales como generales o comunes. El principal es el de saber cuál es su sentido y cuál es su referencia, es decir —en terminología escolástica—, su significación y su suposición. De la respuesta que se dé a esa pregunta depende en buena medida el que sigan ocupando el papel de sujetos en la proposición, así como el que sigan siendo considerados como nombres singulares o sean vistos como nombres comunes que se pueden aplicar a varios individuos. A este respecto, dice Geach que suena muy natural postular como sujetos a los nombres propios y que lo difícil es dar cuenta teóricamente de la función de sujetos que también ejercen los nombres comunes.⁷ Sin embargo, nosotros nos

⁵ Cfr. P. T. Geach, "Nominalism", en A. Kenny (ed.), *Aquinas. A Collection of Critical Essays*, Londres: Macmillan, 1970, pp. 139-154.

⁶ Cfr. P. F. Strawson, *Subject and Predicate in Logic and Grammar*, Londres: Methuen, 1974; R. Quesada, "Sujetos, predicados y nombres propios", en *Diánoia*, 21 (1975), pp. 103-120; agradezco sus observaciones a Quesada, quien fuera discípulo de Strawson.

⁷ Cfr. P. T. Geach, "Subject and Predicate", en *idem*, *Reference and Generality*, edición corregida, Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1970 (2a. impr.), p. 42.

centraremos en el estudio que hacen los escolásticos post-medievales de los nombres propios, espigando sus doctrinas de aquí y allá, dado que no tenían un capítulo específico para ellos. Y después de exponer sus teorías, veremos el significado de las mismas al trasluz de teorías semejantes que campean en la actualidad.

Nombres propios

¿Por qué usamos los nombres propios como sujetos por excelencia (y como predicados por excelencia de los verbos y los nombres comunes)? Tal vez algunos crean que es cuestión de la estructura superficial del lenguaje, y que no corresponde a su forma lógica o estructura profunda. Pero ya el hecho de que toda una tradición sostiene hasta la actualidad que los nombres propios son los sujetos *par excellence*, debe hacernos pensar que no es algo gratuito⁸ y que —puesto que se percataban de diversas dificultades que había para sostener esa postura— tenían razones para sustentarlo y no sólo la costumbre o esa venerable tradición de los argumentos de autoridad. Por lo cual, tenemos que mirar atentamente dónde está el *rationale* de esa postura y, al mismo tiempo, si se justifica (y en qué medida) el rechazo de los nombres propios como sujetos para convertirlos en predicados.

Así, pues, los problemas que más nos conciernen acerca del nombre propio son dos, sumamente relacionados: (a) el significado —i.e. el sentido y la referencia— del nombre propio y (b) si el nombre propio puede fungir como sujeto lógico —o tiene que reducirse a sujeto solamente gramatical, una especie de sujeto anómalo—. Para estudiar si el nombre propio funge lógicamente como sujeto, hay que estudiar antes el problema de su significado. En efecto, toda la polémica va a depender de lo que se entienda por “significado”, “nombre”, “nombre propio”, “sujeto” y “predicado” gramaticales y lógicos. Pero,

⁸ Cfr. M. Beuchot, “Sujeto y predicado en Peter Thomas Geach”, en *Humanidades*, 7 (1983), pp. 59-104; A. Rossi, “Nombres propios”, en *idem*, *Lenguaje y significado*, México: Siglo XXI, 1969, pp. 131 ss.

sin enfrascarnos en la discusión de estos conceptos, iremos señalando lo que entendemos por cada uno de ellos (o al menos remitiendo al autor o autores cuya definición aceptamos).

Expongamos ya la teoría post-medieval que nos ocupa. Los filósofos tomistas del lenguaje introducen en el discurso nombres propios gramaticales, aptos para ser sujetos, aunque, como veremos, sean susceptibles de ser analizados como predicados. Pero, a pesar de que podían ser analizados como predicados, se los conservaba en su lugar de sujetos, al considerar su significación o sentido.

Para Domingo de Soto, los nombres propios tienen como significación o sentido un concepto individual, y como suposición o referencia un objeto individual (un portador). Soto trae a colación los nombres propios al tratar de los términos colectivos y divisivos. Colectivo es el que en singular significa muchas cosas copuladamente, como "Salamanca" y "pueblo". Divisivo, en cambio, el que en singular significa una o muchas cosas divisivamente. (Ya se habló de lo que es significar divisivamente en el capítulo sobre las partes de la oración, al tratar de los términos común y singular.) Ejemplos de términos divisivos son "Pedro" y "hombre", de los cuales, el primero es un nombre propio. Soto añade que en plural los términos colectivos y divisivos significan igual que en singular,⁹ pues "hombres" sigue siendo divisivo y "pueblos" sigue siendo colectivo. Lo que más nos interesa es que esto mueve a Soto a extraer una conclusión sumamente relevante para nuestra semántica actual: "De ello se sigue, en primer lugar —dice—, que 'Pedro' es un término singular, *aunque signifique a muchos equívocamente*. Pues el género de estas definiciones es el término unívoco. En efecto, dondequiera que se hace mención sin más del término, se entiende el unívoco, pues el equívoco, que más bien es [muchos] términos, se excluye del arte. Y tampoco es término colectivo, aunque parezca significar muchas partes de Pedro colectivamente; pues, como dijimos en el capítulo sobre el significar, no las significa por sí mismas, sino sólo a Pedro."¹⁰ Soto atiende, entonces, a la sig-

⁹ Cfr. Soto, 8vb (subrayado nuestro).

¹⁰ Soto, 9ra.

nificación o al sentido para determinar si el nombre propio es un nombre singular o común, divisivo o colectivo —cosa que, como veremos, influirá en la decisión de conservar a los nombres propios como sujetos—. Soto aborda estas cuestiones tan abstrusas porque algunos filósofos de aquel tiempo se preguntaban, por ejemplo, si “Pedro”, que suponía antes por Pedro de joven y ahora por Pedro de viejo, supone por el mismo; o si, cuando a Pedro le amputan una mano, se vuelve “Pedro” un nombre común debido a que entonces parece suponer por dos cosas individuales (el hombre y la mano, que era parte suya) y ser común a ellas. La respuesta que da Soto consiste en atender siempre a la significación o sentido del nombre propio: si nos da un sentido individual, es singular y sujeto, aunque parezca ser común y predicado. Y el sentido de un nombre propio, como ya lo ha enunciado, es un concepto individual, por lo cual sigue siendo nombre singular y sujeto.

Tiene como sentido un concepto individual; es decir, el nombre propio —para la semántica tomista— nos da como sentido una comprensión conceptual del objeto designado —al nivel de la *intentio* o de lo intensional, no de lo psicologista—, y pretende referirlo unívocamente, evitando el equívoco que se da, por ejemplo, en el caso de la sinonimia o de varias personas que llevan el mismo nombre.¹¹ Este recurso de la información (concepto individual) que da el nombre propio se acerca a otra interpretación reciente de los nombres propios, como la de McDowell. Según él, en orden de establecer una teoría de la verdad para enunciados que contienen tales nombres, los nombres deben ser manipulados en axiomas del siguiente tipo:

“Hesperus” representa a Hesperus.¹²

Creemos que este tipo de axiomas escapa a la acusación de trivialidad hecha por Mark Platts si se toma en cuenta lo que

¹¹ Cfr. Soto, 12va.

¹² Cfr. J. McDowell, “On the Sense and Reference of a Proper Name”, en *Mind*, 86 (1977), p. 161.

aporta el nombre como información para las condiciones de verdad propias de los enunciados en que el nombre tiene figuración. De alguna manera, los axiomas de este tipo determinan el sentido del nombre, además de la referencia. El sentido es lo que cognoscitivamente produce en nosotros la expresión nominal; la referencia, el objeto designado o portador del nombre. Entonces, los nombres propios tienen sentido, y dicho sentido es un criterio o camino para reconocer e identificar un objeto como portador de ese nombre.¹³ Se ha querido interpretar tal reconocimiento en términos de psicología conductista.¹⁴ Pero nos parece más atinada la interpretación de tal reconocimiento en términos de una psicología mentalista.¹⁵ El sentido es un concepto individual en la mente.

Dicha interpretación mentalista, que es la de los escolásticos, manifiesta su fecundidad en relación con el arduo problema de los nombres propios vacíos o que carecen de referencia. Paul Ziff formula el problema en estos términos: ¿Puede uno referirse a lo que no existe y nunca existió? Los autores recientes, en su mayoría, responden negativamente. Pero, según Ziff, ésta es una negación absurda, basada en una mala interpretación de la praxis lingüística. Pues, de hecho, nos referimos a lo que no existe. De acuerdo con ello, ¿es la existencia una condición *sine qua non* para la actuación de mi acto de referencia? Para Ziff, la afirmativa es atractiva, pero problemática. Porque se pueden aducir contraejemplos; podemos referirnos a lo que actualmente no existe; por ejemplo, en un universo de discurso temporal: "Dante es un gran literato" o "El autor de la *Divina Comedia* es un buen poeta". Por lo demás, Dante existió pero ya no existe. O en un universo de discurso ficticio: "El príncipe de Dinamarca (Hamlet) es una figura heroica". Por lo demás, Hamlet no existe y presumiblemente nunca existió. Y, con todo, hay verdades acerca de esos entes. Verdades muy peculiares, pero verdades al fin y al cabo. Las de

¹³ Cfr. M. Dummett, *Frege. Philosophy of Language*, Londres: Duckworth, 1973, pp. 96-97.

¹⁴ Cfr. J. Macdowell, *art. cit.*, pp. 168-169.

¹⁵ Cfr. P. T. Geach, *Mental Acts*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1971, pp. 66-74.

Dante son proposiciones verdaderas sobre un tiempo. Las de Hamlet son verdaderas sobre un drama.¹⁶

La postura típica del requisito de existencia para la referencia es la representada por Searle, quien establece el axioma de la existencia: "Todo lo que es referido debe existir".¹⁷ Lo aplica incluso a universos de discurso problemáticos, como el ficticio, el de las entidades ficticias: "Uno se puede referir a ellas como caracteres ficticios precisamente porque *existen en la ficción*".¹⁸ Pero esto no es muy claro. Si la referencia requiere de la existencia, ¿por qué basta la existencia ficticia? Más aún, ¿en qué consiste? Por otra parte, si ésta cuenta como existencia extramental, los entes se multiplican incontrolablemente.

Esto lleva a Ziff a una postura un tanto extrema. En vista de las consideraciones anteriores, le parece que es más importante la coherencia que la existencia para tener referencia. Así, puede haber verdades acerca de una cosa que se conceptualiza coherentemente, aunque no exista. Por un lado, que la coherencia es el factor crítico en la referencia es ulteriormente evidenciado por el hecho de que sirve para resolver la ambigüedad referencial. Las consideraciones de coherencia imponen un orden en las confusiones. Por ejemplo evitan confundir a César con un perro o a Hamlet con una torre. Pero, ¿es posible tener un referente del cual no se puede formar una concepción coherente? Sí y no. Pues la coherencia admite grados.¹⁹ Por otro lado, que la coherencia, más bien que la existencia, sea el factor crítico en materia de referencia, no necesita ser sorprendente a uno que ha reflexionado sobre la naturaleza del lenguaje ordinario o natural. Como dice Zellig Harris: "lo que es especial a la expresión (*utterance*) gramatical (*i.e.* a un evento lingüístico) no es que tiene significado, que expresa sentimientos, que comunica, o que incita a una respuesta relevante —todo esto es común a muchas actividades humanas—,

16 Cfr. P. Ziff, "About Reference", en *Studies in Language*, 3 (1979); pp. 305-306.

17 J. Searle, *Speech Acts*, Cambridge: University Press, 1970, p. 77.

18 *Ibid.*, p. 78.

19 Cfr. P. Ziff, *art. cit.*, pp. 308-309.

sino que es socialmente transmisible".²⁰ La transmisibilidad social pide una interacción entre un hablante y un oyente: el hablante al emitir la expresión (*utterance*) puede arreglárselas para introducir ciertas condiciones que sirven para estructurar y polarizar la atención del oyente. Con ello se da relevancia a la atención en sentido conductista.

En consecuencia, Ziff recalca que se pueden decir cosas acerca de algo imaginario e inexistente, pero de manera diversa a como lo permite la escolástica, según veremos. Ziff alude a un ente imaginario, la jirafa Grunt, y aduce cosas que podrían atribuírsele: "ella, por supuesto, es un rumiante, tiene cuatro estómagos, consiente ser acariciada, tiene dos cuernos y probablemente se encorva sobre su pata izquierda para beber. Y es amable, pronta para compartir sus hojas de acacia con otra. Sin embargo, Grunt es un personaje ficticio. Así, es no-verdadero que haya vivido en mi jardín en Nairobi. Pero entonces tú te has dado cuenta de que no necesitaba yo hacer apologías para engañarte. Aparte de esa trivialidad, Grunt es ejemplar. Y ahora tú deberías tener una clara concepción coherente de Grunt, y, a pesar de su no-existencia, tú realmente puedes referirte a ella en el momento en que lo desees."²¹

Para responder a las cuestiones de Ziff, la teoría escolástica cuenta con la doctrina de la *ampliatio* o ampliación de la suposición, a la que ya hemos aludido, es decir, la ampliación a los universos de discurso modales, temporales y ficticios. Con ellas se podía detectar la falta de referencia. Por ejemplo, si se decía "Grunt es una jirafa imaginaria" o "Grunt come hojas de acacia (imaginablemente)", quedaba claro el universo de discurso, que es ficticio, y con ello se tienen bases suficientes para regimentar los nombres propios que carecen de referencia real (y la tienen sólo mental, como parece sugerir la disquisición de Ziff), analizándolos mediante la ampliación de la suposición referida al presente, para saber si hay o no hay un

²⁰ Z. Harris, *Mathematical Structures of Language*, Nueva York: John Wiley and Sons, 1968, p. 7.

²¹ P. Ziff, *art. cit.*, p. 311. Cfr. *idem*, *Semantical Analysis*, Ithaca: Cornell University Press, 1960; *idem*, *Understanding Understanding*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1972.

portador determinado (real) de ese nombre.²² Por eso ya desde Alberto de Sajonia se ponían ciertas condiciones y reglas para transformar las oraciones modales —temporales y ficticias a las de inherencia o asertóricas—; por ejemplo, la proposición modal “El Anticristo puede ser hombre”, pasaba a su correspondiente asertórica no como “El Anticristo es hombre”, pues tenía sujeto ficticio, sino con el demostrativo “esto” en lugar de aquello por lo que supone el sujeto, así: “esto es hombre”; y, si no había algo que pudiera ser señalado por el demostrativo “esto”, se vedaba tal transformación y se declaraba vacío el nombre.²³ Con ello está aseverándose que todo término singular posee un demostrativo implícito, como veremos que lo señalará en la actualidad la teoría de Tyler Burge. Tales técnicas, válidas sólo en el contexto del enunciado, y, más ampliamente, en el contexto del uso del lenguaje, se asemejan al tratamiento peculiar que de los nombres propios hace Wittgenstein.²⁴

Con el fin de reforzar la referencia unívoca de los nombres propios, tanto de personas como los de individuos no-personales (por ejemplo animales, lugares, etcétera), la semántica escolástica añade recursos designadores, tales como los adjetivos y pronombres demostrativos (dándoles un sentido cuantificacional individuador), o, además del nombre o *nomen*, adjuntando el *praenomen*, el *cognomen* y el *supranomen* (i.e. apellidos y sobrenombres). Algunos de estos nombres, con sus peculiaridades, han atraído la atención y han sido objeto de estudio por parte de Paul Ziff.²⁵ Y, algo muy de tomar en cuenta es que los nuevos análisis sobre su origen y uso no han disminuido en nada la validez de la teoría escolástica post-medieval.

²² Cfr. Soto, 33va. Por ejemplo, “el Fénix puede volver a la vida después de caído (en la imaginación)” o “el Anticristo puede ser hombre”.

²³ Cfr. A. de Sajonia, *Perutilis Logica*, ed. de A. Muñoz, México: IIF-UNAM (en prensa), núm. 621. Agradecemos a Lourdes Valdivia la comparación de esta teoría con la de Tyler Burge.

²⁴ Cfr. H. Ishiguro, “Uso y referencia de los nombres”, en P. Winch (comp.) *Estudios sobre la filosofía de Wittgenstein*, Buenos Aires: EUDEBA, 1971, pp. 5-6; M. E. Madrid, “Nombres propios en Wittgenstein”, en *Teoría*, año I, n. 1, (1975), p. 19.

²⁵ Cfr. P. Ziff, “About Proper Names”, en *Mind*, 86 (1977), pp. 319-332.

Esto es sumamente importante porque el problema que se ha detectado en cuanto a los nombres propios es el de la posibilidad de que tengan referencia equívoca.

El problema del sentido de los nombres propios

Ya desde el medioevo, la escolástica tuvo algunos exponentes que manejaban los nombres propios a través de las descripciones definidas,²⁶ cosa que formó parte del análisis que de ellos hicieron Frege y Russell, pero se ve poco favorecida por los escolásticos post-medievales que estudiamos. Más bien encontramos en ellos análisis y teorías del tipo de los que han ofrecido Quine y Burge, como veremos.

Para ubicar estas últimas teorías y su relación con la teoría escolástica, recordaremos —sintetizadas al máximo— las de Frege y Russell, sobre todo porque en esta última se comienza a ver el desplazamiento de los nombres propios de su papel de sujetos.

Frege establece que el sentido de un nombre propio es un conjunto de descripciones,²⁷ que servirían como ruta hacia su referencia,²⁸ la cual es el portador del nombre. Russell también considera que los nombres propios se pueden transformar en descripciones, sólo que no dice que las descripciones sean el sentido de los nombres propios, sino su forma lógica. (Algunos, como el mismo Kripke, no tienen cuidado en hacer esta distinción y hacen a Russell decir que las descripciones son el sentido del nombre propio, lo cual no es exacto.) Dice Russell: “Los nombres que usamos comúnmente, como ‘Sócrates’, son realmente abreviaturas de descripciones; no sólo eso, sino que lo que describen no son particulares sino complicados sistemas de clases o series. Un nombre, en el sentido lógico estricto de una palabra cuyo significado es par-

²⁶ Cfr. A. Perreiah, “Buridan and the Definite Description”, en *Journal of the History of Philosophy*, 10 (1972), pp. 153-160.

²⁷ Cfr. G. Frege, “Sobre sentido y referencia”, en *idem*, *Estudios sobre semántica*, Barcelona: Ariel, 1973 (2a. ed.), pp. 51-52 y 69-70. En adelante, al hablar de descripciones, estaremos aludiendo a las descripciones definidas.

²⁸ Cfr. M. Dummett, *Frege. Philosophy of Language*, ed. cit., pp. 95 ss.

ticular, sólo puede ser aplicable a un particular con el cual el hablante está familiarizado [o del cual tiene conocimiento directo], porque no puedes nombrar algo con lo que no estés familiarizado. Ustedes lo recuerdan: cuando Adán nombró a las bestias, ellas vinieron ante él una por una, y él se familiarizó con ellas y las nombró. Nosotros no estamos familiarizados con Sócrates, y por eso no podemos nombrarlo. Cuando empleamos la palabra 'Sócrates', realmente estamos usando una descripción. Nuestro pensamiento puede ser expuesto por frases tales como 'el maestro de Platón', o 'el filósofo que bebió la cicuta', o 'la persona de la que los lógicos aseveran que es mortal', pero ciertamente no usamos el nombre como un nombre en el sentido propio de la palabra."²⁹ Así, pues, para Russell los nombres propios son descripciones abreviadas, encubiertas o disfrazadas, descripciones que pueden parafrasear el nombre de un objeto destacando características de éste. Puesto que, para Russell, significar es denotar, los nombres propios pueden ser substituidos por expresiones denotativas: las descripciones que demos de los objetos portadores del nombre. Pero las descripciones carecen de significado aisladamente, sólo contribuyen al significado de un enunciado,³⁰

²⁹ B. Russell, "The Philosophy of Logical Atomism", en D. Pears (ed.), *Russell's Logical Atomism*, Londres: Fontana/Collins, 1972, p. 56. La diferencia de Russell con respecto a Frege se nota más cuando consideramos que él mismo criticó a Frege, pues para Russell los nombres propios tienen referencia —a saber, el portador—, pero no tienen sentido o significación (cfr. B. Russell, "The Logical and Arithmetical Doctrines of Frege", Apéndice A de su obra *The Principles of Mathematics*, Londres: Allen and Unwin, 1972 (9a. reimpr.), p. 502). Por ejemplo, el nombre "Luis" puede tener un portador, un referente o referencia, pero no sentido; ya que de suyo es informativo. Lo que hace es referir, denotar. Esto va contra la tesis central de Frege, para quien los nombres tienen sentido y referencia; inclusive, para él tienen más seguro el sentido (lo que el hablante entiende) que la referencia. Sin embargo, esta crítica de Russell, según se ha visto posteriormente, se debe a que él interpretó erróneamente sentido y referencia, identificándolos, i.e. confundiéndolos. Para él, el sentido (o significado, *meaning*) es la referencia (o denotación, *denotation*), y, de este modo, los nombres propios sólo tienen como sentido o significado el objeto referido. Con todo, debido a esta confusión, la crítica de Russell a Frege ha sido puesta en duda como auténtica crítica (cfr. J. R. Searle, "Russell's Objections to Frege's Theory of Sense and Reference", en *Analysis*, 18 (1957-1958), pp. 137-143; P. T. Geach, "Russell on Meaning and Denotation", en *Analysis*, 19 (1959), pp. 69-72).

³⁰ B. Russell, *La evolución de mi pensamiento filosófico*, Madrid: Alianza, 1976, p. 87: "El punto central de la teoría de las descripciones era que una frase

y pueden eliminarse como sujetos y ser trasladados a predicados, cosa que afecta al supuesto lógico de que los nombres tienen principalmente el estatuto lógico de sujetos.

Precisamente, a continuación de la teoría russelliana, las teorías de Quine y de Burge se nos presentan como una tentativa de quitar a los nombres propios el carácter de sujetos y transformarlos en predicados; así, el significado de los nombres propios es la característica significada por un predicado en el que puede transformarse el nombre propio en cuestión. Veremos que esto tiene expositores en la escolástica post-medieval, concretamente en la escuela tomista, como es el caso de Domingo Soto. Pero antes veamos muy sumariamente las teorías de Quine y de Burge.

Quine presiona en la línea de Russell: los nombres propios pueden eliminarse al igual que las descripciones, y ser destituidos como sujetos. De manera más radical, Quine postula que los nombres propios, considerados comúnmente como los más indicados para ser sujetos, pueden traducirse a predicados, y, en lugar de emplear el nombre, se puede emplear un predicado que emana de él, con lo cual se eliminaría el nombre y su posición de sujeto.³¹

puede contribuir al significado de una oración sin tener significado en absoluto aisladamente. En el caso de las descripciones hay una prueba clara de esto: si 'el autor de *Waverley*' significara cualquier otra cosa en vez de 'Scott', 'Scott es el autor de *Waverley*' sería falsa, que no lo es. Si 'el autor de *Waverley*' significara 'Scott', 'Scott es el autor de *Waverley*' sería una tautología, que no lo es. Por tanto, 'el autor de *Waverley*' no significa 'Scott' ni cualquier otra cosa; es decir, 'el autor de *Waverley*' no significa nada, *quod erat demonstrandum*". Cfr. M. Platts, *Ways of Meaning*, Londres: Routledge, 1979, pp. 133 ss. Como críticas a la teoría de las descripciones, pueden verse P. F. Strawson, "On Referring", en *Mind*, 59 (1950), pp. 320-344; P. T. Geach, "Russell's Theory of Descriptions", en *Analysis*, 10 (1950), pp. 84-88; C. Lejewski, "Proper Names", en *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supl. vol. 31 (1957), pp. 229-256; *idem*, "A Re-examination of the Russellian Theory of Descriptions", en *Philosophy*, 35 (1960), pp. 14-29; J. R. Searle, "Proper Names", en *Mind*, 67 (1958), pp. 166-173; J. F. Malherbe, "La théorie russellienne des descriptions. Exposé et critique", en *Revue Philosophique de Louvain*, 71 (1973), pp. 725-749; D. Vernant, "La théorie des descriptions définies de Russell ou le problème de la référence", en *Revue de Métaphysique et de Morale*, 85 (1980), pp. 489-502; P. Engel, "Le sens d'un nom propre", en *Archives de Philosophie*, 47 (1984), pp. 431-448.

³¹ Cfr. W. V. O. Quine, *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona: Ariel, 1962, p. 39.

La propuesta de Quine es generar, a partir del nombre, un predicado *ad hoc* que pueda suplir al nombre y eliminarlo. Por ejemplo, para eliminar el nombre "Carter" del enunciado "Carter es el presidente de los Estados Unidos", se genera el predicado "carteriza", y así obtenemos "Hay un x (ni más ni menos que uno) tal que x carteriza y x es el presidente de los Estados Unidos."

Es bien conocida la fuerte objeción de Kripke: Al nombrar tenemos la intención de referirnos unívocamente a una entidad, y los predicados no garantizan esa univocidad de referencia porque pueden prestarse a equívocos, al ser compartidos por varios sujetos. Por ejemplo "carteriza" se aplica tanto a Jimmy Carter como a su hermano Billy Carter. Por eso, más bien debemos fijar la referencia con un nombre propio adecuado, que es un designador rígido.³²

Tyler Burge va más allá que Russell y Quine. No sólo niega, al igual que ellos, que los nombres propios sean términos singulares. Niega, además, que los nombres propios sean descripciones abreviadas o disfrazadas que se asocian a un nombre propio, como decía Russell, y que abrevia al operador de unicidad o cuantificador individual o descriptor. Niega, asimismo, que sean predicados *ad hoc*, como pretendía Quine. Para Burge, los nombres propios son simplemente predicados por derecho propio.³³ La crítica de Burge se basa en que tales estipulaciones son demasiado artificiales, y hay que comprender el lenguaje natural en su naturalidad. Tales estipulaciones son artificiales porque violentan las preconcepciones que subyacen al uso ordinario de los nombres propios. En concreto, las preconcepciones acerca de que los nombres propios no describen; y de que desempeñan el papel semántico y gramatical de los términos singulares; y de que ciertos enunciados contienen fallas de designación y que no son verdaderos ni falsos. Russell y Quine pretenden excluir estas preconcepcio-

³² Cfr. S. Kripke, *Identidad y necesidad*, México: UNAM, 1978, pp. 18-19; *idem*, *Naming and Necessity*, Oxford: Basil Blackwell, 1980, p. 48; M. Beuchot, "Necesidad y contingencia en Aristóteles, Tomás de Aquino y Saul Kripke", en *Revista de Filosofía*, México, 15 (1982), pp. 211-230.

³³ Cfr. T. Burge, "Reference and Proper Names", en *The Journal of Philosophy*, 70 (1973), p. 428.

nes como malentendidos lógicos, y que obstaculizan la construcción de un lenguaje científico y una semántica propia de éste. Burge, en cambio, se inclina más a una semántica del lenguaje natural.³⁴

Así, pues, la tesis de Burge es: que los nombres propios son predicados, con un significado universal —no singular— y que se atribuyen a objetos —individuales—, y que tienen un elemento demostrativo. El argumento que diseña expresa lo siguiente: “Hay un uso inmodificado, singular, de los nombres propios: ‘Alfredo estudia en Princeton’. Pero los nombres propios adquieren el plural: ‘Hay relativamente pocos Alfredos en Princeton’. También adquieren artículos indefinidos y definidos: ‘Un Alfredo Russell se unió al club hoy’, ‘El Alfredo que se unió al club hoy era un mandril’. Y cuantificadores: ‘Algunos Alfredos están locos; otros están sanos’. Los nombres propios ordinariamente se usan en singular y de forma inmodificada. Pero hay incorrección gramatical en las oraciones mencionadas. Más aún, las figuraciones de los nombres propios en ellas son literales y no metafóricas o irónicas.”³⁵ Por consiguiente, los nombres propios son predicados.

Cuando un nombre propio figura como término singular en una oración, tal oración es una oración abierta, que debe ser cerrada, saturada o especificada para tener valor de verdad. En oraciones de esta clase el nombre propio contiene implícito un demostrativo, y sólo puede explicitarse por el sentido pragmático del hablante. Por lo mismo, la semántica del nombre (designación) y la del enunciado (valor de verdad) dependen del contexto pragmático relevante para el usuario.³⁶

Tal es la doctrina de Burge. Volvamos ahora a los escolásticos post-medievales, para comparar sus teorías con las de Quine y Burge. Hay que buscar el surgimiento de la propuesta quineana ya en la teoría semántica de los estoicos —a partir de los cuales pasa a los medievales y post-medievales—. Dada la semántica intensionalista de los estoicos —paradójica-

³⁴ Cfr. *ibid.*, p. 427.

³⁵ *Ibid.*, p. 429.

³⁶ Esta teoría la desarrolla Burge en su artículo “Demonstrative Constructions, Reference and Truth”, en *The Journal of Philosophy*, 71 (1974), pp. 205-223.

mente, a diferencia de la extensionalista de Russell y Quine—, un nombre propio debía producir un predicado para tener referencia extensional. Así, los nombres encuentran su referencia a través de un predicado, cuando entran en un enunciado, y el enunciado es verdadero con respecto a algo. “De esto podemos inferir que solamente los pronombres deícticos tienen referencia en sentido estricto, mientras que los nombres, como dice J. Pinborg, siempre significan algo junto con su referencia, participando en este aspecto de las propiedades de un predicado. (Mientras que los pronombres deícticos se aproximan a la noción de B. Russell del ‘nombre propio lógico’, el tratamiento estoico de los nombres propios recuerda uno de los procedimientos de W. V. Quine para la eliminación de los nombres propios en favor de los predicados, basado en que no son necesarios para un lenguaje que está reglamentado de modo tal que pueda ser lúcido y apto para expresar las verdades de la ciencia.)”³⁷

Seguidor medieval de los estoicos, encontramos algo parecido en Boecio. Para introducir en el discurso la referencia a una esencia singular o individuo, se elimina el nombre propio en favor de un predicado. Por ejemplo, se transforma el nombre propio “Platón” en el nombre de propiedad, o predicado, “platoneidad”, que sólo es atribuible a un individuo. Y esto es lo que hace el nombre “Platón”, a saber, referirse a una sola y definida substancia-y-propiedad, que no puede confundirse con ninguna otra.³⁸

37 A. Graeser, “The Stoic Theory of Meaning”, en J. M. Rist (ed.), *The Stoics*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1978, pp. 83-84; cfr. M. Beuchot, “La filosofía del lenguaje en los griegos”, en *Thesis*, año 3, n. 9 (1981), p. 52.

38 Boecio, *In librum de Interpretatione editio secunda*, Patrologia Latina, vol. 64, París: edit. Migne, 1847, cols. 462d-464c. H. N. Castañeda, *On Philosophical Method*, Bloomington: Indiana University Publications —Noûs Publications, n. 1, 1980, p. 22: “[Se puede] comparar la técnica de Boecio para introducir una esencia individual para cada individuo, con la eliminación que hace Quine de los nombres propios de individuos... Aquí Boecio usa la analogía lingüística ordinaria con nombres abstractos en orden a introducir una entidad abstracta especial. Quine está preocupado con un problema diferente pero relacionado, a saber, el problema de eliminar la referencia a individuos de manera única pero no analizada, sin la intervención de predicados —propiedades o esencias, diría el platónico—. Quine no se preocupa por el momento, aunque se preocupa a la larga, de la entidad abstracta

A través de Boecio, esto pasó a los escolásticos. Por sólo dar un ejemplo, vayamos al que nos interesa: Domingo de Soto. Sostiene que el término singular puede ser determinado: el nombre propio, o indeterminado y vago: el nombre común con un demostrativo. Por el determinado tenemos certeza plena acerca del individuo en cuestión, esto es, por él juzgamos suficientemente acerca de los *accidentes* por los que se distingue de todo otro individuo. Por tanto, los accidentes (o propiedades, o atributos, o predicados) nos sirven como criterio de referencia inequívoca o unívoca, *i.e.* de identificación y re-identificación. Y, ya que lo hacemos por los accidentes, y los accidentes se expresan por descripción (o definición descriptiva, que no es esencial), entonces lo hacemos por descripción. Aunque no lo dice explícitamente, los nombres propios nos remiten a descripciones como a su sentido, y mediante ellas vamos a su referencia individual, *i.e.* al portador del nombre. Pero, aun cuando remiten a descripciones, no pierden su estatuto lógico de nombres propios. El parafrasearse o traducirse en descripciones y el engendrar un predicado *ad hoc* (derivado) sólo puede ser una forma de recuperarlos como nombres propios, precisando más estrictamente su referencia. Soto alude a que Porfirio (cap. *de specie*) añade como otra clase de nombre singular el que no lo es por su significación, ya que no significa algo de suyo individual, sino por suposición, *i.e.* tiene sentido universal pero referencia individual. Y la descripción definida es precisamente esta clase de término singular por suposición (al igual que para Russell y Quine: por denotación o como frase denotativa). Un ejemplo de estos términos sería: “el hijo de Sofronisco”; dado que sea uno solo su hijo, éste sería Sócrates. Pero “el hijo de Sofronisco” no es un nombre singular de manera simple, pues puede haber varios hijos de ese padre; en todo caso, no sería más singular que el término común “Fénix”.³⁹

Otro problema más grave que aborda Soto es el de si todos

como algo individual, sino sólo del individuo y su nombre, al que desea tratar predicativamente. Aunque Quine reconoce, por supuesto, que su técnica puede ser interpretada platónicamente —justamente como lo hace Boecio—.

³⁹ Soto, 9rb.

los nombres propios son predicados, como lo sostiene ahora Burge. Se ha postulado que los escolásticos no consideraron esta posibilidad por no contar con la noción de *variable*. Pero había locuciones que cumplían el mismo cometido, a saber, los *términos trascendentes*, de los que ya hemos hablado al clasificar los términos.⁴⁰ El propio Soto aduce un ejemplo. Nos dice que algunos lógicos toman como nombre común la expresión:⁴¹

ly ens quod est Petrus,

o:

el ente que es Pedro,

o:

el algo que es Pedro,

o:

la x que es Pedro,

o:

la x que es tal y cual (*i.e.* que es Pedro),

o:

la x que tiene *Pedreidad*.

Pero, según Soto, no es un nombre común, ni en el significar ni en el suponer. Pues, así como no lo es en el suponer, ya que supone individualmente, tampoco lo es en el significar, tomando en cuenta su significación total, que es un concepto individual, o el concepto de una esencia singular, que corresponde al individuo en cuestión.

De este modo, aun tomando el nombre propio como predicado, no deja de ser un término singular —por su significación y por su suposición, *i.e.* por su sentido y su referencia—, y, por lo mismo, sigue siendo reductible a sujeto lógico.

El problema de fondo es el darse cuenta de que los nombres propios pueden ser equívocos, pueden tener referencia equívoca. Sin embargo, Soto insiste: “Pedro” es un término sin-

40 V. Muñoz Delgado, *La lógica nominalista en la Universidad de Salamanca*, Madrid: Ediciones de la Revista Estudios, 1964, pp. 216-217: “Relacionada con esa división está la del término en *trascendente* y *no-trascendente*, según que sea o no verificable de todo ser, en orden a una cópula verbal en tiempo presente; esa partición del término ya se encuentra en San Alberto y adquiere mucha importancia al relacionarla algunos lógicos con las *variables de individuo* de los lógicos”.

41 Soto, 9ra-rb.

gular, aunque signifique a muchos *de manera equívoca*. La cuestión reside en que se supone que los nombres propios o singulares han de ser unívocos, pues son divisiones del término unívoco y, por lo tanto, lo llevan a él como el inicio de su definición. La dificultad consiste, dice Soto, en cómo se evite y disuelva esa equivocidad. Soto asevera que se pueden distribuir (*i.e.* cuantificar) los nombres propios. Pues, si se puede hacerlo universalmente, también singularmente. Universalmente, como si se dice: "Todo Pedro tiene como patrono a San Pedro". Singularmente, a través de un demostrativo, como si se dice: "el que interesa es este Pedro, no aquel Pedro".

Con esta mira, se pregunta: ¿a los nombres propios se les puede añadir un demostrativo singular? Soto responde que sí, y precisamente lo defiende para excluir la equivocidad, como si se dice: "el que interesa es este Pedro, no ese Pedro". Esto es válido porque incluso los nombres propios, como ya se ha visto, son susceptibles de cuantificación, tanto universal como singular. Sólo aclara que esto se hace en cuanto a la locución exterior (en cuanto a la voz o a la escritura), pues en la mente, donde el concepto no es equívoco (pues yo sé bien a qué Pedro me estoy refiriendo), no puede congruentemente cuantificarse (distribuirse) el nombre propio, ni determinarse con un demostrativo.

En síntesis: Los nombres propios, para los escolásticos tienen sentido, ya que la significación o sentido es representar a la mente una esencia, y los nombres propios representan una esencia, pero individual. Y tienen referencia, o denotación, o suposición, ya que suponen por un ente individual. Consiguientemente, sus transformaciones en descripciones, en predicados, su cuantificación y su determinación mediante demostrativos sólo tienen por cometido clarificarlos, pero nunca los despoja de su carácter de sujetos lógicos por antonomasia.

Los pronombres

Además de su validez y vigencia en cuanto al nombre, la semántica tomista la mantiene en cuanto al pronombre. Y su

validez se refuerza precisamente a la luz de los análisis recientes. Peter Geach señala cómo los pronombres corresponden, en el lenguaje ordinario, a las variables ligadas del lenguaje formal.

Por una parte, los pronombres que aparecen como relativos en la gramática ordinaria no lo son siempre en la gramática lógica. Según él, los lógicos tomistas superaron la gramática tradicional diciendo que es pronombre relativo todo pronombre que tiene un antecedente.⁴² Pero solamente deben ser considerados como pronombres relativos los que pueden ser traducidos a un conectivo lógico con una variable lógica; en este sentido, "el estar una variable ligada a un cuantificador, es lo que corresponde al que un pronombre tenga un antecedente."⁴³ Por eso, la función de un pronombre relativo no es cargar con la referencia de su antecedente; con lo cual Geach rectifica la doctrina escolástica.

Por otra parte, en cuanto a los pronombres reflexivos, Geach discute la teoría de Walter Burleigh, para quien dichos pronombres tenían una *suppositio* especial, intermedia entre la distributiva y la confusa. Geach parece dar la razón al análisis tomista, que no añadía para los reflexivos ningún tipo especial de suposición. Según Geach, los reflexivos deben más bien esclarecerse representando la reflexividad mediante la repetición de variables. Y aun esto tiene sus complicaciones.⁴⁴

Finalmente, añade que los pronombres indefinidos deben precisarse a través de la cuantificación. Y esto era justamente lo que hacían los lógicos tomistas, al transformar los enunciados en que aparecen los pronombres reflexivos en otros enunciados equivalentes en los que se parafraseaban como definidos, siguiendo las leyes del *ascensus* y del *descensus* lógicos.

Los verbos

La semántica tomista de los verbos está basada en categorías ontológicas, tales como la relación, la acción y la pasión. Y

42 Cfr. P. T. Geach, *Reference and Generality*, ed. cit., p. 112.

43 *Ibid.*, p. 111.

44 Cfr. *ibid.*, pp. 139-142.

en la consignificación del tiempo, siendo el tiempo otra categoría ontológica. Con todo, a pesar de esta estrecha vinculación del verbo con el tiempo, se reconoce la posibilidad de tomar el verbo en cierta forma intemporal o atemporal, como "absuelto del tiempo", en un sentido muy peculiar: abstrae de las diferencias de tiempo (pasado, presente y futuro), para ser válido para todo tiempo en general; y, así, no deja de consignificar el tiempo, pues, aunque no consignifica un tiempo específicamente, consignifica el tiempo en general (el enunciado vale para todo tiempo, como se procura en los enunciados científicos). Esto es muy relevante para el lenguaje de la ciencia, cuyos cánones piden muchas veces enunciados en los que lo expresado valga independientemente del tiempo, esto es, en sentido intemporal.

Ya los tomistas sabían que la ciencia utiliza este tipo de enunciados, pero aclaraban que su valor con independencia del tiempo no consiste en dejar de consignificar el tiempo, sino en prescindir de las diferencias de tiempo, esto es, en ser válidos para todo tiempo. Por eso se decía que estaban "absueltos del tiempo", pues su significado era válido para todo tiempo, con lo cual sigue consignificando el tiempo (prescindiendo de las diferencias de tiempo: pasado, presente y futuro, y abarcando todo el tiempo como si fuera un presente indefinido).⁴⁵ De este modo se evitan los inconvenientes que se seguirían de la negación del tiempo.⁴⁶ Precisamente la elucidación de estos problemas semánticos ha recibido los mejores afanes de Norbert Prior y su lógica temporal.⁴⁷

La misma absolución o abstracción del tiempo en los verbos, ya tratada por los tomistas, ha ocupado a algunos filósofos analíticos que han derivado a una solución no del todo exacta. Intentan distinguir entre verbos temporales y verbos no-temporales. El carácter temporal o intemporal de los verbos se distingue con arreglo a los enunciados en los que figuran,

⁴⁵ Cfr. Poinset, 121b-128a.

⁴⁶ Cfr. M. Dummett, "A Defence of McTaggart's Proof of the Unreality of Time", en *Philosophical Review*, 69 (1960), pp. 417-504, y la réplica de G. Lloyd, "Tense and Predication", en *Mind*, 86 (1977), pp. 433-438.

⁴⁷ Cfr. A. N. Prior, *Past, Present and Future*, Oxford: Blackwell, 1967.

es decir, con base en la distinción que habría entre enunciados temporales y enunciados intemporales.⁴⁸ Lo más relevante es que se busca el modo de destemporalizar a los enunciados temporales, para obtener sólo enunciados intemporales, tales como los exigen los cánones de la ciencia. Se ha trazado una distinción de campos: los gramáticos distinguen los verbos temporales de los intemporales por la inflexión; en cambio, los lógicos los distinguen por su sentido, según que informen o no acerca del tiempo del evento.

Pero algunos, como Stephen Braude, intentan mostrar que tal distinción no puede efectuarse ni por la inflexión ni por el sentido. No por el sentido, porque los verbos temporales no tienen carácter referencial o indexical, esto es, no informan de modo suficiente sobre el tiempo; y, a la inversa, los verbos intemporales no carecen de toda referencia al tiempo. En el caso de los verbos temporales, muchos de ellos no indican con precisión el tiempo exacto, dejando un amplio margen de aplicación, e incluso incurrir en muchas vaguedades. Lo cual hace sumamente difícil parafrasearlos de modo que sean intemporales y puedan usarse en lenguajes canónicos (científicos y filosóficos). Tampoco por la inflexión, pues ésta no es un criterio suficiente, ya que muchas veces no corresponden la inflexión del verbo y el tiempo que se debe indicar en el enunciado en el que el verbo figura.

Propone un criterio que le parece mejor que la inflexión y el sentido: "Un verbo *V* es temporal en un enunciado temporal *S* si y sólo si *V* indica el aspecto o los aspectos en los cuales las condiciones de verdad de *S* se ven relativizadas al tiempo de la producción de *S*. Todo verbo podrá ser considerado atemporal."⁴⁹ Y, de esta manera, no difieren en sentido los verbos temporales y los intemporales; tienen el mismo sentido. Solamente indican diferentes tipos de restricciones temporales concernientes a las condiciones de verdad de dicho enunciado. Y el destemporizarlos sólo consiste en despojarlos de esas

⁴⁸ Cfr. B. Mayo, "Infinite Verbs and Tensed Statements", en *Philosophical Quarterly*, 13 (1963), pp. 289-297.

⁴⁹ S. E. Braude, "Are Verbs Tensed or Tenseless?", en *Philosophical Studies*, 25 (1974), p. 385.

restricciones temporales referidas a sus condiciones de verdad. De acuerdo con ello, “las inflexiones gramaticales del verbo son, en el mejor de los casos, solamente guías hacia las condiciones de verdad de los enunciados temporales. Sin embargo, en algunos casos, un verbo inflexionado no corresponde de manera usual al tiempo de la sentencia en la nueva figura.”⁵⁰

Con todo, Braude dice que, una vez que se reconoce que ambos tipos de verbos no difieren en sentido, y que la inflexión es un accidente histórico de algunos lenguajes, “los verbos temporales no aparecen ya como la clase de *items* que debe ser purgada del lenguaje ordinario al construir su análogo destemporalizado. De hecho, aunque la distinción entre verbos temporales e intemporales puede ser aún de interés filosófico, esta distinción difícilmente parece servir para el papel pivotal que se le asigna en la literatura.”⁵¹

Pero, a pesar de estas consideraciones, la semántica tomista no se ve afectada. Ella es cautelosa con las inflexiones del verbo, que deben mantenerse en el lenguaje ordinario; y sostiene la “absolución del tiempo” o “infinutación del verbo” en los enunciados científicos. Así pues, cuenta con los criterios necesarios y suficientes para precisar el lenguaje ordinario y el canónico, sin necesidad de renunciar a la significación *cum tempore* o consignificación del tiempo, peculiar del verbo.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 386.

⁵¹ *Ibid.*, p. 388.

CAPÍTULO V

SIGNIFICADO Y VERDAD: INTENTO DE UBICAR LA TEORÍA ESCOLÁSTICA ENTRE TEORÍAS DEL SIGNIFICADO

Las significaciones o sentidos como entidades mentales

Todas las disquisiciones de los escolásticos sobre el lenguaje que hemos considerado, nos enfrentan a ese problema capital que es dilucidar cuál es en el fondo su teoría del significado. Trataremos de esclarecerlo, dando respuesta a la pregunta, la famosa formulación de Quine, a saber, “¿qué clase de cosas son los significados?”, lo cual es preguntar por su *status* ontológico. Pues bien, desdoblaremos la significación en dos aspectos, para investigar sobre cada uno cuál es el *status* ontológico que le corresponde. Tales aspectos son la significación o sentido y la suposición o referencia. Dicho en otras palabras, pensamos que el significado —a diferencia de lo que otros autores han establecido— es un correlato doble del signo: por un lado, el sentido o significación y, por otro, la referencia o suposición. Esto recoge —aproximándola a la terminología de Frege— la teoría escolástica del significado. Tanto medievales como post-medievales ven el doble aspecto del significado consistente en la significación y la suposición, que, según la nomenclatura fregeana —usual en la actualidad—, corresponden a sentido y referencia.

Al tratar acerca de la ontología del significado, buscaremos el *status* ontológico tanto de la significación (sentido) como de la suposición (referencia) de un signo: en nuestro caso, de

un signo lingüístico —ya sea una expresión simple, como el término, o compleja, como la proposición—. Procederemos, por consiguiente, a determinar el *status* ontológico de las significaciones y las suposiciones (o los sentidos y las referencias) en los escolásticos tomistas post-medievales (que recogen en buena medida la tradición medieval), centrándonos en la escuela tomista; por ello convendrá aludir frecuentemente al fundador de dicha escuela: Tomás de Aquino. En efecto, los continuadores post-medievales del Aquinate, aunque estaban enfrentados a problemas nuevos, procuraban, sin embargo, conservar y adaptar las tesis tomistas a las nuevas problemáticas lógico-lingüísticas que eran suscitadas y promovidas por ese gran movimiento lógico que formaban los nominalistas y los humanistas.

Para la teoría aristotélico-tomista del significado, los sentidos o significaciones son entidades mentales (imágenes, conceptos, juicios, sentimientos...) y las referencias —cuando las hay— son entidades reales. Así, para la filosofía tomista, una expresión tiene esos dos aspectos en su designación o significado que, de manera aproximada, corresponden al binomio fregeano.

Así, una expresión tiene dos aspectos: significación (sentido) y suposición (referencia). Si es un término, puede tener significación tomado aisladamente, aunque siempre en relación y en orden al enunciado; y sólo puede tener suposición, además de significación, cuando está en el seno de un enunciado. El término tiene como significación un concepto, y como suposición un objeto. El enunciado tiene como significación un juicio (o proposición mental) y como referencia un estado de cosas, de acuerdo con el cual puede ser verdadero o falso, según que ese juicio corresponda o no con la realidad. *I.e.* la expresión tiene como significado directo una entidad mental, y como significado indirecto entidades reales, según veremos. Ciertamente, el significado *terminal* y *decisivo* es lo real, pero la expresión lo alcanza *mediante* lo mental.

Dado que el sentido de una expresión es un concepto —una entidad mental—, se evita el inconveniente fregeano de admitir como significados entidades platónicas. Y también se evita el inconveniente de la teoría de Bradley y McTaggart —a quienes

combatieron Moore y Russell— de tener que admitir entidades “subsistentes” pero no existentes. Se evita, en suma, la dificultad de tener que admitir como significados no sólo entidades platónicas, sino además, según la crítica de Russell y Quine, lo que se podría llamar “entidades negativas”, “entidades contradictorias”, “entidades imposibles” o “entidades inexistentes”. Pues —a diferencia de Church— no hace falta asignarles como significado la clase nula tomada como entidad, y que sería la misma para clases muy distintas de supuestas entidades no existentes denotadas por expresiones muy distintas. En ese caso, el único significado que tienen tales expresiones será una entidad mental, a saber, algo solamente concebido (y aun fingido) por la mente, sin ninguna correspondencia con cosas o estados de cosas reales, por ejemplo, en el caso de expresiones tales como “sirena”, “quimera”, “la montaña de oro”, “el círculo cuadrado”, “el rey de Francia es calvo”, “César no mató a Sócrates”, etcétera. No hace falta postular objetos negativos ni hechos negativos; cuando se significan cosas o estados de cosas inexistentes, sean posibles o imposibles, los significados serán entidades mentales (imagen, concepto, proposición), pero no entidades reales (una cosa o un estado de cosas reales).

Tenemos, pues, que para el tomismo, el *signo lingüístico* significa de modo directo e inmediato la entidad mental, que es un *signo mental*, y significa la cosa a través de este signo mental. Pues, en verdad, nuestras expresiones lingüísticas representan en primera instancia a las cosas tal como las conocemos o concebimos, y, en segunda, representan a las cosas tal como son, ya que el concepto que de ellas tenemos las representa tal como son. Dicho de otra manera, el signo representa directamente a las cosas en cuanto pensadas y, mediata e indirectamente, a las cosas en cuanto reales.

De acuerdo con ello se puede hablar de dos tipos de signo lingüístico; uno propio y otro impropriamente tal. El primero es extrínseco y físico (voces, escritura) y el segundo —el impropio— es intrínseco y mental (imágenes, conceptos, proposiciones). Es decir, hay dos tipos de palabras: palabra exterior y palabra interior, palabra oral o escrita y palabra mental. Ciertamente, la palabra exterior es la que propiamente

cuenta como signo lingüístico, pero está apoyada en la palabra mental o interior.

La relación entre palabra interior y palabra exterior es la siguiente: la palabra interior es la causa (ejemplar, eficiente y final) de la palabra exterior;¹ o, de otra manera, la palabra interior es lo que hace significativa a la palabra exterior, puesto que es inmediatamente significada por ella, y la cosa real es significada por ella de manera mediata —mediatizada por la palabra interior, según la captación que de la cosa hace—. En suma, la palabra interior es significativa por sí misma, en cuanto representa la cosa directamente, y la palabra exterior es significativa por virtud de la palabra interior, a la que significa inmediatamente y, sólo a través de ella, significa mediatamente a la cosa real. “La prueba de esto es muy simple. Discurremos sobre el ‘hombre’ y el ‘triángulo’. ¿De qué hablamos? Es evidente que no inmediatamente de cosas reales, pues seríamos platónicos. Inmediatamente hablamos de objetos de pensamiento, de palabras interiores, y no es sino mediatamente, en la medida en que nuestras palabras interiores se refieren a los objetos, que hablamos de cosas reales. La demostración se puede efectuar de otra manera. No importa lo que digan los positivistas lógicos, los enunciados falsos no están desprovistos de significación: significan alguna cosa; lo que significan es una palabra interior, y es solamente porque la palabra interior es falsa por lo que el enunciado falso no se refiere a objetos.”²

De esta manera se evitan los inconvenientes de la teoría del sentido como entidad abstracta (Frege-Church) y los inconvenientes de la teoría del sentido como entidad física (Positivismo lógico y Atomismo lógico). La función del lenguaje es representar las cosas, pero tal como las contenemos en la mente; por eso Aristóteles dice que la función del lenguaje es expresar las *afecciones* del alma. Las afecciones del alma son la misma captación de las cosas, en doble aspecto, intelectual y afectivo. Por eso las afecciones del alma pueden resu-

¹ Cfr. Sto. Tomás, *In I Sententiarum*, d. 27, q. 2, a. 1, sol.

² B. Lonergan, *La notion de verbe dans les écrits de Saint Thomas d'Aquin*, París: Beauchesne, 1966, p. 6.

mirse —para simplificar— como concepto y afecto, en relación con el *verbum mentis* y el *verbum cordis* de los antiguos: palabra de la mente y palabra del corazón. Las cosas y estados de cosas afectan a la mente, son captados por ella. Las cosas se nos dan como cosas conocidas; los conceptos son las semejanzas de las cosas. Aunque de manera no tan propia, podemos decir que los conceptos son los primeros signos de las cosas. Después, los conceptos son representados por las voces, y las voces por la escritura.³

Por eso Aristóteles llamó a la palabra oral y escrita simplemente “signo”, mientras que a los conceptos, a pesar de ser también de alguna manera signos, los llamó propiamente “semejanzas”. Santo Tomás explica la causa de esto. Las cosas son conocidas por la mente mediante cierta semejanza suya que se da en el sentido o en el intelecto. En cambio, los conceptos son significados por las voces y las voces por las letras sin tomar en cuenta ninguna semejanza. Ya que los conceptos representan a las cosas por una capacidad que les viene de la naturaleza, basados en la semejanza, en tanto que las voces y las letras representan a las cosas y a los conceptos sin basarse en ninguna semejanza, sino basándose en el arbitrio y la convención, proceden de la imposición o de la institución. Así, el concepto es signo natural y formal; la palabra, en cambio, es signo artificial e instrumental, y por lo mismo, convencional y arbitrario.⁴

Pero la correspondencia entre la palabra interior y la palabra exterior no es de término a término. La razón de esto es que la palabra interior corresponde a las cosas, a los estados de cosas, y los representa de manera natural, aunque no de modo material, sino formal (pero esto no quiere decir que las palabras interiores reproduzcan a las cosas en su individualidad; pueden hacerlo en universal), lo cual se manifiesta en que las entidades mentales son iguales para todos; en cambio, las palabras exteriores son convencionales, lo cual se manifiesta en que hay diversos modos de expresión, diversos lenguajes orales y escritos.⁵

³ Cfr. Sto. Tomás, *In I Peri hermeneias*, lect. 2, n. 7.

⁴ Cfr. *ibid.*, lect. 2, n. 9.

⁵ Cfr. *ibidem*; además, *Quodlibetum* 4, a. 17, c.

Además, hay dos clases de palabras interiores (“conceptos” es sólo el nombre genérico de tales palabras; habrá, pues, dos clases de “conceptos”): definiciones y proposiciones. La razón de esto es que “las palabras interiores corresponden principalmente no a las palabras exteriores, sino a la realidad. Ahora bien, la realidad se divide en esencia y existencia”.⁶ Por lo tanto, habrá dos tipos de palabras interiores que les correspondan. Esto concuerda con los dos tipos de intelección, incompleja y compleja, el primero de los cuales versa sobre la esencia y el segundo sobre la existencia. Así, la intelección incompleja o simple aprehensión forma conceptos y los elabora (discursivamente) como definiciones, mientras que la intelección compleja o juicio forma proposiciones.⁷

La palabra exterior, ya que depende de la vida de la mente, a pesar de ser convencional y arbitraria, obedece a reglas de uso, y trata de ajustarse a la reglamentación de la comunidad hablante; como caso específico, en el lenguaje lógico y filosófico o científico, trata de respetar las reglas mismas del pensamiento, las reglas de uso más pertinentes al proceder del hombre, y en cierta forma más naturales a él, porque la razón es su naturaleza.

La teoría tomista satisface y trasciende la explicación de la teoría del significado como función del uso. Pues toma en cuenta el uso como un factor importante de la significación, pero le añade el aspecto referencial. Por lo demás, los sostenedores de la teoría del significado como función del uso han derivado a una posición en la que buscan salir del aislamiento del uso y encontrar una dirección referencial. (John Searle, por ejemplo.)

Santo Tomás insiste en que debemos atender al uso de las expresiones: “La significación de un nombre [y esto vale para cualquier expresión en general] debe tomarse de aquello que los hablantes intentan significar comúnmente con él. Por lo cual, en el libro II de los *Tópicos*, caps. 1 y 2, se dice que los nombres deben usarse tal como los usa la mayoría de los ha-

⁶ B. Lonergan, *op. cit.*, p. 8.

⁷ Cfr. Sto. Tomás, *De Veritate*, q. 4, a. 2, c.; q. 3, a. 2, c.

blantes.”⁸ Y debe atenderse a sus reglas de uso, para comprender mejor una expresión; pero esto no basta. Hay que buscar, además del uso, la significación y la referencia. Ciertamente el significado puede variar de acuerdo al uso que le dan los hablantes, pero esto sería un fenómeno colateral. Pues, de cualquier manera, nos remite ineludiblemente a buscar su significado: “Acerca del nombre [y lo mismo vale para cualquier expresión] conviene hablar de dos modos: de un modo, según la imposición original; de otro modo, según el uso que se le da.”⁹ Santo Tomás llega incluso a precaver sobre la importancia del uso, que hace variar la imposición original, a la que llama “etimología”, siendo el *uso* más importante, al cual llega a llamar “significado”, como se ve en el siguiente pasaje: “Una cosa es la etimología del nombre, y otra el significado de éste. A la etimología se atiende según aquello *por* lo cual se impone el nombre en orden a que lo signifique; en cambio, al significado de un nombre se atiende según aquello *para* significar, lo cual se impone el nombre. Y muchas veces son diferentes.”¹⁰ El uso, pues, determina el significado, pero no lo constituye totalmente; siempre hará falta buscar, guiados por las reglas de uso, el significado al que apunta la expresión. Debe atenderse cuidadosamente al uso, pero sin reducirse a él, sino para pasar a encontrar el significado de la expresión estudiada. Se atiende al uso, pero también al aspecto óntico que forma parte del significado.

La teoría tomista, además, engloba y supera la teoría conductista del significado. Acepta de ella las conductas, pero sólo como manifestación de lo que ocurre en la mente; y se distingue de ella en que las significaciones o sentidos son entidades mentales. La palabra interior, en sus dos formas de definición y proposición, es una entidad mental, portadora de un contenido. En cuanto entidad mental, es un accidente del alma. El *status* ontológico de ser tiene una realidad accidental que inhiere como cualidad en la substancia anímica del hombre. En este aspecto de receptáculo de un contenido

⁸ Sto. Tomás, *In I Posteriorum Analyticorum*, lect. 4, n. 6.

⁹ *Idem*, *Summa Theologiae*, I, q. 67, a. 1, c.

¹⁰ *Ibid.*, II-II, q. 92, a. 1, ad 2.

mental, es una entidad *en* la cual y *por* la cual se entiende algo. Y en el aspecto de contenido mental es *lo que* se entiende. La palabra interior tiene un carácter mental e intencional; es un objeto de pensamiento.”¹¹

Se observa un fenómeno curioso en ambas teorías —tomista y conductista—. Una y otra establecen el acontecimiento semiótico como una relación triádica. Aparece un signo, y éste se relaciona con un significado y un intérprete. En el caso del conductismo, lo que constituye la apropiación del signo por parte del intérprete es una conducta; y, en el caso del tomismo, lo que constituye dicha apropiación es la posesión de una entidad mental correspondiente, siendo la conducta sólo una manifestación de la entidad mental cuya presencia el signo externo presupone en el hablante y provoca en el oyente.

Para el tomismo, el signo exterior es signo de la comprensión que tienen tanto el hablante como el oyente, y no es propiamente signo de la cosa, pues el signo de la cosa es más bien la entidad mental. Cuando hay comunicación, el que habla quiere transmitir, por el signo externo, su captación de las cosas, a saber, un contenido o entidad mental, y el que escucha produce en sí mismo una entidad mental análoga, en la medida o proporción de su captación propia. El pivote, pues, de la significación y de la comunicación es el contenido mental. En cuanto a la comunicación es claro, pues su cometido es transmitir la captación de las cosas que tiene el hablante al oyente, independientemente de las modificaciones que este último introduzca con su interpretación. De ahí que se postule que el significado original, en la comunicación, está en la parte del hablante, y no del oyente. En cuanto a la significación, también es claro, pues se significan las cosas (al contrario de lo que pensaba, exageradamente, Wittgenstein en su primera época) no al modo de una pintura exacta y cabal, sino según la captación o comprensión que de ellas se tiene. De ahí que el signo exterior signifique primariamente el contenido

¹¹ Cfr. *idem*, *De Potentia*, q. 9, a 5, c.; *De veritate*, q. 4, a. 1, c. y a. 2, c.; *Contra Gentiles*, l. IV, c. 11.

mental o signo interior del que habla, y de manera mediata (pero terminal) signifique la realidad en cuanto tal.

Para el conductismo, el indicador de que se ha emitido y recibido adecuadamente la señal o signo es la conducta que se produce en los interlocutores, y se excluye la intervención de entidades mentales como mediadoras entre el signo y el significado. La conducta toma el lugar que el tomismo asigna a la entidad mental.

Como se ve, la diferencia entre ambas explicaciones radica en que una excluye las entidades mentales, mientras que la otra las mantiene como algo fundamental. Hemos dicho que la legitimación de las entidades mentales depende en muy buena medida de la legitimación metodológica de la introspección, por la cual se dice que tenemos acceso a ellas, esto es, la experiencia de ellas.¹² Esta experiencia interna o introspección supera la negación que de ella hace la psicología conductista a través del control que en laboratorios psicológicos se ha hecho de la introspección, no sólo como *introspección automática*, sino como *introspección sistemática* o dirigida por el técnico.¹³ Todo lo anterior nos ha hecho tocar el aspecto psicológico de esa causa eficiente del lenguaje que es el hombre. Veamos brevemente algunos puntos.

Psicología del lenguaje

La vastedad de la psicología del lenguaje nos obliga a atenernos únicamente a lo indispensable. Retomando las consideraciones anteriores, recuperemos el hilo conductor de la tesis tomista. Aristóteles y Santo Tomás elaboraron una psicología del lenguaje dispersa, que sería labor para un tratado el intentar sistematizarla. Esta psicología se basa en el modo como la realidad afecta las facultades cognoscitivas y emotivas del hombre. Tanto de manera genética (según que sea un proceso

¹² Cfr. M. Beuchot, "Microcosmos y psicología", en *Diálogos*, vol. XV, n.º 6 (1979), pp. 12-13.

¹³ Para no abundar excesivamente en esto, remitimos a nuestra defensa de la introspección contenida en M. Beuchot, "Semiótica y filosofía de la conciencia", en *Estudios* (ITAM, México), en prensa.

en el niño) como de manera estructural sincrónica (en cada acto semiótico), la psicología tomista puede explicar el dinamismo por el que surge la significación. Todo comienza en los sentidos externos, que estructuran los datos con cierta significación; de ahí se pasa a los sentidos internos (sentido común, imaginación, cogitativa) que les dan mayor estructuración significativa; hasta llegar al intelecto, que aporta el máximo de estructuración significativa; y aun incluye lo que añade la voluntad en cuanto emociones y afectos.¹⁴ A pesar de ser producto de todo el proceso, la palabra mental se ayuda de la imaginación, para expresarse: "El verbo mental se traduce en palabra externa mediante la representación imaginativa, que es el paso obligado para aquélla. Afirma Santo Tomás (basado en la experiencia) que nuestro entender implica siempre algún *decir*, o la producción de algún verbo mental. Éste necesita siempre del apoyo de alguna representación de la fantasía, y suele ir acompañado de la representación imaginativa ('verbo imaginado') de las correspondientes palabras orales o escritas."¹⁵ Y el lenguaje incluye los afectos y emociones, porque los recoge la palabra mental, introduciéndolos expresivamente en la palabra exterior: "La palabra manifiesta no solamente lo que está en el entendimiento [y en la realidad], mas también lo que está en la voluntad, porque la misma voluntad es también entendida."¹⁶

Psicológicamente, hemos de notar, en primer lugar, un hecho; en segundo lugar, un orden. De hecho, las palabras se refieren a las cosas, pero lo hacen a través de los conceptos o palabras mentales.¹⁷ De otra manera, significan inmediatamente los conceptos y mediatamente las cosas, según se ha insistido.

Por eso surge este orden: la palabra se ordena al concepto, y el concepto se ordena a la cosa. Las cosas se comparan a los conceptos como algo primero a algo segundo, pues los conceptos se ordenan a expresar las cosas. Y los conceptos se

¹⁴ Cfr. M. Beuchot, *Elementos de semiótica*, ed. cit., pp. 283-302.

¹⁵ M. F. Manzanedo, "La psicología tomista del lenguaje", en Varios, *Lenguajes y filosofía*, Madrid: CSIC, 1969, p. 284.

¹⁶ Sto. Tomás, *De Veritate*, q. 4, a. 3, ad 4.

¹⁷ Cfr. *iden*, *Summa Theologiae*, I, q. 13, a. 1, c.

comparan a las palabras como algo primero a algo segundo, pues las palabras se ordenan a expresar los conceptos. Esta relación de primero-a-segundo puede interpretarse también como relación de causa-a-efecto, si entendemos aquí la causalidad no como eficiente, sino como formal —en el sentido aristotélico de este tipo de causalidad— o, de otro modo, si entendemos la causalidad como causalidad lógica u ontológica en lugar de entenderla sólo como causalidad física. En este sentido que hemos establecido, las cosas poseen como efectos naturales (*i.e.* causan o dan la condición de posibilidad) a los conceptos, y los conceptos tienen a las palabras como efectos artificiales.

En resumen, las palabras se ordenan, en última instancia (terminalmente, definitivamente), para significar las cosas; pero lo hacen mediante los conceptos, a los que significan de manera inmediata.¹⁸ Así, la relación de la palabra con la cosa no es directa, sino indirecta, a través del concepto. Ciertamente, el significado intentado por la palabra es la cosa, pero lo consigue o alcanza por la mediación del concepto. Tal es la teoría del significado que —en pos de Aristóteles y su *Peri hermeneias*— sostuvieron los escolásticos, medievales y post-medievales.

¹⁸ De manera un tanto parecida, Frege —en la interpretación de Dummett— dice que los signos tienen referencia sólo *via* el sentido, *i.e.* el sentido es el mediador —como la idea para los escolásticos— entre el signo lingüístico y la cosa referida (*cfr.* M. Dummett, "Was Frege a Philosopher of Language?", en *Revue Internationale de Philosophie*, 33 (1979), pp. 792-793).

CAPÍTULO VI

LENGUAJE, DIALÉCTICA Y RETÓRICA EN FRAY LUIS DE GRANADA

La filosofía del lenguaje y la semántica de la persuasión

Desde Aristóteles se dividía el discurso en *logos apophantikós* y *logos semantikós*; el primero pertenecía de lleno a la lógica y el segundo era peculio de la retórica. Pero ambos estaban sumamente relacionados, ya que se concebía al hombre como un ser racional susceptible de ser persuadido, es decir, como alguien que estaba persuadido de ciertas creencias y al que se podía persuadir de otras creencias; todo ello conjuntaba la dialéctica (o lógica) y la retórica en una teoría de la argumentación. Por lo demás, entre los escolásticos, las técnicas de discusión eran especialmente cultivadas, y lo eran dentro de la perspectiva de las ciencias del lenguaje, de manera muy acorde con su concepción de la lógica como *scientia sermocinalis*, i.e. ciencia del discurso o del lenguaje.

En la escolástica post-medieval, por influencia del humanismo renacentista, hubo una revitalización de los estudios retóricos. Sólo que la escolástica insistió mucho más que el humanismo en la vinculación habida entre la retórica y la lógica. De esta manera, sus análisis lógicos del lenguaje encontraban una aplicación directa en la actividad discursiva, ya que la retórica era estudiada al trasluz de sus teorías semánticas y lógicas. Lejos de ver la retórica como una coerción meramente emotiva y afectiva, los escolásticos la consideraban como la conjunción del intelecto y el afecto, como la lógica de la emo-

ción, o, si se prefiere, como la semántica de la persuasión; para desarrollarla, resultaba indispensable el bagaje que procedía de la lógica y la filosofía del lenguaje. Sin llegar a la postura de algunos estudiosos actuales, como Henry Johnstone, para quien el único argumento válido para la disputa entre escuelas filosóficas es el argumento *ad hominem*, que es lógicamente indirecto y más bien persuasivo, los escolásticos —incorregibles promotores de la discusión entre escuelas— admitieron que nuestras transacciones humanas, tanto teóricas como prácticas, tienen un nada despreciable ingrediente de persuasión y de retórica —como será la tesis cara a Chaim Perelman—. Pues bien, dentro del ámbito escolástico la conducción hacia lo verosímil era vista como un camino de acercamiento hacia la verdad, y, puesto que tal era el objetivo de la retórica, sólo era alcanzable si tenía en su entraña lo más nuclear de la lógica.¹

Dentro de esta perspectiva se sitúa Fray Luis de Granada, gran orador y gran figura de la lengua castellana. Dada su formación intelectual de dominico, se inscribe en la filosofía escolástica, que estudia con profundidad y notable brillo en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, del que fue becario, y en el que cambió su nombre original, Luis Sarriá, por el de Fray Luis de Granada, por ser ésta la ciudad en la que había nacido, hacia 1504. En dicho colegio fue compañero del escolástico humanista Melchor Cano y del controvertido Bartolomé de Carranza. Realizó sus estudios escolásticos en Valladolid, no sin haber sentido la llamada —frecuente en esa época— hacia las Indias, idea a la que renunció, al igual que lo hizo San Juan de Ávila, su amigo entrañable.²

Fray Luis se dedica, tanto en España como en Portugal, a la oratoria y a las letras. Escribe, entre otros muchos, el libro *De la oración y la meditación*, así como la *Guía de pecadores*, clásicos del idioma que tuvo la pena de ver incluidos en el *Ca-*

¹ Cfr. La excelente obra de Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México: Porrúa, 1985; C. Vasoli, *La dialettica e la oratoria dell'Umanesimo*, "Invenzione" e "Metodo" nella cultura del XV e XVI secolo, Milán: Feltrinelli Editore, 1968, pp. 9-27, donde entronca Edad Media y Renacimiento en retórica.

² Cfr. R. L. Oechslin, *Louis de Grenade*, París: Le Rameau, 1954, *passim*.

tálogo de libros prohibidos del célebre Inquisidor Valdés. Pero también escribe numerosas obras de retórica y de oratoria sagrada: discursos, sermones, catálogos de recursos oratorios, como la *Collectanea moralis philosophiae* o *Sentencias de Plutarco*, las *Conciones de tempore*, las *Conciones de sanctis* y los *Seis libros de la Retórica eclesiástica* (obra escrita originalmente en latín y traducida muy posteriormente). Publicó muchas otras obras retóricas y literarias, y su gran apoteosis se dio cuando el mismo Papa Gregorio XIII le envía una carta felicitándolo por sus escritos, a lo cual responde Fray Luis dedicándole su *Sylva locorum communium*, que era un tesoro de recursos para los oradores. Poco tiempo después, con la pluma en la mano —cosa que resultaba por demás significativa—, Fray Luis muere en su celda del convento de Santo Domingo de Lisboa, en 1588.

De su estilo dice el crítico literario Jesús Martínez Ruiz, "Azorín", que es siempre actual y moderno: "...nos hallamos en presencia del *mínimum* de vocabulario y de artificios sintácticos, unido al *máximum* de energía y de inspiración. Y ésa es la suprema novedad en Fray Luis; como era su vida es su estilo: sobrio, claro y preciso. La prosa de quien así escriba no podrá ser nunca anticuada. . ." ³

La obra que más ha sido apreciada de Fray Luis para la retórica es su libro de la oratoria sacra. De su *Retórica eclesiástica* dice el mismo "Azorín" estas palabras de encomio: "Es moderno, profundamente moderno, este tratado de Granada, porque en él se plantea, reiteradamente, el problema que andando los siglos había de plantear —o volver a plantear: el problema es eterno— el Romanticismo. Plantea el problema de la tradición y del objetivismo: de la intuición y del intelectualismo; es decir, el problema de las reglas. ¿Qué debe ser el arte: intuición o reflexión? ¿Seremos intuitivos o intelectuales? ¿Es el instinto o la razón quien crea la belleza? La razón, la tradición, las normas, las reglas, ¿no serán un obstáculo para el libre desenvolvimiento de la inspiración?" ⁴ En dicha

³ Azorín, *Los dos Luises* (1920), Buenos Aires: Ediciones Espasa-Calpe, 1944, p. 28.

⁴ *Idem*, *De Granada a Castelar* (1922), Buenos Aires: Ediciones Espasa-Calpe, 1944, p. 29.

obra, Fray Luis trata de conjuntar el aprecio por las reglas de la disciplina y la libre inspiración; según él, se puede conjugar la lógica o dialéctica —i.e. la lógica *tópica* de Aristóteles, concernida con la argumentación probable y viva— con la persuasión afectiva y emotiva, i.e. la que conoce “las otras razones”.

La retórica como discurso enriquecido

Para tener un panorama general de los temas que trata, ofreceremos en primer lugar un resumen y esbozo de toda la *Retórica eclesiástica* de Fray Luis, y después nos centraremos en los tópicos que resultan ser los más relevantes y principales. Así tendremos el contexto total dentro del que se colocan las partes que destacaremos, y con las cuales tendremos una aceptable idea de la retórica de Fray Luis.⁵

La obra de Fray Luis sobre la retórica eclesiástica o de la manera de predicar consta de seis libros. En el primer libro habla acerca de la predicación y del predicador en general. El segundo libro contiene las nociones cardinales del arte retórica, tanto de lo que toca a la argumentación como a la conmoción o amplificación de los afectos. El tercero trata más bien del lado afectivo, y del medio que se usa para tocar los sentimientos, a saber, no la argumentación sino la amplificación. En el cuarto se detallan las partes del sermón y las distintas clases de sermones. El quinto está dedicado a la elocución, que es la parte primordial del discurso o sermón. Y el sexto versa sobre la acción o pronunciación del sermón, y añade varias ayudas o recursos para predicar. Hablaremos brevemente de cada libro, antes de ocuparnos solamente del segundo, en el que se encuentran los elementos principales de su teoría retórica, y que veremos ampliamente por separado.

De esta manera, el libro primero está dedicado a las generalidades introductorias al arte oratoria. Se trata ahí del origen del arte de la retórica, que es la posibilidad de persuadir con la elegancia de la dicción además de convencer con los argumen-

⁵ Sobre la concepción general de la retórica, cfr. Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Retórica e filosofía*, Bari: Laterza, 1979.

tos. También se traen a colación la utilidad y la necesidad de la retórica, en cuanto ayuda a los fines de la comunicación humana, o, por lo menos, a la transmisión eficaz de un mensaje. En ello se conjuntan la argumentación y la amplificación de afectos, pues Fray Luis insiste en que la retórica no es de ninguna manera pura charlatanería ni chantaje afectivo, sino que tiene un fuerte ingrediente de lógica o dialéctica. Se trata también del oficio del predicador y de la dignidad que comporta. De acuerdo con esa dignidad, se destaca su dificultad, y relativamente a tal dificultad surgen las características que debe reunir el predicador. Entre esas cualidades están la rectitud de intención, la bondad de costumbres, la caridad, el estudio, la oración y la meditación. Estas virtudes o bien preparan, o bien avalan con el testimonio, la predicación del orador sagrado.

Podemos decir que el libro segundo es la parte medular del tratado de Fray Luis. Contiene los elementos fundamentales de la retórica sacra, tanto por lo que hace a la argumentación como por lo que toca a la persuasión mediante la ornamentación del discurso y la excitación de las emociones. Comienza hablando de la definición de la retórica, su objeto o materia, su oficio o fin, así como sus partes. La compara con la dialéctica, para que no se confunda con ella, ya que, como se sabe, está muy conectada con ella; toca las partes de la oración o sermón y divide el orden de cuestiones que se presentan en torno al discurso. Pasa a los tópicos retóricos, que son los lugares argumentativos de la oratoria, a semejanza de los tópicos o lugares argumentativos de la dialéctica. Añade asimismo consideraciones sobre la conmoción de los afectos y el ornato de la oración.

Los afectos son tratados de manera más cumplida en el libro tercero. Se estudian los afectos en general y en particular, añadiéndose la manera de conmoverlos mediante la amplificación. Sobre la amplificación —que es la contrapartida y el complemento de la argumentación en la retórica— se dice de dónde puede tomarse, por ejemplo de las partes, los antecedentes, concomitantes y consiguientes (o adjuntos) de una cosa o suceso. Se tratan los modos de amplificar expuestos por Quintiliano y se explican las descripciones de cosas y personas,

además del razonamiento fingido, la confirmación y las figuras de la elocución, que sirven justamente para conmover los afectos.

Para tener un esquema o una clasificación de los principales tipos de sermones, hay que acudir al libro cuarto. Primero se habla en general de las seis partes de la oración, discurso o sermón (exordio, narración, proposición y partición, confirmación, confutación, y conclusión o peroración). Después se pasa a enlistar cinco géneros principales de oración: género suasorio (que intenta persuadir), género demostrativo (que se usa en las fiestas de los santos), género expositivo (para explicar el evangelio), género mixto y género didascálico (o magisterial).

La elocución, que es el elemento principal de la oración o sermón, viene a tratarse en el libro quinto. Explica las cualidades de la elocución según Fabio o Quintiliano. Pasa en seguida a detallar sus virtudes, que son: ser castiza, ser clara y ser adornada. En cuanto al adorno, trata del que tiene de suyo cada palabra, y de los tropos —o figuras literarias—. Entre las figuras destaca la semejanza de palabras y la oposición. Dejando las figuras de dicción, luego se aboca a las figuras de pensamiento. Entre ellas pone de relieve las que pertenecen a la instrucción y las que tienen fuerza y acrimonia. Habla también sobre el uso de las figuras y del modo de aplicarlas a diversas materias. Trata asimismo del género sublime o magnífico. Y termina aludiendo a los vicios que se oponen a la elocución y al adorno.

El libro sexto aborda el tema de la ejecución misma o pronunciación de los discursos, con las demás ayudas y recursos para el bien predicar. Establece el objetivo o fin de la buena pronunciación; enuncia las cuatro virtudes principales de la pronunciación, que son la corrección, la claridad, el ornato y la adecuación o el *aptum*. Explica los modos de pronunciación que competen a las tres partes primordiales del sermón, a saber, la exposición, la argumentación y la amplificación. Habla además de los gestos y movimientos del cuerpo, señalando los vicios en que puede incurrirse respecto a ellos. Y termina puntualizando algunas cosas que atañen a la moderación, afecto, ayudas, ornamentaciones y buen ánimo que

deben caracterizar al orador sagrado, y cómo puede prepararse bien para su sermón.

Los elementos de la retórica

Para el efecto de recoger los puntos más importantes de la doctrina de Fray Luis sobre la retórica sacra, nos centraremos en el libro segundo, que precisamente contiene los elementos nucleares del arte oratorio.

Siguiendo un orden lógico, Fray Luis trata en el primer capítulo acerca de qué es la retórica, cuál es su materia u objeto, cuál es su función y su fin o su objetivo, y cuáles son sus partes. Es decir, delimita el ámbito de la retórica, estableciendo su definición, y efectúa su división, las cuales son los modos primeros de conocer una cosa. Comienza declarando el significado de la palabra “retórica”, ya que muchas veces la significación etimológica del nombre no coincide con el significado que le viene por el uso. Y así ocurre en nuestro caso con la retórica, pues, aunque de suyo significa la parte de la elocuencia que contiene las reglas de esta disciplina, aquí será tomada —de acuerdo al uso más común— como la elocuencia misma, que es “aquella habilidad de explicarse con prudencia, con claridad, con abundancia y con armonía” (506a).⁶ En cuanto al carácter de disciplina o en cuanto al estatuto cognoscitivo de la retórica, Fray Luis dice que es arte y ciencia. Y en esto no debemos ver una contradicción, ya que, al igual que la lógica o dialéctica, puede muy bien ser ambas cosas sin incurrir en incongruencia. Pues una disciplina es ciencia en cuanto tiene principios a partir de los cuales obtiene conclusiones y las explica, y es arte en la medida en que posee reglas que pueden aplicarse en el ejercicio de una profesión. Y ambas cosas se cumplen en la retórica: tiene principios, por lo cual es ciencia, y aporta reglas de aplicación,

⁶ Se citará la trad. castellana de *Los seis libros de la Retórica eclesiástica* de Fray Luis de Granada, publicada en el III : tomo de sus Obras, editadas por la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1945, vol. 11, pp. 488 ss.

por lo cual es también un arte. Por eso, aun cuando frecuentemente se le llama “arte retórica”, tiene su aspecto de ciencia.

El objeto o la materia del arte es aquello sobre lo que versa. Y algunos han adjudicado a la retórica un dominio más vasto y otros uno más restringido. Por ejemplo, Gorgias el sofista, que era un notable orador, pensó que la retórica puede hablar de todas las materias, con lo cual resultaba un objeto inmenso e infinito. En cambio, más centrado, Aristóteles juzgó que se aplicaba a tres géneros de asuntos: el demostrativo, el deliberativo y el judicial. El demostrativo se refiere a la alabanza o al vituperio de alguna persona; el deliberativo es el que conduce a una resolución en una consulta civil, y el judicial es el que ejerce en un juicio acusación y defensa o pedimiento y recusación. La verdad de la sentencia aristotélica es respaldada por Cicerón, y Fray Luis la acepta, pero añadiendo la salvedad de que ha de entenderse que una parte de la retórica, a saber, la elocución —de la que toma su nombre la elocuencia— abarca todas las facultades, pues los médicos, matemáticos, teólogos, etcétera, que sean instruidos en las reglas de la elocución, pueden hablar de su materia con mucha elocuencia.

Y, a pesar de que el género judicial fue el que dio origen a la retórica, pues fue el que más practicaron los griegos, dado que se trata aquí de oratoria sagrada, será excluido por Fray Luis. Se centrará en los otros dos, a saber, el demostrativo y el deliberativo o suasorio; pues el primero sirve para proclamar las alabanzas de los santos y el segundo para persuadir de que se practique la virtud, cosas ambas que competen al predicador cristiano.

El oficio o la función de este arte es hablar convenientemente para persuadir, y el fin de la misma es persuadir efectivamente con la fuerza de la elocución. Estar de acuerdo con este fin es lo que tiene que hacer el orador. Pues, para lograr la persuasión es necesario que enseñe, que incline y que deleite. El dialéctico o lógico podrá contentarse con lo primero; pero el orador debe alcanzar lo segundo y lo tercero. Y, justamente, Fray Luis trae a colación las razones por las que Rodolfo Agrícola prueba que persuadir es más difícil que enseñar, ya que no se trata sólo de la argumentación, sino de aludir a los afectos y transformar el ánimo. También conforme al fin

surgen las cualidades que debe reunir el orador, a saber, invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación. Veámoslo por partes. La invención consiste en saber encontrar cosas verdaderas o verosímiles con las cuales se llega a persuadir de lo que se propone. La disposición es la habilidad para dar un orden dentro de las parte del discurso a las ideas halladas por la *inventio*. La elocución es el buen acomodamiento de las palabras en los enunciados que expresan las cosas inventadas o encontradas que se han de disponer. La memoria es la capacidad retentiva de esos contenidos. La pronunciación es la moderación de la voz y de los gestos con decoro y con gracia, de modo que contribuyan a lograr la convicción. Esto puede conseguirse de tres maneras, con arte, imitación y ejercicio. En efecto, el arte nos da reglas para encontrar el medio y la razón del bien hablar; la imitación nos hace procurar asemejarnos a quienes hablan bien, y el ejercicio es la continua práctica de hablar intentando la corrección.

Como dijo Cicerón, el arte ayuda más que la naturaleza, pues quienes siguen los preceptos del arte y se ejercitan en ellos avanzan más que los que solamente se atienen a sus buenas dotes oratorias. Por otra parte, las reglas del arte oratorio no bastarían, sin el concurso de la propia naturaleza, para conferir la buena dicción; además, se requiere conjuntar la imitación y el ejercicio.

Fray Luis trata un tema importante: en qué coincide la retórica con la dialéctica y en qué se distingue de ella. Es importante porque la retórica forma parte de la dialéctica, y está contenida en ella como en una ciencia superior; y, dado este parentesco, pueden confundirse. Ambas tienen como fin hacer creer lo dudoso mediante la argumentación. Pero tratan de cuestiones distintas, se dirigen a distintos oyentes y usan distinta manera de hablar, ya que la dialéctica tiene que convencer de cosas especulativas, mientras que la retórica (especialmente la eclesiástica) trata más a menudo de cosas prácticas. En efecto, esta última persuade o disuade de hacer ciertas cosas: inclina a la virtud y aparta del vicio. Asimismo, el público del dialéctico es más docto y dado a los conceptos; en cambio, el del retórico es más popular y dado a los afectos. “Porque la ruda y necia muchedumbre ha de ganarse con largas oraciones —dice

Fray Luis—; pues para que ella no sólo sepa y entienda, sino que haga lo que queremos, importa aterrarla y conmoverla, no solamente con silogismos, sino también con afectos y con un gran golpe de elocuencia, la cual pide, no un razonamiento breve y angosto, sino acre, vehemente y copioso” (507b). Lo cual no excluye de ninguna manera la argumentación y la prueba por parte del retórico, sino que debe aportarlas donde sea conveniente. Además, como nadie se mueve a hacer lo que oye de mala gana, a la fuerza del discurso el orador tiene que añadir la dulzura y la elegancia de la dicción.

De modo que, en la concepción de Fray Luis —y siguiendo en esto toda una tradición que se remonta a Platón y Aristóteles—, la retórica es distinta de la dialéctica o lógica, pero no totalmente ajena. Antes bien, la retórica es —si así puede decirse— un discurso dialéctico bien ornamentado y dispuesto para convencer. El mismo Fray Luis fue muy duro con los que reducían la retórica a charlatanería y hueros discursos viscerales.⁷

El discurso: argumentación y amplificación

Según Fray Luis, todo discurso puede ser de tres maneras (o contener una de ellas, o dos de ellas, o aun las tres), a saber, exposición, argumentación y amplificación. Con la exposición se declara o narra de manera sencilla lo que se intenta; con la argumentación se prueba o hace creíble algo dudoso, y con la amplificación se extiende el discurso para manifestar la excelencia de una cosa, “concitar el ánimo del oyente a ira, compasión, tristeza, odio, amor, esperanza, miedo, admiración, o a cualquiera otro afecto ” (508b). Puesto que son los tres modos de los sermones, habrá que explicarlos para dotar de elementos al orador, elementos con los que pueda disponer y estructurar diversas clases de sermones. Ya que el modo de

⁷ Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *La nouvelle rhétorique. Traité de l'argumentation*, París: PUF, 1958, t. I, p. 1; Ch. Perelman, “Logica e retorica”, en E. Agazzi y C. Cellucci (comps.), *Logiche Moderne*, Roma: Instituto della Enciclopedia Italiana, 1981, p. 437.

argumentar es el principal, y de él se nutre el modo de amplificar, se tratará primeramente de estos dos, a saber, de la argumentación y de la amplificación.

Ahora bien, ya que la argumentación tiende a resolver cuestiones, conviene detallar los modos en que una cuestión puede disputarse, esto es, hay que dividir en sus clases la cuestión. Responde Fray Luis, “dos son, pues, los géneros de cuestiones, uno indefinido o indeterminado, que se llama *thesis*, y en latín *propositum*: otro definido o determinado que se llama en griego *hypothesis*, en latín *causa* o *controversia*. La tesis inquierde de las cosas en general, sin designar personas, tiempos ni lugares; pero la hipótesis, de las cosas en particular, que se contienen en las personas, tiempos y lugares. Tesis es: ‘si se debe casar un hombre’. Hipótesis: ‘si se debe casar un filósofo, o un viejo, si en este tiempo, si en aquel lugar, si en aquellas costumbres: si ha de ser con forastera, si sin dote, si con vieja, si con moza, si Pompeyo con Julia’. Llaman *circunstancias* a aquellas con que se vuelve definida la cuestión, como son: persona, cosa, causa, tiempo, lugar y modo” (509a).

De acuerdo con la naturaleza de los dos tipos de cuestiones, se requiere para cada uno de ellos una fuente distinta de invención. Para las tesis se sacan los argumentos de los lugares dialécticos que en griego se llaman *tópicos*, y, para las hipótesis, de los lugares referidos a las circunstancias, tanto de cosas como de personas. Y es que, aun cuando los argumentos nacidos de las circunstancias se reducen en definitiva a los que surgen de los tópicos, éstos son tantos y tan particulares, que debieron desgajarse y separarse del tratamiento de los tópicos dialécticos. Una consecuencia de estas consideraciones es que resulta conveniente al orador reducir la cuestión definida a la indefinida, por ejemplo, “si debe aprenderse la filosofía de Aristóteles” puede empezarse a responderse más fácilmente si se reduce a la cuestión indefinida o hipótesis “si se debe aprender la filosofía”; de ahí podrá aplicarse a la conveniencia de aprender la filosofía aristotélica en particular. También, unas cuestiones miran a producir ciencia, y otras acción. En las primeras o especulativas, es suficiente declarar la esencia de la cosa, o probarla, si es dudosa; mientras que en las segundas, o prácticas, además de la instrucción se re-

quiere mover los ánimos, lo cual exige mayor fuerza y tino en la dicción. Ya que se pueden reducir las cuestiones definidas a las indefinidas, conviene comenzar a hablar de éstas. Más adelante se tratará acerca de las amplificaciones, que son los modos de mover el ánimo, y que quedan pendientes. Y es que, antes de la amplificación, dijimos que estaba ese otro elemento primordial de la retórica que es la argumentación.

La argumentación: los tópicos retóricos

En cuanto a los lugares argumentativos o tópicos, relativos a la cuestión indefinida, Fray Luis muestra que tiene una idea de la retórica no reductible a perorata sensiblera, a mera sensiblería, sino bien arraigada en el raciocinio dialéctico.⁸ Consciente de las diferencias que tiene la retórica con respecto de la dialéctica, Fray Luis sabe relacionarlas bien respecto a esa materia tan propia de la dialéctica que es la argumentación —ya hemos dicho claramente que la dialéctica comparte la argumentación con la retórica, pues esta última no es un mero juego emocional—.

Pues bien, los lugares argumentativos van disponiéndose según surgen de las cosas. Y a las cosas los predicados pueden convenirles intrínseca o extrínsecamente. Por ejemplo, intrínsecamente les pertenecen el género, la especie, la diferencia, la definición, las propiedades, los accidentes, las partes, el todo, las causas y los efectos. Estos atributos, llamados también adyacentes o adjuntos, se dividen en tres tiempos: antecedentes, concomitantes y consiguientes. Unos se adjuntan a las cosas de manera necesaria, otros de manera no necesaria, o como accidentes. En cambio, los predicados extrínsecos nunca tienen necesidad, y así convienen a las cosas los seme-

⁸ Sobre esto, es muy de atender lo que dice un manual moderno bastante extendido en ciertos círculos, a saber, D. Sertillanges, *El orador cristiano*, Madrid-Buenos Aires: Eds. Studium, 1954, p. 156: "...será preciso volver a ella [a la lógica o dialéctica]; reflexionar sobre sus reglas, a propósito de sus aplicaciones, insistir más especialmente todavía sobre los sofismas y sus inclinaciones habituales hacia el error". Nótese la importancia que se da al conocimiento de los sofismas o falacias lógicas para su adecuada disolución.

jantes, los desemejantes, los mayores, los menores, los iguales, los ejemplos, los testimonios y los oráculos que hubo sobre alguna cosa. Explica Fray Luis: "A estos atributos pues de todas las cosas llamaron *lugares*, tanto los dialécticos como los retóricos; por sacarse de ellos como de sus lugares y como de sus almacenes todos los argumentos, ya sea para probar, ya sea para amplificar; de los cuales Aristóteles, Cicerón, Boecio y otros muchos insignes escritores, y en estos tiempos Rodolfo Agrícola, escribieron difusamente" (509b-510a).

La primera división de los lugares es en artificiales e inartificiales (esto es, sin arte). A los artificiales pertenecen los que hemos mencionado, porque de ellos se sacan argumentos que dependen de la destreza y arte del orador; los inartificiales —llamados así porque de ellos se sacan argumentos que no dependen del ingenio del orador, sino que se toman de otra parte para comprobación de algo— son las autoridades o testimonios, tanto divinos como humanos, y los ejemplos, que son dichos o hechos insignes. Fray Luis añade: "La suma de este arte es, que quien ha de probar o impugnar alguna proposición o verdadera o falsa, averigüe cuidadosamente todo lo que conviene al sujeto y predicado, como llaman los dialécticos, de tal proposición: esto es, toda la genealogía, digámoslo así, de una y otra voz, es a saber: el género, la especie, la definición, y lo demás que arriba insinuamos; porque de todos éstos, como lugares, se sacan los argumentos. Pues cuando se prueba que alguna cosa conviene al sujeto y predicado con debida colocación de términos, no hay duda de que verdaderamente se afirma lo uno de lo otro; siendo cierto que las cosas que convienen en un tercero, es fuerza que también convengan entre sí; y, al contrario, si discuerdan, forzosamente han de discordar entre sí" (510a). En esto vemos que Fray Luis asienta uno de los principios máximos de la argumentación.

Además de los lugares argumentativos que surgen de los nombres de las cosas que se tratan, puestas como sujeto y predicado, otro lugar del que surgen argumentos es el del género de la cosa, y otro más es el de los contrarios de la misma. El lugar por los géneros se corresponde con aquella regla tópica que dice: lo que es verdadero del género o superior, es también verdadero del inferior, sea especie o individuo. O

también: lo que se dice del predicado se dice del sujeto. Los contrarios también apoyan los argumentos, en el sentido de que lo que vale para un contrario se opone al otro contrario. Por ejemplo, se puede excitar la paciencia recalcando los males que trae consigo la impaciencia.

Pero esta utilización de los tópicos (por el género, por las partes, por los contrarios, etcétera) exige un adecuado conocimiento de la materia que se trata. En efecto, los tópicos nos enseñan cómo manejar los atributos de una cosa, pero sólo podemos obtener tales atributos si los tomamos de la facultad que versa sobre esa materia.⁹ Así, el orador sagrado debe estar instruido en la teología, tanto sistemática como moral. Debe elegir bien los libros que lo instruyan, anotar las cosas utilizables, imitar lo que es bueno y ejercitarse en ello.

Además de los lugares comunes que hemos mencionado, otras sedes de argumentos para el orador son los tópicos particulares de las circunstancias, tanto de cosas como de personas. Así como las tesis eran cuestiones indefinidas por constar de nombres comunes, las cuestiones definidas o hipótesis constan de nombres propios y singulares, y están dentro de las circunstancias de cosas o personas. Por ejemplo, predicar del adulterio es un lugar común, y predicar del adulterio de David es un lugar circunstanciado; lo primero es una tesis, lo segundo una hipótesis.

A las personas corresponden once circunstancias: nombre, naturaleza, crianza, fortuna, hábito, afecciones, estudios, consejos, hechos, casos, oraciones. A las cosas y negocios corresponden siete atributos o circunstancias: cosa, causa, lugar, tiempo, ocasión, modo, facultades o instrumentos. En la causa se abarca tanto la eficiente como la final. El modo abarca el cómo del suceso, y, especialmente, sus partes son la prudencia y la imprudencia (con que se intervino en el suceso). La facultad es aquello con lo que se hace la cosa, por eso en ella entran los instrumentos. Se resumen en estas preguntas: quién,

⁹ Cfr. L. Apostel, "Assertion Logic and Theory of Argumentation", en *Philosophy and Rhetoric*, 4 (1971), pp. 92-110; N. Rescher, *Dialectics. A Controversy-Oriented Approach to the Theory of Knowledge*, Albany: State University of New York Press, 1977, capítulo I.

qué, por qué, cuándo, dónde, cómo. Las circunstancias amplifican o disminuyen las cosas. “Mas aunque los argumentos para tratar las cuestiones —señala Fray Luis—, que dijimos llamarse hipótesis, se saquen de estos lugares de las circunstancias que ahora hemos referido; con todo, ha de procurarse como advertimos al principio, reducir la hipótesis a la tesis, esto es, la cuestión singular a la común, que de ordinario suele ocupar la primera parte de la oración. Porque los filósofos estilan descender de lo más a lo menos común, y del género a la especie” (515b). Como, si alguien quiere predicar el ingreso a una determinada orden religiosa, puede hablar de la vida religiosa en común y persuadir de su conveniencia. También se puede hacer, cuando el caso lo aconseje, el proceso inverso, a saber, pasar de lo común a las circunstancias.

Las formas de los argumentos

Fray Luis aplica la diada materia-forma a esta parte de la retórica que es el argumentar. El argumento es la materia y la argumentación es la forma, porque el primero es una invención que prueba una cosa dudosa, mientras que la argumentación es la formulación adecuada del argumento por medio del discurso. Pasará, de esta manera, Fray Luis a exponer las formas de los argumentos, ya que el argumentar pertenece a esta parte de la retórica que es la elocución.

Primero divide la argumentación en inducción y deducción. Define la inducción, siguiendo a Cicerón, como un lograr el asentimiento de algo dudoso por fuerza de la semejanza que tiene con algo que ya había aceptado. Fray Luis aduce esta muestra: “De este mismo modo argüimos cuando juntamos muchos ejemplos que prueban lo mismo. Así Matatías, padre de los Macabeos, cercano a la muerte, animó a sus hijos a defender la religión y justicia, proponiéndoles los ejemplos de Abraham, Josef, Fines, Josué, Caleb, David, Ananías, Azarías, Misael y Daniel. Y añadió al fin: ‘Y así id corriendo de generación en generación, y hallaréis, que en ninguno de los que esperaron en Dios, se frustró la esperanza’ [I Macab. 2]” (516b).

La otra parte del argumentar, junto con la inducción, es la deducción, a la que también suele llamarse raciocinación o silogismo. La silogística es tratada más directamente por la lógica; pero a Fray Luis le parece que es medular para la retórica, porque lo mejor es adaptar lo verdadero a lo que persuade, y la lógica ayuda a alcanzar lo verdadero, así como la retórica ayuda a persuadir. El silogismo consta de tres enunciados: proposición, asunción y conclusión. Las dos primeras se llaman también premisas “mayor” y “menor”, las cuales constituyen el antecedente, mientras que la conclusión constituye el consecuente.¹⁰ A veces se añaden pruebas a la proposición y la asunción, y a veces también se cambia el orden en que deberían aparecer, para dar un mayor efecto y elegancia. E incluso pueden hacerse disgresiones a propósito de algunos de esos enunciados. En ese caso es factible usar lugares comunes sobre los temas propuestos, y exponerlos antes o después de la conclusión. Pero Fray Luis añade una caución: “También se ha de poner cuidado en que no siempre siga el predicador aquella exacta formalidad de los dialécticos, que suelen usar en las disputas. Porque la argumentación popular requiere otro hábito y figura de hablar” (517b). Y es que, efectivamente, la discusión escolástica estaba muy reglamentada y había técnicas formales —como la que se exponía en el tratado de las *obligaciones*, que era el tratado de la disputa— muy exigentes y sofisticadas.¹¹ Asimismo, algunas veces se puede omitir alguna de las partes silogísticas que hemos mencionado, y emplear lo que en lógica se llama “entimema”, a saber, un silogismo trunco o abreviado, o también el que consta de una sola proposición, y que se llama “epiquerema”.

Otro tipo de argumento es el *dilema*, en latín *complexio*.

¹⁰ En cuanto a la utilización del silogismo en la retórica, ha habido problemas y discrepancias. Chaim Perelman pone en duda la atingencia de la forma argumentativa silogística en el seno de la argumentación retórica. Lo hace basándose en su interpretación de Aristóteles. Pero le oponen otra interpretación distinta y le ofrecen respuestas muy considerables G. Bouchard y R. Valois, “(Nouvelle) rhétorique et syllogisme”, en *Laval théologique et philosophique*, 39 (1983), pp. 127-150.

¹¹ Cfr. I. Angelelli, “The Techniques of Disputation in the History of Logic”, en *The Journal of Philosophy*, 67 (1970), pp. 800-815, donde se presenta la teoría de las *obligaciones*, que regimentaba la disputa dialéctica.

Presenta dos alternativas, y cualquiera que se conceda, lleva al intento del que lo propone. “Díjose dilema, porque así aprieta y fuerza por los dos lados, que, o por el uno o por el otro, coge al contrario. Por cuyo motivo se llama también silogismo cornudo. Porque de tal suerte se disponen en él las astas de la argumentación, que quien de la una se libra cae en la otra. Cicerón la llama *complexio*. Si ella es verdadera, nunca es reprehendida; si falsa, se desvanecerá de dos modos, o por conversión, o por depresión de una parte” (517b). De este modo Fray Luis pondera la fuerza del dilema —llamado “cornuto” por San Jerónimo—; sólo se escapa de él retorciéndolo al adversario o rompiendo uno de los “cuernos”. Por ejemplo, Varrón dice que, si aprenden la lengua griega, leerán las obras griegas antes que las suyas latinas y si no la aprenden, no se preocuparán por leer lo que puede hacerse sin griego (y por ello no leerán las suyas en latín). Pero Cicerón le responde: “Antes bien, leerán los escritos latinos, los que no podrán los griegos; y los que podrán leer los griegos, no despreciarán los suyos [*Acad. quaest. lib. 1*]” (518a).

Otro tipo de argumento es el *sorites*, llamado así porque en griego esa palabra significa “montón”, y es que se trata de varios argumentos amontonados. Y también se llama en latín “*de primo ad ultimum*”, porque encadena varios silogismos. Fray Luis cita un ejemplo de Cicerón: “Porque lo que es bueno, sea lo que fuere, debe apetecerse; lo que debe apetecerse, debe ciertamente aprobarse; lo que debe aprobarse, debe ser agradable y acepto; luego también ha de atribuírsele dignidad: bueno es pues todo lo que es loable. De lo que se sigue, que solamente es bueno lo que es honesto.”¹²

Un tipo distinto de argumento es la enumeración o expedición, en la que, habiéndose acumulado muchas cosas, se quita la fuerza a todas menos a una, la cual queda confirmada.

Otro tipo es la sujeción, que corresponde a la enumeración, y puede hacerse con más elegancia. Consiste —según Cornificio—¹³ en acumular las cosas que se pueden decir contra nosotros, y luego añadir lo que conviene que se diga.

Finalmente, se da el tipo de argumento llamado *colección*.

¹² Cicerón, *Tusculanae quaestiones*, lib. 5.

¹³ Cornificio, *Rhetorica Haerenniana*.

Tiene cinco partes: proposición, razón, confirmación de la razón, adorno y complexión o conclusión. Naturalmente, lo que es más propio de la retórica en este argumento, a diferencia de la dialéctica, es la confirmación y el adorno. De ambos nos habla Fray Luis.

Sobre la confirmación, Fray Luis nos dice: “La confirmación pues con que guarneecemos y fortificamos a la razón, suele tomarse especialmente de los lugares externos, que los dialécticos llaman extrínsecos. Porque como los dialécticos establezcan tres géneros de lugares: internos, que se traen de la esencia y substancia de la cosa; externos, que se toman de otra parte, fuera de la cosa; y medios, que parte están en la cosa y parte fuera de ella; las razones con más frecuencia se toman de los lugares internos y medios; pero las confirmaciones principalmente se sacan de los externos: es a saber, de los semejantes, desemejantes, repugnantes, ejemplos, y de varios testimonios y autoridades de escritores” (519a). Es típico el lugar o tópico *ab auctoritate*, el cual se maneja con base en mucha lectura y erudición.

El ornato como propio de la retórica: los afectos y el acomodo

En cuanto al adorno, en latín *expolitio*, es lo que manifiesta el ingenio, habilidad y arte del orador. Es lo más propio de la elocuencia o la retórica, y no tanto de la dialéctica o lógica. Consiste en una energía oculta que tiene el discurso por la ampliación que se le da. Fray Luis pone un ejemplo de San Bernardo, quien, hablando de San Víctor, dice: “Gozáos, vuelvo a decir, porque quitado a los ojos mortales, se acercó a Dios para que muchos más se salven por su mediación”. Tal es la breve proposición, a la que añade el siguiente ornato, que la amplía: “Fue visto en la tierra, para que sirviese de ejemplo: fue elevado al cielo, para que sirva de patrocinio. Aquí instruyó para la vida; allá convida para la gloria. Hácese medianero para el reino, el que fue incitador para la obra.”¹⁴ (S. Bernardo, *Sermo de S. Victore*).

Y en todo hay que buscar una medida prudente. Pues hay

¹⁴ S. Bernardo, *Sermo de S. Victore*.

algunos que son áridos, como los dialécticos, que disputan entre doctos, y la oratoria debe ir al pueblo; pero otros amplifican demasiado, con más ostentación que provecho.

El orador añade al dialéctico la confirmación y el ornato; pero el predicador añade al orador los afectos y el acomodo o descenso a cada cosa de por sí. En esto radica lo propio y específico de la oratoria sagrada. Pues el predicador no sólo intenta instruir, sino mover el ánimo de los oyentes. Además, el orador muchas veces tiene respuesta y diálogo por parte de quienes lo escuchan, mientras que el predicador del tiempo de Fray Luis no tiene —como ha sucedido posteriormente— lo que podría llamarse una “homilía dialogada”. Finalmente, la oratoria cristiana en el tiempo de Fray Luis, dado su contexto socio-cultural, y el estilo vigente, exigía una gran atención al movimiento afectivo de los ánimos.

Veamos, pues, cómo trata Fray Luis los afectos en la oratoria. Los afectos —nos dice— son de dos clases: suaves y acres, y conviene motivar el que corresponde a la naturaleza del asunto tratado. Nos presenta, después, los siguientes ejemplos: “Habiendo referido María, hermana de Moisés, aquel señalado prodigio en que los mares abiertos dieron seguro camino al pueblo de Dios que salía de Egipto, se mueve así con piadoso afecto hacia Dios [Éxod. 15]: ‘¿Quién, Señor, entre los fuertes es semejante a ti? ¿Quién es semejante a ti? Grande en la santidad, terrible y loable, y obrador de maravillas’. Mas esto pertenece a los afectos más suaves. Con más vehemencia levanta el estilo Habacuc, profeta, cuando acuerda este milagro, porque después de haber dicho [Habac. 3]: ‘Hiciste camino en el mar a tus caballos en el lodo de muchas aguas’, exclama al punto: ‘Oí, y mi vientre fue trastornado: de la voz temblaron mis labios’. Con cuyas palabras explicó el gran miedo de su alma, y la gran admiración y pasmo de cosa tan grande” (521a). Han de moverse, pues, los afectos mediante la ampliación —como explica Quintiliano—, y, sobre todo —añade Fray Luis—, para alejar del pecado y acercar a la virtud, cual es el fin y oficio del predicador u orador sagrado.

Además de los afectos —según nos ha dicho ya Fray Luis—, el otro elemento que es propio del predicador es el acomodamiento o descenso a las cosas particulares. Esto se cumple

particularmente en el orador sagrado, porque tiene que descender a las acciones concretas, correspondientes a las virtudes que ha de ensalzar y a los vicios que ha de condenar. Fray Luis insiste en que éste es propia y justamente el oficio del predicador, por lo que éste debe manejar bien la acomodación de cosas generales a cosas particulares, para llevar a la gente sencilla a que haga el bien.¹⁵

Las formas del ornato

Pasa después Fray Luis a hablar de los adornos de la elocución, entre los que se cuentan las sentencias y epifonemas. Los trata primero, en este lugar, porque están muy conectados con la invención, y porque suelen integrarse a la argumentación. Aquí aparece otra diferencia entre el orador y el predicador, pues el primero recurre poco a ellas, mientras que el segundo tiene que aprovecharlas más, aunque con moderación. Pues no trata tanto de defender causas en un juzgado o en una tribuna como de reformar costumbres.

Fray Luis define la *sentencia* como “una oración tomada de la vida, la cual manifiesta brevemente lo que hay o lo que conviene haber en la vida” (525a). Por ejemplo: “Debe escogerse la mejor regla de vivir: la costumbre la volverá agradable”. A veces se añade alguna razón de ello, cuando el caso lo requiere, como: “Todas las razones de bien vivir han de establecerse en la virtud, porque sola la virtud está sujeta a nuestra voluntad; fuera de ella todas las cosas están bajo el dominio de la fortuna” (525b). Por eso Fray Luis —siguiendo la *Retórica Hereniana* de Cornificio— dice que hay dos tipos de sentencia: las que se acompañan de una razón y las que van sin ella, de manera escueta. También se dan las *gnomas*, que son como consejos y decretos, añadidos por Quintiliano. Las sentencias pueden aludir a una cosa o a una persona. Pueden además ser directas (“No es desdichado morir”) y figuradas o indirectas (“¿Qué?, ¿tan gran desdicha es el morir?”). Habla, finalmente, de sentencias católicas, o aceptadas en la Iglesia, y de otras varias.

¹⁵ Cfr. A. Reyes, *La antigua retórica*, en *Obras completas* de Alfonso Reyes, vol. XIII, parte II, México: FCE, 1961.

Los *epifonemas* difieren poco de las sentencias. Fray Luis toma la definición de Fabio Quintiliano, a saber, el epifonema es una suma aclamación de la cosa que se ha contado o probado. Pero Fray Luis mismo añade: "Mas porque esta definición es un tantico obscura, procuraré explicarla más claramente, de modo que, cualquiera que estuviere versado, por poco que sea, en la dialéctica, entenderá esta explicación fácilmente. Los dialécticos llaman corolario a lo que infieren de las definiciones, exposiciones o conclusiones. Así el epifonema de que tratamos ahora, es cierta especie de corolario; porque el corolario es muy extendido, diciéndose corolarios todas las cosas que se deducen de los susodichos, ora sea una sola, ora muchas. Así que, el epifonema ciertamente es corolario, pero contraído a cierta y determinada materia, porque no todo cuanto se saca de las cosas que hemos tratado es epifonema, sino tan sólo aquello que contiene admiración o amplificación de las cosas de que se trata, o alguna sentencia insigne: esto solo es epifonema" (526b).

Otro adorno es la *prolepsis*, llamada en latín *praesumptio* o *anticipatio*, es decir previsión o anticipación de algo. Aunque otros la colocan en la elocución o argumentación, Fray Luis la coloca entre los adornos del discurso. Y, siguiendo a Fabio Quintiliano, dice que consiste en anticiparse a las probables objeciones que se le pueden a uno oponer.¹⁶ El mismo Fray Luis se detiene en explicarla, y dice: "Mas, porque Quintiliano habla de esta figura con demasiada brevedad, insinuaré yo lo que siento de ella con un ejemplo muy familiar de los dialécticos, los cuales establecen que hay dos conceptos de las cosas: uno que llaman directo, y otro reflejo. Dicen ser directo, cuando tan sólo sencillamente concebimos aquello que la voz o la oración propuesta significa. Reflejo, cuando reflexionamos sobre aquello mismo que directamente concebimos, examinando alguna particularidad en lo que concebimos, ya sea glosando, o ya también contradiciendo. De este pues postrer concepto del ánimo dimana esta virtud con que el cuerdo

16 Se ve en esto nuevamente la importancia que da Fray Luis a la lógica para la retórica. Esto es muy acorde a lo que señala Ch. Perelman, *The New Rhetoric and the Humanities, Essays on Rhetoric and its Applications*, Dordrecht: Reidel, 1979.

predicador hace en cierto modo el papel del discreto oyente; y cuanto éste, pensando entre sí, podría apuntar, ponderar u oponer, él mismo para los que son más tardos lo apunta, pondera o satisface. Y así hace en cierto modo dos papeles, del que predica, y del que oye; y sale al encuentro con prudencia a estos callados pensamientos" (528a).

Qué lucidez se nota en Fray Luis respecto de la distinción entre la retórica sacra y otros tipos de oratoria o aplicaciones que ésta pueda tener. Pues, en efecto, la oratoria usada en los tribunales tiene respuesta por parte de los oyentes, pero la del predicador en el púlpito no es propiamente un diálogo, y por ello debe anticiparse a los pensamientos de los oyentes y apresurarse a salir al paso ante posibles objeciones.

Fray Luis termina esta parte de su *Retórica eclesiástica* tratando el género de elocución que conviene a cada tipo de argumentación que se usa. Toma de Quintiliano el consejo de dar diversidad de argumentos a las clases de elocución. Después redondea esto, diciendo: "Ahora tengo que añadir, que no me conformo con los que piensan que si bien deben proponerse los argumentos con lenguaje puro, claro y distinto; mas no con copioso y adornado. Porque confieso que los argumentos deben ser distintos y claros, y aun en las cosas menores el estilo y las voces muy propias y usadas. Pero si el asunto fuere mayor, comprehendo que no se les debe quitar adorno alguno, como no cause obscuridad. La translación misma no pocas veces da muchísima luz, pues hasta los mismos jurisconsultos que ponen tanto trabajo en la propiedad de las palabras, osan decir que la costa es lo que bañan las olas. Y cuanto más áspera es una cosa por su naturaleza, tanto más conviene suavizarla con el deleite: asimismo la muy sospechosa debe proponerse con disimulo, contribuyendo mucho el deleite para conciliarse la fe de los oyentes. Si ya no es que juzgamos que se explicó mal Tulio [Cicerón] en esta misma argumentación: 'Las leyes enmudecen entre las armas, y las mismas leyes a veces nos obligan a tomar las armas'. Pero debe haber en esto medida, de manera que sirvan de adorno, no de embarazo" (530a-b).¹⁷

¹⁷ Henry Johnstone trata de precisar las relaciones entre filosofía y retórica. La retórica es relevante para la filosofía porque el hombre, además de ser un ani-

Reflexión conclusiva

Hemos visto que Fray Luis clama contra los oradores que convierten la retórica en un puro movimiento emocional; por otra parte, también hemos visto que la distingue bien de la dialéctica, es decir, no la confunde con la lógica, en el sentido de que recalca el ornato y la relación con los afectos que debe tener la retórica. Para él, es una disciplina que conjunta la argumentación racionativa y la amplificación afectiva para dirigirse a los oyentes y persuadirles de lo opinable y verosímil. La retórica de Fray Luis es una parte de la lógica, pues, como dice un coetáneo suyo, Domingo de Soto, la lógica abarca principalmente la dialéctica o analítica-tópica, pero también abarca la retórica y hasta a la poética, ya que comprende todo género de discurso.¹⁸ Y está vinculada la retórica, más que a la lógica analítica, a la lógica tópica o probable y disputativa. En cierta forma, la retórica es una aplicación de la lógica tópica al dominio de la persuasión. En ella se conjuntan el argumento y la afectividad. Y es incluso más perfecta o completa que la dialéctica, porque alude al hombre no sólo es cuanto a su dimensión racional, sino también en cuanto a su dimensión emotiva, volitiva o afectiva.

Es decir, la concepción retórica de Fray Luis recupera la auténtica tradición clásica y, además, parece resurgir en la actualidad. No otra cosa manifiesta Chaim Perelman en una de sus obras que se enmarcan dentro de una empresa reciente y que va ganando adeptos. Las características que en el párrafo anterior hemos señalado para la retórica de Fray Luis parecen ser las que detecta Perelman en la *retórica antigua* cuando intenta desarrollar su *nueva retórica* con "el mismo espíritu en el cual la Antigüedad se ocupó de la dialéctica y la retórica. El razonamiento dialéctico era considerado como

mal racional, es persuasible y está persuadido de ciertas cosas. Y la filosofía es relevante para la retórica porque la filosofía puede analizar a la retórica y beneficiarla con ciertos esclarecimientos (éticos, lógicos, ontológicos, epistemológicos, etcétera). Cfr. H. W. Johnstone, Jr., *Validity and Rhetoric in Philosophical Argument. An Outlook in Transitions*, University Park, Pa.: The Dialogue Press, 1978, pp. 41-42.

18 D. de Soto, *Summulae, Salmanticae*: D. a Portonariis, 1575, fol. 3va.

paralelo al razonamiento analítico, pero trata de lo verosímil en lugar de tratar de proposiciones necesarias. La idea misma de que la dialéctica concierne a las opiniones, es decir, tesis a las que uno se adhiere con una intensidad variable, no ha sido aprovechada lo suficiente. Se diría que el estatuto de lo opinable es impersonal y que las opiniones no son relativas a los espíritus que se adhieren a ellas. Mas, por el contrario, esta idea de adhesión y de espíritus a los cuales uno dirige un discurso es esencial en todas las teorías antiguas de la retórica."¹⁹

Esto implica que la retórica subraya el hecho de que toda argumentación se desarrolla en función de un auditorio, en el que las afecciones influyen para que haya adhesión o no adhesión a las opiniones que se exponen. La lógica formal aparece entonces como una especie de monólogo, mientras que la argumentación retórica se va perfilando en el seno de la controversia, o, por lo menos —como en el caso de la retórica sacra—, de la reacción de un público que escucha con todo su ser: razonamiento y afecto.²⁰ De esta manera, la retórica se nos presenta como una aplicación de la lógica al entorno vivo de los oyentes y de los polemizantes. Casi está uno tentado a decir que la retórica es en cierta forma la misma lógica o dialéctica que cobra vida, que se torna más viva.

19 Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *La nouvelle rhétorique. Traité de l'argumentation*, ed. cit., p. 7.

20 Ch. Perelman, "Logica e retorica", en E. Agazzi y C. Celluci (comp.), *Logiche Moderne*, ed. cit., p. 441.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN, San, *De doctrina christiana*, en *Patrologia Latina*, vol. 34, París: Edit. J. P. Migne, 1865.
- APOSTEL, L., "Syntaxe, sémantique et pragmatique", en J. Piaget (ed.), *Logique et connaissance scientifique*, París: Gallimard, 1967.
- AQUINO, Santo Tomás de, *Opera*, Turín: Marietti, 1930.
- ARAÚJO, F. de, *Commentariorum in universam Aristotelis Metaphysicam tomus primus*, Burgos y Salamanca: J. B. Varesius, 1617.
- ARISTÓTELES, *Peri hermeneias*, ed. L. Minio-Paluello, Oxford: Clarendon Press, 1961.
- ASHWORTH, E. J., "Propositional Logic in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 9 (1968).
- , "The Doctrine of Supposition in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 51 (1969).
- , "Notes on Syllogistic in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 11 (1970).
- , "The Theory of Consequence in the Late Fifteenth and Early Sixteenth Centuries", en *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 14 (1973).
- , "'For Riding is Required a Horse': A Problem of Meaning and Reference in Late Fifteenth and Early Sixteenth Century Logic", en *Vivarium*, 12 (1974).
- , *Language and Logic in the Post-Medieval Period*, Dordrecht: Reidel, 1974.

- , "Theories of the Proposition: Some Early Sixteenth-Century Discussions", en *Franciscan Studies* (en prensa).
- BARTH, E. M., *The Logic of the Articles in Traditional Philosophy. A Contribution to the Study of Conceptual Structures*, Dordrecht: Reidel, 1974.
- BEUCHOT, M., *Elementos de semiótica*, México: UNAM, 1979.
- , "La filosofía del lenguaje de Pedro Hispano", en *Revista de Filosofía* (México), 12 (1979).
- , "Microcosmos y psicología", en *Diálogos* (El Colegio de México), vol. XV, n. 6 (1979).
- , "Análisis semiótico de la metáfora", en *Acta Poetica*, 2 (1980).
- , "La filosofía del lenguaje en los griegos", en *Thesis* (UNAM), n. 9 (1981).
- , *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, México: IIF-UNAM, 1981.
- , *El problema de los universales*, México: UNAM, 1981.
- , "Necesidad y contingencia en Aristóteles, Tomás de Aquino y Saul Kripke", en *Revista de Filosofía* (México), 15 (1982).
- , "Sujeto y predicado en Peter Thomas Geach", en *Humanidades*, 7 (1983).
- , "Reflexiones filosóficas sobre la lingüística estructuralista de Ferdinand de Saussure", en *Logos* (México), 12/36 (1984).
- , "La lingüística generativo-transformacional de Noam Chomsky", en *Logos* (México), 12/35 (1984).
- , "La función del pensamiento dentro del fenómeno semiótico en Peirce y la escolástica", en *Investigaciones Semióticas* (Venezuela), 4/5 (1984-1985).
- , "Introducción" a J. de Sto. Tomás, *Compendio de lógica formal*, México: IIF-UNAM, 1985.
- , *Ensayos marginales sobre Aristóteles*, México: CEC-UNAM (en prensa).
- , "Semiótica y filosofía de la conciencia", en *Estudios*, ITAM, México (en prensa).
- BEUCHOT, M.- W. REDMOND, "La suposición en Alonso de la Vera Cruz", en *Revista de Filosofía* (México), 15 (1982).

- , *La lógica mexicana en el Siglo de Oro*, México: IIF-UNAM, 1985.
- BOCHENSKI, I. M., "On Syntactical Categories", en *The New Scholasticism*, 23 (1949).
- , *Los métodos actuales del pensamiento*, Madrid: Rialp, 1973.
- BOECIO, *In librum de Interpretatione editio secunda*, en *Patrologia Latina*, vol. 64, París: Edit. J. P. Migne, 1847.
- BRAUDE, S., "Are Verbs Tensed or Tenseless", en *Philosophical Studies*, 25 (1974).
- BURGE, T., "Reference and Proper Names", en *The Journal of Philosophy*, 70 (1973).
- , "Demonstrative Constructions, Reference and Truth", en *The Journal of Philosophy*, 71 (1974).
- BURSILL-HALL, G. L., *Speculative Grammars of the Middle Ages*, La Haya - París: Mouton, 1971.
- CARNAP, R., *Meaning and Necessity*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1970.
- CASAUBON, J. A., "Para una teoría del signo y del concepto como signo formal", en *Sapientia*, 10 (1955).
- CASTAÑEDA, H. N., *On Philosophical Method*, Bloomington: Indiana University Publications — Noûs Publications, n. 1, 1980.
- CLACK, R. J., *Bertrand Russell's Philosophy of Language*, La Haya: Martinus Nijhoff, 1969.
- CUNNINGHAM, F. A., "Speculative Grammar in Saint Thomas Aquinas", en *Laval Philosophique et Théologique*, 17 (1961).
- DEELY, J. N., "The Two Approaches to Language: Philosophical and Historical Reflections on the Point of Departure of Jean Poinsett's Semiotics", en *The Thomist*, 38 (1974).
- DUMMETT, M., "A Defense of McTaggart's Proof of the Unreality of Time", en *Philosophical Review*, 69 (1960).
- , *Frege: Philosophy of Language*, Londres: Duckworth, 1973.
- , "Was Frege a Philosopher of Language?", en *Revue Internationale de Philosophie*, 33 (1979).
- ENGEL, P., "Le sens d'un nom propre", en *Archives de Philosophie*, 47 (1984).

- FONSECA, P. de, *Dialectica*, Lyon, 1605.
- FREGE, G., *Écrits logiques et philosophiques*, París: Eds. du Seuil, 1971.
- , *Estudios sobre semántica*, Barcelona: Ariel, 1973 (2a. ed.).
- GARZA CUARÓN, B., *La connotación. Problemas del significado*, México: El Colegio de México, 1978.
- GEACH, P. T., "Russell's Theory of Descriptions", en *Analysis*, 10 (1950).
- , "Russell on Meaning and Denotation", en *Analysis*, 19 (1959).
- , *Reference and Generality. An examination of Some Medieval and Modern Theories*, Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1968 (edición corregida).
- , *A History of the Corruptions of Logic*, Leeds: University Press, 1968.
- , "Nominalism", en A. Kenny (ed.), *Aquinas. A Collection of Critical Essays*, Londres: Macmillan, 1970.
- , *Mental Acts*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1971.
- GILSON, E., *Lingüística y filosofía*, Madrid: Gredos, 1974.
- GRAESER, A., "The Stoic Theory of Meaning", en J. M. Rist (ed.), *The Stoics*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1978.
- GREDT, I., *Elementa philosophiae aristotelico-thomistica*, Friburgo - Barcelona: Herder, 1956 (12a. ed.).
- HARRIS, Z., *Mathematical Structures of Language*, Nueva York: John Wiley and Sons, 1968.
- HARRISON, B., *An Introduction to the Philosophy of Language*, Londres: Macmillan, 1979.
- HEDWIG, K., "Esse purum dictum: Un aspecto de la lógica escolástica en México", en *Diánoia*, 25 (1979).
- HICKMAN, L., "Impositio prima/secunda", en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. IV, Basel-Stuttgart, 1976.
- , *Modern Theories of Higher Level Predicates. Second Intentions in the "Neuzeit"*, Munich: Philosophia Verlag, 1980.
- HISPANO, P., *Summulae Logicales*, ed. I. M. Bochenski, Turín: Marietti, 1947.

- , *Tractatus called afterwards Summule Logicales*, ed. L. M. de Rijk, Assen: Van Gorcum, 1972; trad. de M. Beuchot, México: IIF-UNAM, 1985.
- INCIARTE ARMIÑÁN, F., “La teoría de la suposición y los orígenes de la semántica extensional”, en *idem*, *El reto del positivismo lógico*, Madrid: Rialp, 1974.
- ISHIGURO, H., “Uso y referencia de los nombres”, en P. Winch (comp.), *Estudios sobre la filosofía de Wittgenstein*, Buenos Aires: EUDEBA, 1971.
- KREMPEL, A., *La doctrine de la relation chez Saint Thomas*, París: Vrin, 1952.
- KRETZMANN, N., “Medieval Logicians on the Meaning of the *Propositio*”, en *The Journal of Philosophy*, 67 (1970).
- KRIPKE, S., *Identidad y necesidad*, México: UNAM, 1978.
- , *Naming and Necessity*, Oxford: Basil Blackwell, 1980.
- LEJEWSKI, C., “Proper Names”, en *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supl. vol. 31 (1957).
- , “A Re-examination of the Russellian Theory of Descriptions”, en *Philosophy*, 35 (1960).
- LOMBARDO, P., *Libri IV Sententiarum*, ed. Quaracchi, 1916.
- LONERGAN, B., *La notion de verbe dans les écrits de Saint Thomas d'Aquin*, París: Beauchesne, 1966.
- LLOYD, G., “Tense and Predication”, en *Mind*, 86 (1977).
- MADRID, M. E., “Nombres propios en Wittgenstein”, en *Teoría*, año I, n. 1 (1975).
- MALATESTA, M., “La logica delle relazioni nella *Summa Theologiae* di Tommaso d'Aquino”, en *Rassegna di scienze filosofiche*, 26 (1973).
- , “Logica e ontologia delle relazioni nel pensiero di Tommaso d'Aquino”, en *Rassegna di scienze filosofiche*, 26 (1973).
- , “La problematica tomistica delle relazioni alla luce della logica matematica e dei moderni indirizzi di pensiero”, en *Rassegna di scienze filosofiche*, 27 (1974).
- MALHERBE, J. F., “La théorie russellienne des descriptions. Exposé et critique”, en *Revue Philosophique de Louvain*, 71 (1973).
- MANZANEDO, M. F., “La psicología tomista del lenguaje”, en Varios, *Lenguaje y filosofía*, Madrid: CSIC, 1969.

- MAYO, B., "Infinite Verbs and Tensed Statements", en *Philosophical Quarterly*, 13 (1963).
- MCCORD ADAMS, M., "Ockham's Nominalism and Unreal Entities", en *The Philosophical Review*, 86 (1977).
- MC DOWELL, J., "On the Sense and Reference of a Proper Name", en *Mind*, 86 (1977).
- MIGNUCCI, M., "La teoria della quantificazione del predicato nell'antichità classica", en *Anuario Filosófico de la universidad de Navarra*, 16/1 (1983).
- MOODY, E. A., *Truth and Consequence in Mediaeval Logic*, Amsterdam: North-Holland Publ. Co., 1953.
- , *Studies in Mediaeval Philosophy, Science and Logic*, Berkeley - Los Ángeles - Londres: University of California Press, 1975.
- MUNOZ DELGADO, V., "Domingo de Soto y la ordenación de la enseñanza de la lógica", en *La Ciencia Tomista*, 87 (1960).
- , *De la axiomática a los sistemas formales*, Madrid: CSIC, 1961.
- , *Lógica formal y filosofía en Domingo de Soto*, Madrid: Eds. de la Revista Estudios, 1964.
- , *La lógica nominalista en la Universidad de Salamanca (1510-1530)*, Madrid: Eds. de la Revista Estudios, 1964.
- , "Connotatio", en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. I, Basel Stuttgart, 1971.
- , "Pedro de Espinosa (+ 1536) y la lógica en Salamanca hasta 1550", en *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, 16/1 (1983).
- NUCHELMANS, G., *Late Scholastic and Humanist Theories of the Proposition*, Amsterdam: North-Holland Publ. Co., 1980.
- , "The Semantics of Propositions", en N. Kretzmann — A. Kenny — J. Pinborg (eds.), *The Cambridge History of Later Medieval Philosophy*, Cambridge: University Press, 1982.
- PEIRCE, Ch. S., *Collected Papers*, ed. por Ch. Hartshorne y P. Weiss, Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University, 1965.

- PERREIAH, A. R., "Buridan and Definite Descriptions", en *Journal of the History of Philosophy*, 10 (1972).
- PINBORG, J., *Die Entwicklung der Sprachtheorie im Mittelalter*, Copenhagen: Arne Frost — Hansen, 1967.
- POLA, J. G., "Noción tomista del 'signo formal' ", en *Studium*, 5 (1965).
- PLATTS, M., *Ways of Meaning*, Londres: Routledge, 1979.
- PRIETO, M., "Significación y sentido ultimado. La noción de 'suppositio' en la lógica de Juan de Santo Tomás", en *Convivium*, 15-16 (1963) y 19-20 (1965).
- PRIOR, A. N., *Past, Present and Future*, Oxford: Blackwell, 1967.
- QUESADA, R., "Sujetos, predicados y nombres propios", en *Diánoia*, 21 (1975).
- QUINE, W. V. O., *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona: Ariel, 1962.
- , *Palabra y objeto*, Barcelona: Labor, 1968.
- REDMOND, W., "Extensional Interpretation of General Sentences in Sixteenth-Century Ibero-American Logic", en *Crítica*, XIII/38 (1981).
- REDMOND, W. M. BEUCHOT, *La lógica mexicana en el Siglo de Oro*, México: Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, 1985.
- RIJK, L. M. de, "The Development of *Suppositio Naturalis* in Mediaeval Logic", en *Vivarium*, 9 (1971).
- ROBERTS, L. N., "Supposition: A Modern Application", en *The Journal of Philosophy*, 57 (1960).
- ROBLES, J. A., "La generalidad múltiple y la cuantificación en la lógica de Frege", en *Episteme*, año 2, n. 4 (1980).
- ROSSI, A., *Lenguaje y significado*, México: Siglo XXI, 1969.
- RUSSELL, B., "Vaguedad", en M. Bunge (comp.), *Antología semántica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1960.
- , *The Principles of Mathematics*, Londres: Allen and Unwin, 1972 (9a. reimpr.).
- , "The Philosophy of Logical Atomism", en D. Pears (ed.), *Russell's Logical Atomism*, Londres: Fontana/Collins, 1972.
- , *An Inquiry into Meaning and Truth*, Harmondsworth: Penguin, 1973 (reimpr.).

- , *La evolución de mi pensamiento filosófico*, Madrid: Alianza, 1976.
- RYLE, G., "The Theory of Meaning", en C. A. Mace (ed.), *British Philosophy in the Mid-Century*, Londres: Allen and Unwin, 1957.
- SAJONIA, A. de, *Perutilis Logica*, trad. de A. Muñoz, México: IIF-UNAM (en prensa).
- SANTO TOMÁS, J. de (o J. Poincot), *Ars Logica seu de forma et materia ratiocinandi*, ed. B. Reiser, Turín: Marietti, 1930.
- SAPIR, E., *El lenguaje*, México: FCE, 1954.
- SAUSSURE, F. de, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada, 1978 (17a. ed.).
- SEARLE, J., "Russell's Objections to Frege's Theory of Sense and Reference", en *Analysis*, 18 (1957-1958).
- , *Speech Acts*, Cambridge: University Press, 1970.
- SIMPSON, T. M., *Formas lógicas, realidad y significado*, Buenos Aires: EUDEBA, 1975 (2a. ed.).
- SOTO, D. de, *Summulae*, Salamanca: D. a Portonariis, 1575.
- SOTO, D. de - C. LERMA, de, *Compendium Summularum*, 5a. ed. por D. Díaz de Cossío, Burgos: Azpilcueta, 1665.
- STRAWSON, P. F., "On Referring", en *Mind*, 59 (1950).
- , *Subject and Predicate in Logic and Grammar*, Londres: Methuen, 1974.
- STUART MILL, J., *A System of Logic*, Toronto-Buffalo, 1973-1974.
- VERNANT, D., "La théorie des descriptions définies de Russell ou le problème de la référence", en *Revue de Métaphysique et de Morale*, 85 (1980).
- VILLANUEVA, E. (comp.), *El argumento del lenguaje privado*, México: UNAM, 1979.
- WARNACH, V., "Erkennen und Sprechen bei Thomas von Aquin", en *Divus Thomas* (Friburgo), 15 (1937).
- , "Das aussere Sprache und seine Funktionen nach der Lehre des hl. Thomas von Aquin", en *Divus Thomas* (Friburgo), 16 (1938).
- ZIFF, P., *Semantical Analysis*, Ithaca: Cornell University Press, 1960.

- , *Understanding Understanding*, Ithaca: Cornell University Press, 1972.
- , “About Proper Names”, en *Mind*, 86 (1977).
- , “About Reference”, en *Studies in Language*, 3 (1979).

ÍNDICE

Prólogo	1
Preámbulo	3
Capítulo I: Signo lingüístico y lenguaje	7
Capítulo II: El discurso y sus partes	37
Capítulo III: Significado: sentido y referencia, o significación y suposición	65
Capítulo IV: Nombres (propios) y verbos: sujetos y predicados por excelencia	97
Capítulo V: Significado y verdad: intento de ubicar la teoría escolástica entre teorías del significado	121
Capítulo VI: Lenguaje, dialéctica y retórica en Fray Luis de Granada	133
Bibliografía	157

Significado y discurso. La filosofía del lenguaje en algunos escolásticos españoles post-medievales, No. 47 de la Colección Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filosóficas, se terminó de imprimir en Olmeca Impresiones Finas, S. A. de C. V., el 30 de junio de 1988. Su composición se hizo en tipo Baskerville 11/12 y 8/9 pts. La edición consta de 2,000 ejemplares.

Este libro trata de presentar algunas teorías escolásticas post-medievales sobre el lenguaje en relación con teorías semióticas de la actualidad. Se comienza con las teorías del signo en Soto, Araújo y Juan de Santo Tomás, comparándolas con las de Peirce y Morris. Viene en seguida el tratamiento sintáctico-semántico de los modos de significar de las partes de la oración o del discurso (connotación, denotación, sinonimia, oposición, etc.). Sobre todo se toman en cuenta las importantes teorías semánticas de la significación y la suposición, que corresponden —en cuanto a la función lingüística solamente— a las nociones de sentido y referencia de Frege. Otro campo interesante es el de las teorías escolásticas de los nombres propios, que son examinadas en relación con tesis de nuevos teóricos tales como Frege, Russell, Quine, Kripke, Burge y Castañeda. Así mismo, se trata de reconstruir el tipo de teoría del significado que tenían los escolásticos estudiados, para ubicarla dentro del cúmulo de teorías que se han clasificado en la actual filosofía del lenguaje. Finalmente, se estudia una aplicación concreta de la semiótica y la filosofía del lenguaje a la retórica, en el caso de Fray Luis de Granada.



Mauricio Beuchot
SIGNIFICADO Y DISCURSO